BLANCO MÓVIL

94

OTOÑO 2004, PRECIO DE EJEMPLAR: $ 25.00

NARRADORES EMERGENTES EN LA CIUDAD DE MÉXICO

© ILUSTRACIONES DE ARTURO RODRÍGUEZ DÖRING

DOSSIER
POETAS JÓVENES EN EL D.F.

94

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Programa Cultural Tierra Adentro, y el Instituto Coahuilense de Cultura convocan al

Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri 2004

BASES

Podrán participar todas las escritoras y los escritores icanos por nacimiento que residan en el país, de hasta nta y cinco años de edad al cierre de la convocatoria. dan excluidos de esta convocatoria: obras que hayan premiadas en otro certamen; trabajos que se nentren participando en otros concursos en espera de amen; las autoras y los autores que hayan recibido este nio en emisiones anteriores y el personal de la cción General de Publicaciones del CONACULTA, omo del Instituto Coahuilense de Cultura.

as concursantes y los concursantes deberán enviar un men de cuentos inédito, en español, con tema y forma s, con una extensión mínima de 60 (sesenta) cuartillas na máxima de 100 (cien). Los trabajos deberán entarse por cuadruplicado, escritos a máquina o en putadora, a doble espacio, en papel tamaño carta y por sola cara.

Cada concursante deberá participar con seudónimo. unto al trabajo, en un sobre cerrado e identificado con ismo seudónimo, deberán enviar su nombre, domici- número telefónico y, de contar con ellos, número de y dirección de correo electrónico, así como copia stática del acta de nacimiento y una ficha curricular. s plicas de identificación serán depositadas por la isión organizadora en una notaría pública de la ciudad altillo, Coahuila.

os trabajos deberán ser enviados a:

Instituto Coahuilense de Cultura
Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri
Juárez e Hidalgo s/n, Zona Centro
C.P. 25000, Saltillo, Coahuila

Fecha límite de recepción es el viernes 28 de enero 005.

En el caso de los trabajos remitidos por correo, se otarán aquellos en los que la fecha del matasellos de la na postal de origen no exceda la del límite de la ocatoria.

El jurado calificador estará integrado por especialistas a disciplina literaria y sus nombres serán dados a ocer en el momento de emitirse el fallo.

7. Una vez emitido el fallo del jurado, se procederá ante notario a la apertura de la plica de identificación de quien resulte ganador, y de inmediato le será notificado, así como divulgado a través de la prensa local y nacional.
8. No se devolverán los originales ni las copias de los trabajos no premiados, los cuales serán destruidos con el objeto de proteger los derechos de autor.
9. Los organizadores cubrirán los gastos de transportación, hospedaje y alimentación del ganador para que asista al acto de premiación en la ciudad de Saltillo, Coahuila.
10. Es facultad del jurado descalificar cualquier trabajo que no cumpla con alguno de los requisitos exigidos en esta convocatoria.
11. El resultado del fallo del jurado será dado a conocer a través de periódicos de circulación nacional y local el **21 de marzo de 2005**.
12. Premio único e indivisible **$50,000 (cincuenta mil pesos 00/100 m.n.)** en efectivo y diploma, así como la publicación del libro en el Fondo Editorial Tierra Adentro.
13. El ganador cede los derechos de su obra al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes para la primera edición.
14. El Premio puede ser declarado desierto. En este caso las instituciones convocantes se reservan el criterio de aplicar el recurso correspondiente en acciones de apoyo a la literatura.
15. La participación en el Premio implica la aceptación de las condiciones de estas bases.
16. La comisión organizadora resolverá los casos no previstos

Mayores informes:
Instituto Coahuilense de Cultura
ce: icocult@terra.com.mx
teléfono: 01 (884) 414 39 58, 410 47 94
Programa Cultural Tierra Adentro
ce: eleon@correo.conaculta.gob.mx
teléfono: 01 (55) 12 53 98 95, 12 53 99 46

CONACULTA
ACIA UN PAÍS DE LECTORES

la CULTURA en tus manos

INSTITUTO COAHUILENSE DE CULTURA

TIERRA ADENTRO

Los primeros pasos

Las costras de la ciudad se impregnan en el calor nauseabundo, que las almas de buena voluntad van preparando en días domingo después de desayunar. Se inflan las costras con el impulso que el enrejado de las calles va conformando territorios prohibidos para el resto de los humanos. Saltando las rejas nos adherimos al universo de lo otro, de lo deseado, de lo casi imposible, del desvelo por hallar otros mundos cercanos y lejanos. Navegamos en los lagos ocultos, las uñas rascan la herrumbre en los sentimientos, el amor se dispersa en la llamarada que expulsan los dragones humanos, mientras las espaldas se bordan de cicatrices, que hilan los fragmentos de vidrio de alguna botella que contuvo hálitos de alcohol y ningún genio. Ciertas camas de los hoteles se lanzan a la aventura de arracimar muslos y brazos desnudos, de crear movilidades nunca pensadas pero apetecidas, mientras afuera el tráfico continúa enroscado en las angustias de no poder llegar al puerto ansiado. Las calles de nuestra ciudad van formando universos móviles, rancios, agitados, gritones, las manos saltan construyendo pirámides y ventanas, enrojecidas, ahumadas por la grasa, las sonrisas saltan a pesar de todo, nos encariñamos con el caos, actividad y encuentros para ser narradas. Quejidos alumbran las esquinas, éstas se revuelven, tatúan los rituales de los viernes, mientras el alcohol bailotea de las sienes al vómito, lo acontecido en la semana se quiere semi borrar, aturdir, la desmemoria acuna, mucho más tarde, a los cuerpos caídos.

Las caras granulosas de las casas se pintan con la violencia de las gotas de lluvia, que forman lagos donde los zapatos de los niños se divierten, mientras los adultos reniegan de su mala suerte. El lago hundido, aprisionado por el asfalto, atreve a vengarse a través de las alcantarillas. Los puestos en los mercados ofrecen a la vista una extendida tela, donde los colores y las formas crean un espectáculo ansioso de manos y voces, que realizan actos de magia de un lado a otro. Las hojas de los árboles detienen el vuelo de su caída, aterrizan en las mejillas de alguien que desea comer, roba el pan de hoy, al ritmo de los aullidos de ambulancias y gritos de mujeres golpeadas.

Los dedos de pieles no manchadas, recorren los teclados de la memoria, lo observado se viste de trajes y matices diferentes, la imaginación salta y rueda ocupando de acciones narrativas el peligroso blanco de la página.

Eduardo Mosches

Blanco sobre blanco

Mayra Inzunza

Fantasmagorías: ubicuidad de autores y actores

Este es un número con el que se pretende dar una muestra de la narrativa que actualmente comienza a sobresalir en la Ciudad de México. Los escritores que aquí residen son numerorísimos, pero procuramos seleccionar narradores emergentes, al tiempo que representativos en cuanto a la calidad de su prosa.

Denomino a los autores que aquí se incluyen como narradores más que cuentistas, pues en su mayoría escriben tanto novela como cuento y los textos aquí publicados no necesariamente corresponden a la preceptiva del cuento como se concibe desde Lucanor, el Decamerón o los Cuentos de Canterbury hasta el minimalismo tipo Carver: más que a Poe, se acercan al relato o cuando menos hibridizan entre el ensayo y la escaleta dramática; sobre todo, mediante un estilo claro, limpio, confieren una atmósfera particular a sus anécdotas. Por otro lado, buena parte de las narraciones que presentamos se sitúan en ciudades pertenecientes a otros países; tal es el caso de Alejandra Bernal (Estados Unidos), Carmen Galán (España), Miriam Mabel Martínez (E.U.), Claudia Muzzi (Puerto Rico), Guadalupe Sánchez Nettel (Francia), Carlos Oliva (Rusia) y César Albarrán "Noel Unk" (Alemania). El protagonista de Rogelio Garza aterriza en el D.F. tras un viaje que por cierto no termina acá. De hecho, dos escritores produjeron su colaboración durante una estancia en nuestro vecino del norte (Miriam Mabel, José Ramón Ruisánchez); otro más lo envió mientras viajaba fuera de nuestro país (Nicolás Cabral); y no pocos los mandaron desde el extranjero donde residen temporalmente: Héctor Ayala (España), Edgardo Bermejo (China), Bernal (Canadá), Galán (España), Nettel (Francia) y Oliva (Inglaterra). Mención aparte merece "Nostalgic Zebra", donde el personaje principal, oriundo de Manchester, cuenta a unos posibles argentinos su travesía berlinesa —sólo como dato curioso, la selección del contenido fue realizada entre Montreal, Ottawa, Ithaca y Manhattan. De cualquier manera, todos estos narradores nacieron en la Ciudad de México (salvo Cabral, quien no obstante llegó aquí a la edad de un año), el español es su primera lengua y defeña es su cultura original, madre o si se quiere de partida.

Así, más que a contaminación de géneros y dislocación autoral, en estos casos podría aludirse a la ubicuidad como fenómeno extraliterario al tiempo que virtud argumental, en el sentido de que el horizonte referencial se amplía y los escenarios físicos se multiplican, así como a una hibridación si no propositiva, cuando menos liberadora. Mejor todavía, pese a las divergencias territo-

riales, sorprenden convergencias como la exploración de metrópolis que se rebelan hostiles mediante un tono ríspido. A este respecto, tiempo ha que coordiné otro número de la revista *Blanco Móvil* dedicado a la violencia en la literatura mexicana. En esta ocasión, sin haber elegido previamente un tema, resulta inquietante que vuelva a imperar la indiferencia entre los caracteres o un entorno agresivo o indescifrable o al que no se entraña, mientras numerosas veces el narrador recrea un ámbito urbano poco hospitalario e incluso enemigo, que conlleva anomia mas no siempre anonimato. En general, no es que los creadores no aprecien a sus personajes o sus paisajes, sino que plantean las consecuencias esquizoides de habitar un contexto situacional multicultural, plurívoco, al que los caracteres cuestionan sin juicios de valor dejando abiertas las interrogantes —acaso piensan: replantean encrucijadas cuyos caminos no prometen solución del todo a sus conflictos; esto es, no resuelven ecuaciones, pero las reconsideran con perspectivismo comparacionista y ecuanimidad.

Si *grosso modo* la narrativa se desarrolla en el tiempo desde la estructura aristotélica (sátiras menipeas, utopía como principio de la esperanza) hasta el sintagma imposible de la conciencia tipo Joyce, incluyendo la tentativa por detenerlo a lo *noveau roman*, ahora no es tanto el tiempo cuanto el espacio lo que se recorre y multiplica. A diferencia de las crónicas y los relatos de viaje, aquí los lugares cambian a gran velocidad, varían incesantemente, y las ideas que filosófica y políticamente se fragmentaron se concatenan con un objetivo: documentar la experiencia mental no lineal literaturizando la errancia geográfica, dando prioridad a la percepción más que a la interpretación de universos digamos paralelos —de ahí también la porosidad de la frontera entre lo privado y lo público, y la ambigüedad entre ficción y datos biográficos. Todo ello confiere a estos narradores una suerte de espectralidad.[1]

Como sea, mientras en la pasada década hablamos de desencanto finisecular, en ésta se ha llegado a la tristeza contenida. Ninguno de los actores accede a la felicidad, no alcanzan honduras trágicas pero tampoco llegan al cinismo beat: son más bien pragmáticos, racionales, no tanto apocalípticos cuanto desintegrados, y ello quizás podría relacio-

narse con que, si la temperatura estética fue de *hot* a *cool*, ahora podríamos aludir a una actitud fría como el estilo al que da forma (historia lineal o prosa funcional o narrador transparente).

Poéticas de la ciudad o blanco sobre blanco

Bajo la luz mercurial de la Ciudad de México, emerge una constelación de narradores, de entre los cuales en esta edición de *Blanco Móvil* mostramos algunos de los más brillantes.

En atmósferas de hospital, los personajes de los relatos aquí incluidos nadan en aguas cloradas, beben vodka congelado, consumen cocaína sobre mesas de cristal, atraviezan inviernos extranjeros y se detienen reflexionando con una transparencia pasmosa estilo fotografías con fondo blanco, aún cuando los acechan parvadas de palomas, sin importar si asesinan mujeres hermosas como el hielo o lloran entre ángeles.

Instantáneas gélidas como imágenes estroboscópicas, aún cuando no necesariamente cuentos propiamente dichos, los textos que en esta publicación aparecen recuerdan la teoría del iceberg: para Hemingway, el cuento semeja la punta de un témpano, en el sentido de que sólo vemos una parte de lo que sucede y lo más importante debe inferirse. Aunque, a la manera de vitrobloques urbanos, impresiona su estilo diáfano, su vecindad solitaria y su frialdad, cabría preguntarse por qué la indiferencia ante las circunstancias por las que los actantes se dejan llevar. Como sea, la falta de color local no implica un estilo insaboro, hipocalórico, sino que semeja un prisma cuyos haces dan cuenta de un devenir luminoso, denso en vivencias y referentes que, sin embargo, no logran coherencia, ni hallan solución alguna a una realidad crítica y entonces se yuxtaponen vía la relación de hechos que se suceden pese a su sinsentido. Ficciones al fin, son lecturas de la crisis.

Pertenecientes a comunidad atomizada en partículas monológicas, si las voces semejan yoístas, tienden a dar cuenta de los avatares por los que transita una identidad prístina en su inocencia, carente del fulgor que dota el genio hiperracional más capaz de una sensibilidad sinestésica, epifánica mediante drogas o periplos. Los personajes parecen impotentes ante su destino, se dejan llevar o sucumben a las circunstancias. Vivian Abenshuhschan y Edgardo Bermejo recrean tipos mexicanos: el impuntual y el provocador, que podrían aparecer en otros lugares pero que aquí pululan. Son además muy ensayísticos, reflexivos más que anecdóticos, pero sobre todo agudos. Julieta García y Miriam Mabel Martínez relatan pesadillezcos episodios con devastadoras, sobrenaturales plagas de mujeres simbólicas y animales apocalípticos, y aterra su certeza, su convicción, como también ocurre con el protagonista de Cabral en su fin del mundo, o cuando Ayala no da tregua al drama inexplicable de un terrible accidente. Agónicas son Bernal y Galán, elegiaca la primera y devastadora por la supervivencia imposible (exiliados, junkies) en la cotidianidad citadina la segunda. Los personajes de Rogelio Garza, a cual más urbanos, se desintegran literalmente. Galán y Garza narran aventuras de adultos jóvenes, los primeros necesitan una oportunidad y el segundo cae en la tentación. Todos se ven envueltos en crímenes, son víctimas involuntarias tras vuelos de llegada y partida. Los personajes de Oliva y Unk cambian su identidad, parecen diapositivas con aristas tan variadas como la perspectiva que adoptan o con la cual otros los perciben: el primero roba la acreditación enmicada con la que sale de prisión, mientras el segundo se pierde en el anonimato de las drogas y el alcohol. Garcia y Unk son redentores que producen una inquietud análoga a *El resplandor*.

Alucinación, impotencia y desolación son las constantes. También los caracteriza a todos una prosa limpia y claridad en la ex-

presión. Los invito a disfrutar estas urbes imaginarias inspiradas en reales por narradores contemporáneos de la Ciudad de México, y a templar por sí mismos el clima narrativo actual, que yo percibo frío. Algo así como blanco sobre blanco.

BIBLIOGRAFÍA SUGERIDA

* A.A. V.V. *Nuevas voces de la narrativa mexicana. Antología de cuentos de escritores jóvenes.* México, Joaquín Mortiz, 2003.

* Guadalupe Appendini. *Leyendas de provincia.* México, Porrúa, colecc. 'Sepan Cuantos' # 661. Incluye Aguascalientes, Celaya, Durango, Guanajuato, Lagos de Moreno, Querétaro, SLP, San Miguel de Allende y Zacatecas. Podría compararse con la magnífica revista *Historias y leyendas de la Ciudad de México.*

* Rosa Beltrán (presentadora). *Los mexicanos pintados por sí mismos.* México, CNCA, 1997. Incluye personajes como la china, la coqueta y la estanquillera.

* Pierre Bourdieu (dir.). *La miseria del mundo.* Buenos Aires, 2000.

* Agustín Cadena. *Generación 2000.* México, CNCA, 2000.

* Italo Calvino. *Las ciudades invisibles.* México, Minotauro, 1991.

* Teixeira Coelho. *Diccionario de política cultural: cultura e imaginario.* México, Iteso/CNCA/Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 2000.

* René Coulomb y Emilio Duhau. *La ciudad y sus actores.* México, UAM Atzcapozalco, 1988.

* Leonardo da Jandra y Roberto Max. *Dispersión multitudinaria. Instantáneas de la nueva narrativa mexicana en el fin de milenio.* México, Joaquín Mortiz, 1997.

* Michel de Certeau. *La invención de lo cotidiano.* México, Universidad Iberoamericana, 1996.

* David Miklós. *Una ciudad mejor que ésta. Antología de nuevos narradores mexicanos.* México, Tusquets, 1999.

* Jorge Monetleone. *El relato de viaje De Sarmiento a Umberto Eco.* Buenos Aires, El Ateneo, 1999.

* Estuardo Nuñez. *Viajeros Hispanoamericanos (Temas Continentales).* Caracas, Ayacucho, 1989.

* Vicente Quirarte. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992.* México, Cal y Arena, 2000.

* Lauro Zavala (selecc. y estudio preliminar). *La ciudad escrita. Antología de cuentos urbanos con humor e ironía.* México, Ediciones del Ermitaño Minimalia, 2000.

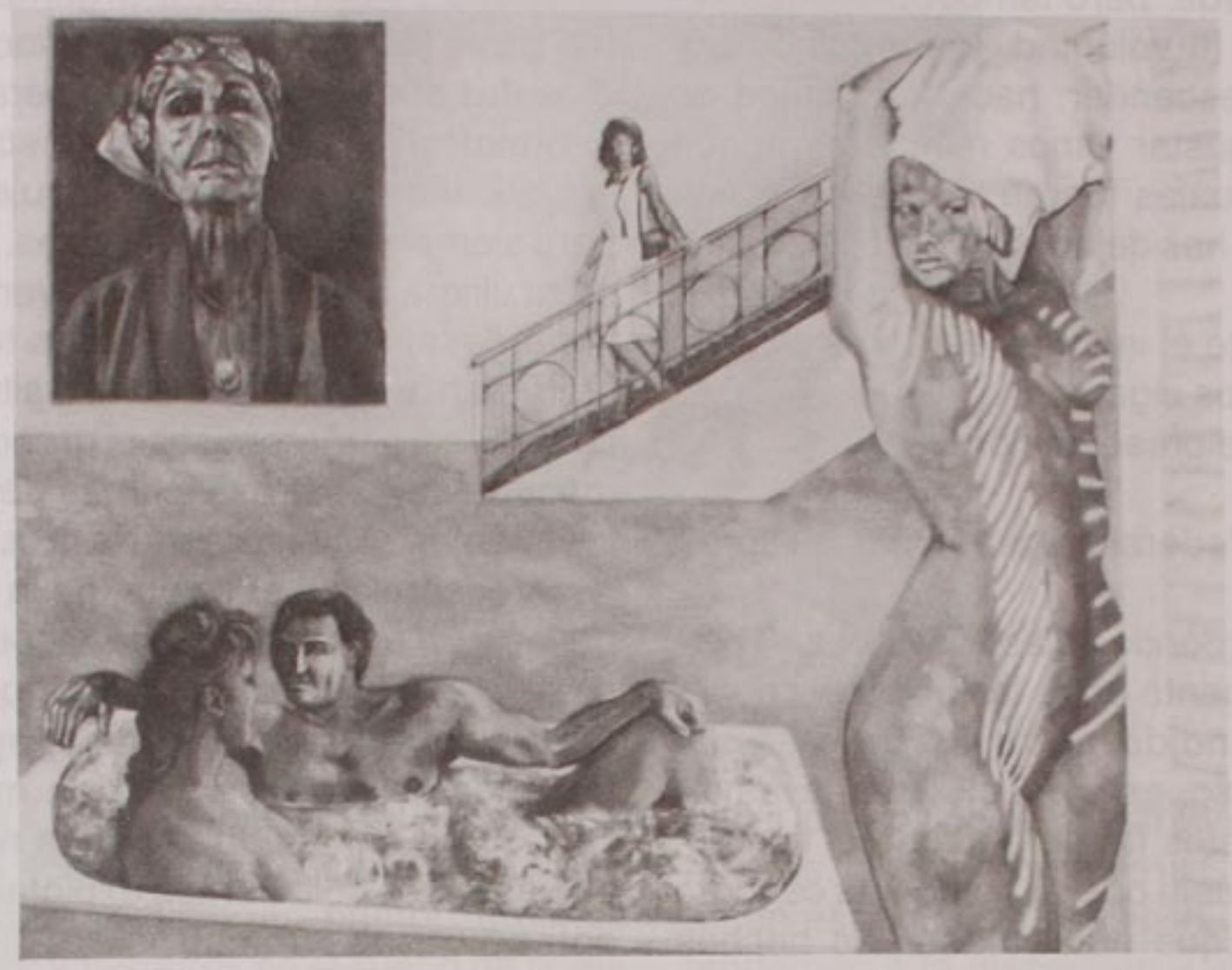
1 Tomo la idea de espectralidad y fantasmagoria entre empirico/ficticio de Javier Marías, y en el sentido discursivo, de Derridá.

Hoy llegarás a tiempo

Vivian Abenshushan

Pensaste al despertar... Y aunque hubieras preferido permanecer unos minutos más en la cama —habías pasado mala noche— no romperías tu promesa... Toda la semana te habías dedicado a poner las cosas en su sitio, a repasar escrupulosamente las fechas, los horarios, las rutas más convenientes... Tenías medido cada movimiento, cada segundo... Como un militar bien entrenado en la derrota, habías trazado un mapa de contingencias posibles y calculado cada mínima demora para anticiparte a ella... Ningún contragolpe te tomaría por sorpresa... "Mañana —repetiste varias veces antes de irte a dormir— no me cerrarán la ventanilla en las narices, ni se agotará la última reserva de combustible de mi automóvil, ni buscaré atajos para alcanzar el avión que (hace horas o hace quizá sólo un minuto) ya ha partido. De golpe, me despediré de mis viejas costumbres y a primera hora me condecoraré con la sonrisa satisfecha del hombre puntual. Desafiando todas las previsiones en contra, seré el primero en abrir los archivos de la oficina, el primero en llenar la solicitud insulsa, el primero en checar la tarjeta o sacudir el mesabanco. Ya no me quedaré sin calcetines limpios, ni pediré disculpas por el retraso, ni me entretendré en excusas inverosímiles para que se me conceda una prórroga, un día más por favor, para pagar el saldo urgente, para tomar la decisión definitiva. Yo seré el protagonista, sentado en la mejor butaca de un teatro aún vacío, y al salir, miraré con desprecio a los últimos de la fila. Mañana no llegaré tarde, seré al fin un impecable hombre de su tiempo." Ahora intuyes, sin embargo, que toda aquella letanía fue inútil, pues en el momento decisivo algo, no sabes qué, te retiene un poco más sobre la almohada hasta que comienzas a sentir un agradable cosquilleo cerca de la nuca... Tal vez sea eso o cualquier otra cosa (la curiosidad inaceptable que te atrae hacia los pliegues de tu tobillo izquierdo o el recuerdo súbito del último aniversario de tu tía), pero ya han avanzado algunos segundos del cronómetro... Aun así, te sientes invencible, seguro de ti mismo; la madrugada te ha premiado con cuarenta minutos de sobra, una especie de ahorro con intereses, los lingotes de tiempo necesarios para rasurarte en plena calma, como siempre has querido, sin esos rasguños que te hacen desconocer tu propio rostro... Te miras en el espejo, deslizas lentamente el rastrillo sobre la barba y lo

Vivian Abenshushan nació en 1972 en la ciudad de México (también conocida como la ciudad del fin de los tiempos). Escribe ensayos y narrativa, dirige actualmente la revista Complot, ha publicado un libro de cuentos, El clan de los insomnes (Tusquets, 2004), que recibió el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen 2002 con el que la autora pagó numerosas deudas. Abenshushan desprecia la sociedad del espectáculo y siente fascinación por los personajes que fracasan, esos héroes del desencanto.



haces con dispendio, como burlándote del espeso tejido de los segundos que pasan... Al terminar, te complaces en un guiño: en efecto, esa mañana todo indica que el mundo te pertenece... Te vanaglorias, sueñas despierto, y eres de pronto el dueño de un emporio de relojería sueca, de sus despertadores electrónicos y sus relojes de pulsera, esas Parcas sofisticadas que han multiplicado sus tareas policiacas en el mundo... La prisa, piensas, mientras inflas el pecho frente al espejo, es una enfermedad de indecisos y lacayos... Y así se te va la mañana, tan deliciosa, con sus sorbidos de café y los ruidos de la calle que ahora te pertenecen, porque los escuchas... Más tarde, en el vestíbulo del edificio, te detienes a revisar los sellos del correo (aunque la numismática te importa un bledo) y a repasar la sección de deportes del periódico... Lo haces con aburrimiento, casi con desdén, como para probarte a ti mismo... Entretanto, sientes que alguien pasa por detrás... Volteas y ya no hay nadie... Luego escuchas el motor de tu vecino que arranca a toda velocidad... Entonces miras el reloj, sólo por previsión, y te sientes traicionado: lo que creías unos cuantos minutos perdidos se han convertido en una hora... Las manecillas se han adelantado contra toda lógica, contra toda congruencia, y aunque aún tienes tiempo para recuperarte (te habías anticipado al tráfico, a las desviaciones imprevistas) la prisa comienza su persecución inevitable... Ya sientes esas intensas crispaciones que tanto detestas y cuyo camino habitual llega hasta tus sienes... Qué desagradable es encontrar las huellas de tus nervios nuevamente volcados contra ti, presentir cierto temblor incómodo en los labios... Intuyes con temor que las palpitaciones de tu estómago y esa precipitación que te hace tropezar a cada paso son sólo pequeñas señales de la fatalidad que se avecina... Subes rápidamente al automóvil o al autobús, y apenas te acomodas en el asiento, te das cuenta de que el expediente, el trabajo de toda una noche, la tarjeta con la dirección (que no recuerdas) no están en tu mano ni en los bolsillos del saco... Te exasperas... Sabes que no puedes detenerte ahora, pues ya es

demasiado tarde, pero tampoco puedes seguir... Contra tu voluntad, y apremiado por ella, debes descender, hacer el camino de regreso, malgastar varios minutos tratando de recordar cuáles fueron tus pasos, hasta descubrir que has dejado la libreta telefónica los papeles

el pasaporte el informe las llaves
los lentes los cigarros
la tarjeta de presentación
el paquete
el registro federal de causantes tu libro
los dedos
la cabeza (¡dónde dejaste la cabeza!) perdidos parcialmente entre las hojas del periódico o confundido entre los sobres del correo... Incluso, es probable que hayas tenido esos objetos frente a ti todo el tiempo, pero la prisa suele operar como una ceguera momentánea que nubla hasta los hechos más evidentes... A partir de ahora todo lo que ocurra estará trazado de antemano con el mismo escrúpulo, con la misma precisión con que habías creído desviar el camino de la costumbre... Te detienes... ¿Por qué habrías de continuar? ¿Por qué habrías de fingir que vas a algún lado? Aceptas que la prisa ya no tiene sentido, pues ningún atajo te trasladará al otro lado de la ciudad en un minuto... Hoy, como siempre, llegarás tarde... Tu primera reacción es sospechar que algo, alguien, está trabajando en tu contra... Luego te inculparás, te quejarás amargamente de tu torpeza... Más tarde, después de haber llamado por teléfono para pedir disculpas, te preguntarás si no se trata de una enfermedad, de un mal congénito... Discutes contigo mismo hasta que aceptas con resignación, casi con complacencia, los almohadones de tu sillón de felpa... Y esa es la mejor decisión que pudiste haber tomado, sentarte y pensar en cualquier otra cosa, pues todo intento por desafiar tu impuntualidad será infructuosa: has sido elegido por *nosotros* a quienes alimentas sin saberlo, y aunque jamás te enteres de esta elección, asumir al fin tu retraso en la vida será la única forma de librarte de ella... Para nuestra Organización, gestos como los que has manifestado en estos días (tus sueños ridículos de perseverancia, tu bravuconería repentina) no son más que el signo indiscutible de que alguien ha caído para siempre en nuestras garras... Has librado tu última batalla y has sido vencido... Mañana desaparecerán todos tus tormentos y vivirás sin avergonzarte en una situación más flexible, sin compromisos ni grandes proyectos, pues a nuestras víctimas definitivas las premiamos con el éxtasis de la quietud, de la despreocupación absoluta, de la pura haraganería... A cambio de esta recompensa, ignorarás por siempre mediante qué oscuras operaciones hemos logrado atraparte...

Después de todo, se trata de mecanismos sutiles que anidan en tu propia naturaleza y que nosotros sólo hemos explotado con desenfado... Entre nuestros candidatos, has mostrado una disposición espontánea a la distracción —y ya que a los miembros de nuestro sindicato les gusta trabajar poco— eso nos ha facilitado las cosas... Tu mente suele perderse en largas y ociosas especulaciones ajenas a las exigencias de la vida diaria, hechos tan triviales e insulsos como descubrir paisajes en el techo o mirar el vuelo de las moscas... Eres un sediento de tiempo libre perdido en un desierto de actividades y eso ha atrofiado por completo tu sentido de la oportunidad... En el fondo, te gustaría vivir sin hacer nada, tirado en un diván y con algunos libros a la mano... Por eso, no sólo eres la víctima ideal de nuestra Organización, sino la encarnación de nuestros anhelos más profundos... Con otras personas, en cambio, nos vemos obligados a tejer trampas laboriosas para conseguir un descuido, un estornudo, una falla *inexplicable* en los circuitos de la computadora... Hacemos todo lo posible para no ponernos en evidencia y por eso trabajamos de noche, invadidos por una fatiga venenosa, tensa, que nos lleva a cometer atrocidades sin límite: no sólo roemos sigilosamente los cables de la luz o revolvemos los archivos (ésas son actividades menores

Blanco Móvil 94

reservadas a los principiantes), sino que programamos los olvidos, la desmemoria, y cuando estamos de buen humor, urdimos pesadillas exasperantes en el sueño de nuestras víctimas (la Organización se distingue por contar entre sus filas con excelentes actores dramáticos), para agotarlas por completo... El insomnio llega por añadidura... Quienes nos acusan de perezosos y vividores, no imaginan cuántos preparativos, cuánto rigor y cautela demanda la elaboración de lo "azaroso", adjetivo ridículo, por cierto —y queremos insistir en ello—, con el que algunos pretenden restarle mérito al diseño impecable de nuestro sabotaje... Sobre todo, ignoran la enorme dificultad que implica tramar errores en cadena, esas contingencias sinfónicas que se responden unas a otras en perfecta armonía, y que consideramos verdaderos monumentos a nuestro genio malévolo... Cuando, por ejemplo, un ejecutivo para quien la hora exacta ha adquirido un rango ético ("podré perder un negocio, pero nunca por llegar tarde"), cuando el ejecutivo, decíamos, busca sus llaves con prisa y en esa búsqueda frenética derrama por descuido un vaso de agua sobre sus documentos e intenta salvarlos con un trapo húmedo y sólo consigue devastar por completo su trabajo, nuestros obreros se ríen y pavonean, incansables, en un clima de orgullo que hace palidecer de envidia a nuestros enemigos más feroces, los miembros de la Corpo... Se trata de un espectáculo delicioso... Es cierto que tendemos a la dispersión y al ocio, y que el único fin de nuestro trabajo es anular el trabajo mismo... Por eso, no escatimamos ningún esfuerzo en disuadir a quienes han sido tentados por las manías de la Corpo, cuyas tareas de proselitismo son tan subterráneas como persistentes y, por eso, de consecuencias devastadoras... Duros e intransigentes, obsesionados con la puntualidad y la constancia, los lacayos de la Corpo se sacrifican para no descansar nunca... Entre sus costumbres más groseras destaca la ilimitada confianza en su opinión y su deseo de empujar a los demás, que viven en un ánimo tranquilo y sin sobresaltos, a corregirse, tener superioridad, vigor, voz potente, liderazgo notorio... Aunque trabajamos tanto como ellos, nuestras diferencias son insalvables... Ambos amamos las citas impostergables, las situaciones límite, pero mientras los lacayos de la Corpo las emplean para alejar a los hombres de sus verdaderas aspiraciones, nosotros las usamos para acercarlos a ellas... Por eso, no debes creer que nuestra Organización existe para fastidiarte; todo lo contrario: tú, como nosotros, morirás algún día, y sólo buscamos que el tiempo transcurra suavemente, sin prisa...

La mano

Héctor J. Ayala

—¡Mira! No me pasa nada... No me pasa nada.

La pequeña jugaba a los pies de su padre, arrodillada, andando a gatas entre sus piernas, metiendo y sacando su manita debajo de la llanta suspendida. El hombre, ocupado con la reparación de la camioneta, ya había perdido la energía y las ganas de cuidar a su hija.

(—Hazte a un lado, mhija, estorbas.)

La nena le jalaba el pantalón de poliéster, abrazaba su pantorrilla, y con una risita picarona miraba hacia arriba buscando una complicidad que le daría mayor intensidad a su juego. Pero su padre estaba en otra cosa, y ya comenzaba a reflejar el fastidio de no haber conseguido ajustar la máquina antes de la comida, como hubiera querido. El sol, que desde hacía rato descomponía la basura que se acumulaba al lado del mercado, le calaba la frente; algunas gotas de sudor le escurrían hasta el bigote, porque como tenía las manos llenas de grasa, no se animaba a limpiarse el rostro. Su vientre inflamado encajaba perfectamente entre la defensa y el radiador de la camioneta. Como los animales del zoológico se espantaba las moscas con movimientos súbitos pero ineficaces.

—Mira, mira, papá, ¡no me pasa nada!

El sudor comenzó a picarle los ojos; las herramientas se tornaron borrosas; su cabeza chocó ligeramente contra el cofre levantado. Recordó de pronto, como un aviso prodigioso, que a su derecha había dejado un trozo de estopa. Sintió la presión de su vientre contra el radiador; quizás pensó en el hambre que tenía, o en las ganas de orinar que lo aquejaban desde hacía rato; quizás simplemente estiró el brazo para alcanzar la estopa, sin ningún pensamiento, acto puro donde nada existe excepto los propios deseos. Tocó el recipiente del líquido de frenos, su dedo meñique rozó el borde de una manguera, y cuando sintió los filamentos de la estopa, echó el cuerpo hacia el frente jadeante y victorioso, agarrando los hilos como si sacudiera una cabellera.

—No me pasa nada, mira, no me pasa...

Antes de que la estopa llegara a su rostro y le enjugara las cejas sintió una fiebre intensa; un frío doloroso que le tensó la espalda; una falta de aliento. No veía nada; no podía ver nada y le ardían los ojos.

* Héctor J. Ayala (Ciudad de México, 1972) estudió filosofía –licenciatura y maestría- en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido roquero, profesor de literatura y nihilista. Desde 1988 ha colaborado en diversos suplementos y revistas literarias (*Paréntesis, Debates, Contrastes, Etcétera, La Gaceta del Fondo, El huevo, Revista Mexicana de Cultura, El Ángel*) Fue becario del INBA (1994-1995) y en dos ocasiones del FONCA (1998-1999 y 2000-2001). Sus escritos han sido recogidos en varias antologías, entre las que destacan: *Generación del 2000* (CONACULTA, 2000), *Ensayos y divertimentos* (Gutenberg editores, 2001) e *Hipnerotomaquia II* (Aldus, 2002). Es autor del libro de relatos *Amanecimos títeres* (Tierra Adentro, 2000), y de los volúmenes de ensayos *Solipsismo y mundo externo en la filosofía de G. W. Leibniz* (Universidad Politécnica de Valencia, 2003) y *Los caprichos del héroe* (Aldus, 2003). Actualmente vive en Madrid, donde realiza un doctorado en filosofía.

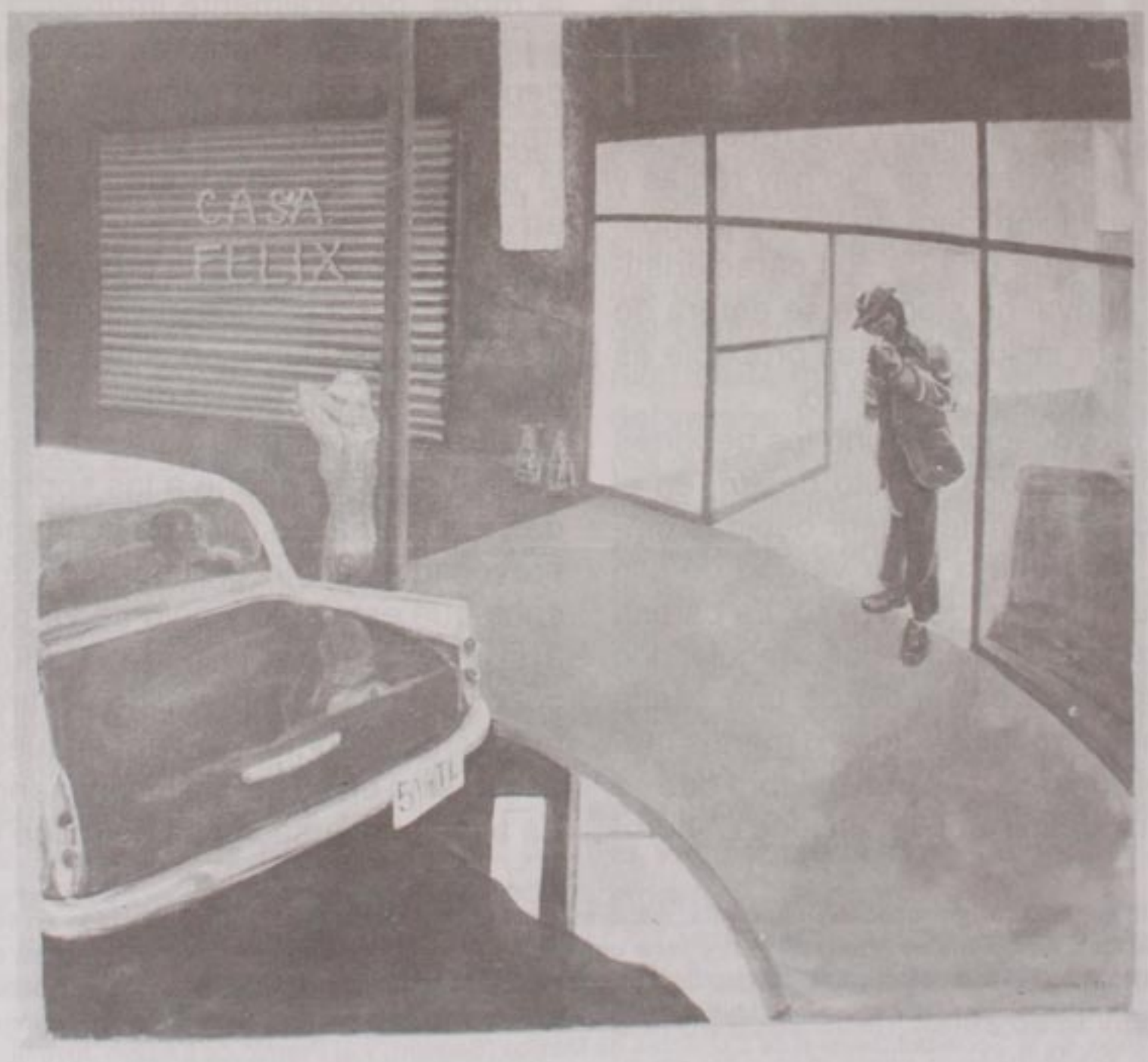
—¡Ay mi manita! ¡Mi mano!

Los cargadores del mercado corrieron hacia la camioneta. El llanto de la niña lo llenaba todo, los portales, las grietas, el pecho de los hombres, las cloacas. En vano tantos brazos intentaban levantar la carrocería; una y otra vez cedían al peso y a cada fracaso el mundo parecía ir más rápido y volverse de fuego.

—¡Ay mi manita! ¡Me voy a quedar sin mano! —chilló la pequeña en un instante de espantosa lucidez.

Un adolescente intentaba acomodar el gato haciendo voces para que alguien le alcanzara la palanca; el padre se rompía las vértebras pretendiendo levantar el armatoste, como si su insistencia hubiera de devolverle el miembro a su hija; un niño lloraba la suerte de su hermana.

La niña logro retirar el brazo. Los cargadores, en ese último intento, aún dejaron algunos segundos la camioneta suspendida, con odio y orgullo. Una mujer abrazó a la nena para ocultar su desgracia porque tampoco la entendía.



La sangre devota

Edgardo Bermejo*

"No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises, o amenaces miedo".

Francisco de Quevedo

Acepto que en los últimos meses, cada vez que pongo un pie fuera de casa, me entrego a la práctica de un deporte singular: la provocación. Lo soy, ando por ahí de aguafiestas a cada rato, amargando a babor y estribor, y como todo hecho adictivo es algo que ya no puedo dominar, y me rebasa. Se trata de un juego perverso. No hay reglas y ni siquiera definición clara de los contrarios. Debe anotarse que una de sus características es que el rival no siempre se entera de que participa, e incluso, lo más probable es que no tenga ánimos de hacerlo.

El de la provocación es uno los deportes urbanos considerados de alto riesgo, en el que no sólo se permite ingerir bebidas embriagantes, sino que a decir verdad de ello depende buena parte de su éxito. La partida comienza cuando alguien —por lo regular uno mismo— se ubica en medio de una charla mas o menos armoniosa, más o menos monótona —el consenso es una palabra que se inventó para definir conversaciones aburridas— y lanza a los cuatro vientos una frase o una idea demoledora, contumaz, antítesis de los matices, enemiga de la banalidad y de la moda, generalmente imprecisa e injusta, pero eficaz al momento de quebrantar el orden de una reunión secuestrada por la corrección política, o en una charla en donde la estupidez no da tregua, o la pedantería enseñorea.

Si no deporte, el de la provocación podría ser un arte. La poética que postula no admite simulacros. Debe, por sistema, ir a contrapelo de las concesiones y los titubeos declarativos, combate la tibieza, hostiga a los pusilánimes, se opone a las sonrisas estiradas y al apapacho falso de la unanimidad. El provocador, como el amoroso de Sabines, sabe que está solo y solo se va penetrando a sí mismo sobre la tierra. Reducido a su condición de incomprendido y marginal, normalmente se inmola, no en un fuego beatificador, sino en su propia incontinencia verbal. Es a las conversaciones de salón lo que los

* Edgardo Bermejo. Escritor, historiador y periodista, nació en Ciudad de México (1967). Es licenciado en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (1991) y tiene un diplomado en Historiografía Contemporánea en el Instituto de Estudios Históricos José María Luis Mora de Ciudad de México (1992). Ha obtenido el Premio Nacional de Novela Política, de la Universidad de Guadalajara, por la novela *Marcos´s Fashion* (Oceano, México, 1997); el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Durango, de la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), y el Premio de Ensayo Juvenil, del periódico mexicano *El Día*. Textos suyos forman parte de las antologías *Dispersión multitudinaria* (Joaquín Mortiz, Ciudad de México, 1997), *Líneas aéreas* (Lengua de Trapo, Madrid, 1999); *Voces de América* (Casa de las Américas, La Habana, 2000) y *El Cuento Latinoamericano* (Editorial del Pueblo, Pekín 2004). Dirigió el suplemento sabatino *Lectura* (1997-98), del periódico *El Nacional* de México y ha colaborado como articulista en diversos diarios, suplementos culturales y revistas literarias de México. Ha sido corresponsal de prensa en Singapur y el sudeste asiático. Desde julio de 2002 es agregado cultural de la Embajada de México en la República Popular China.

surrealistas a la poesía de vanguardia: todo lo arriesga, lo formal y él son antagónicos; privilegia la lealtad a una buena frase que a un contertulio; entre contener un comentario virulento o estamparlo en el vecino, a riesgo de lastimar orgullos o hundir reputaciones, opta regularmente por lo segundo y es, por lo tanto, más amigo de sus ocurrencias que de sus amigos. El francotirador mendaz se ampara en su falta de sentido común que justifica a destiempo: "Te lo juro, nunca imaginé que se podría molestar". Como provocador profesional, hace con la inteligencia lo que el toro con su fuerza bruta: la desperdicia en el ruedo, la desparrama como sangre culpígena en la arena de sus desenfrenos, y siempre termina arrepentido.

Uno de los atributos fundamentales de este deporte es que se puede jugar en toda clase de canchas, esto es, en diversos estratos sociales, culturales o políticos. Es dable, por ejemplo, acudir a la reunión de un viejo grupo de amigos que se conocen desde la preparatoria, y que con el tiempo fueron desarrollando una suerte de conservadurismo congénito que hoy le resulta a uno insoportable, para elegirlos entonces como escenario de la próxima partida.

Se saluda, se bebe con tenacidad y en silencio por espacio de dos horas, mientras los demás conversan con toda naturalidad del bautizo de los niños, la primera comunión de la mayor, o el tema más socorrido del verano: la aparición milagrosa del emblema guadalupano en sitios insospechados: el túnel del Metro, la corteza de un sauce llorón en Irapuato, o entre el cochambre de la estufa en la cocina de una anciana parapléjica del barrio de la Merced.

Al punto de la medianoche, y ante la irremediable monotonía de la conversación, llega el momento de intervenir para darle inicio a la justa. Es tiempo entonces de depositar el vaso sobre la mesa de centro, prender un cigarro y arrancar.

"Tengo una amiga —les digo— que asegura haber sido bendecida en su hogar por una de esas apariciones de la virgen. Se trata de una reputada matemática a la que, sin embargo, a veces le fallan las cuentas más elementales. Hace un par de semanas me contó que se fue a la cama con un tipo que

Blanco Móvil 94

conoció esa misma noche. Durmieron sin ropa, enlazados, sudorosos y satisfechos hasta que, poco antes del amanecer, una sensación húmeda y viscosa que les corría por la entrepierna los despertó. Mi amiga, como podrán imaginarse, había arribado puntual al cenit del ciclo de los 28 días. Las sábanas quedaron grotesca y extraordinariamente batidas. De modo que abandonaron el lecho, se metieron juntos a la regadera para lavar aquel magma intruso, y al salir de la ducha descubrieron con sorpresa y devoción que una imagen vívida de la virgen del Tepeyac había surgido de entre las manchas hemáticas de la sábana. La Virgen de Regla, le bautizó, argumentando que si ya hubo en el virreinato un Conde de Regla por qué no podría haber una aparición mariana con el mismo apelativo. Como sea, yo no le creo, y mucho menos cuando me aseguró que aquel tipo se llamaba Juan Diego y que ése mismo día huyó sin dejar rastro con todo y sábana, que ya para entonces no debía llamarse así, sino *manto*, porque mi amiga, aunque no lo crean, es una devota guadalupana".

No es difícil imaginar la reacción que provoqué entre los asistentes a un departamento de la colonia del Valle, decorado con muebles rústicos y jarrones de talavera falsa. Algunos se levantaron de un salto y enfilaron rumbo a la cocina como dispuestos a no seguir oyendo aquella historia. Otra mujer se apretaba aterida a la mano de su marido mientras él me veía como quien ve a un monstruo. En vano citarles el famoso discurso del padre Mier a propósito del mito guadalupano, y que le costó tres décadas de exilio; mucho menos el hallazgo irrefutable del maestro O'Gorman que documenta el origen de la impostura en las postrimerías del siglo XVI. Nada ya podía consolar aquellos rostros afectados mirándome con náusea, mientras yo me llevaba a la boca un canapé de queso philadelphia, y sorbía con fruición de mi vaso de vodka tonic.

Hay veces que un provocador logra con sus comentarios darle un giro vital a la convivencia en turno. Se pone como ejemplo de franqueza —o de cinismo, que es la honestidad magnificada por la lupa censora de la moral—, y más tarde su transparencia desencadena confesiones aún más trepidantes y desgarradoras que las propias. Es el caso, por ejemplo, de cierta ocasión en la que confesé en público mi obsesión por el pubis de Sharon Stone en la escena más famosa de la película *Basic Instints*, así como por las minifaldas y las piernas de la señorita Cometa, una serie infantil de la televisión japonesa, que apetecí desde mi más temprana mocedad. Al principio nadie pareció hacerme caso y por un momento la charla enfiló por otro rumbo, pero quince minutos después la sala se llenó de confesiones aún más rudas que la mía; un tipo admitió que en la secundaria coleccionaba fotos de Isela Vega en cueros y que simultáneamente se enamoró de Miguel Bosé; otro, sin importarle la presencia de su esposa, recordó su primera puñeta bajo el influjo lúbrico de la más célebre foto de Marilyn Monroe durante su visita a México, que venía a cuento por su parecido con mi propia fantasía masturbatoria. La mujer de aquel tipo abandonó la sesión, y poco tiempo después supe que aquello fue el principio de un divorcio trágico.

Una frase precisa, un comentario punzante que impacta en la línea de flotación del ego o la perversidad de los comensales, puede incitar una plática rijosa que a su vez provoque la ingestión acelerada de bebidas. Media hora después, la borrachera debilita los argumentos y las ideologías, y el provocador terminará ganando la aceptación e incluso el cariño de sus acompañantes por la acertada conducción de las emociones colectivas. Es el mejor momento para poner música tropical y aferrarse a las caderas de la esposa de un desconocido. No faltará la mujer que guardó silencio toda la noche y que por fin vence su timidez para confesarme al oído mientras bailamos la tercera pie-

za: "...aquí entre nos, creo que tienes toda la razón, mi marido es de los que siente más atracción por las piernas de Hugo Sánchez que por las mías". Si al terminar de bailar esa mujer me desliza discretamente en mi bolsillo su teléfono y dirección, puedo decir que triunfé, que le di la vuelta al ruedo y corte orejas.

En otra ocasión, ante un público de universitarios ampulosos que ya me habían fastidiado luego de una cena en la que no pararon de hablar sobre coloquios, revistas especializadas y exámenes profesionales, me vi en la necesidad de adoptar, una vez más, mi traje de provocador. Yo, que ésa noche me encontraba especialmente sobrio y había procurado guardar silencio y cordura por amor a una filóloga a la que acompañaba por primera vez en el convite, tuve que intervenir cuando escuché la voz engolada de un imbécil que me preguntó en dónde había realizado mi doctorado, como si el hecho de compartir la mesa nos obligara a ser colegas y a compartir las mismas credenciales académicas. "En ningún sitio", le respondí con un flematismo insuperable, "yo soy el encargado de la fotocopiadora en una papelería que está frente a la Universidad", lo que provocó que el resto de las conversaciones de la sobremesa se detuvieran de golpe, y todas las miradas recayeran sobre el inopinado comensal.

¿Y no te parece un trabajo monótono? Se atrevió a comentar aquel insolente, a lo que debí responder que de ninguna manera, pues siempre sacaba una copia distinta. La reunión enmudeció en ese momento, y aprovechando la confusión diserté por más de quince minutos sobre las bondades y los retos del fotocopiado. Hablé de mi pasión por las reducciones y los acetatos, de los distintos tipos de tinta y de papel y de la diversidad de máquinas que se pueden conseguir en el mercado, siendo las japonesas y las alemanas las más confiables, hasta que todos los presentes debieron rendirse a la evidencia de la dignidad y de la importancia del oficio de fotocopiar, menos la filóloga que me retiró su amistad y me borró de su agenda.

Hay veces, en efecto, que el provocador pierde. De un momento a otro lo marginan de la reunión, y decide despedirse cuando ha pedido el siguiente vodka, y lo que recibe es una taza de café muy cargado; cuando descubre a su anfitriona escondiendo las botellas en el armario, o bien cuando un tipo musculoso le da elegir entre guardar silencio o recibir una paliza. En ese momento, el provocador se retira indignado, pues se sabe sobrio y simpático, y no puede entender que se haya convertido en un ser despreciable. Cuando esto llega a ocurrir, al cruzar la puerta para regresar a casa, finalmente le toma por asalto una convicción: "es cierto, el inadaptado soy yo".

Los gringos también lloran
Elegía de un gringo

Alejandra Bernal

a Arnold Schwarzeneger, con todo el respeto que me merece

Un amanecer te dicen que Santa Clós no existe. Que sólo hay Santa Fe, Santa Rosa y Santa Bárbara. Y tú respondes, Ya me lo sospechaba.

Un día te llevan a Disneylandia. Y tú te dejas ir, te mareas, lloras y te cagas de la risa. Luego te aburres, te cansas, y en las vestiduras de la parte trasera, embarras la paleta mientras los ojos se te cierran. Mamá te pica el sueño con su suéter de lana. Papá se limpia el humo en tu cabeza. Lo último que vislumbras antes de desasirte son sus manos en la palanca y un velocímetro que acelera.

La noche es ancha. Ni lo sospechas.

Una tarde te das cuenta de que ya no cabes en tu mezclilla, que a dos pies no llegarás más que a la esquina. Y ya agujeraste los zapatos. Tu música no te ensordece, tus libros te van a acabar la vista, y sólo tu cerveza, tu grafitti y tu inconfesable filiación a la trascendencia, evitan que embaraces a tu noviecita histérica. Te pones el primer disfraz que encuentras, de supercan, de payaso o de angelito, y si te pagan por lucir los tres en público, eres tres personajes en uno. El Padre y el Hijo le quedan chicos a tu espíritu. A medio Epcot, con la bóveda metálica que imita el desolado tintinear del firmamento —cuyos brillos, adivinas, marchan todos a destiempo, y no son ni lo que ves ni lo que temes, ni la ronca tentación que te desprende de tu disfraz de Mickey Mouse entre los gritos de un titipuchal de niños— decapitas al ratón, lanzas la máscara a ver qué imbécil la atrapa, y sales corriendo sobre el peso de tus patas. Sólo hay una carretera que peina de raya en medio los parietales del desierto.

La noche es larga. No la interrogas.

Un atardecer le dices que la amas, que la admiras, que la extrañas. Si quieres comerte el mundo, empieza a morder manzanas. New York brilla en tus ojos, París, Texas, en sus entrañas. New Somewhere-Else en sus agendas, New Rightnow en su circunstancia. Taiwan en la etiqueta del anillo. Qué le vamos a hacer: se abrazan. Nada tiene de informal hallarse en medio de la nada. Aquí

Alejandra Bernal (Ciudad de México, 1972) estudió arquitectura en México y California. En 1995 obtuvo el Premio para Primera Novela Juan Rulfo con *Tránsito obligatorio* (Editorial Joaquín Mortiz, 1996) y, en 1998, ganó el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí con *Naturaleza muerta*, próximamente en edición hipertextual. Obra suya ha aparecido en antologías y compilaciones como la *Antología del cuento mexicano* (Plaza y Janés, 2001). Fue becaria del Consejo de Artes y Letras de Quebec.

nos pagan, pero ya será mañana, y entonces sí, una casita y un perrote y un intrépido auto ronco que remolque cualquier playa. Sin perder el corte clásico diseñas el vestuario de los héroes de tu infancia: las cien versiones del mismo pato bordan tu guardarropa. El día de su centenario el Nuevo Pato será Rico McDonald. Una pesadilla clónica desfilará para los fans de Loquecambia. Del mutismo a las metamorfosis, Loquemuta es Loquehabla. La pasarela es cosa de ella —la que admiras— y las palabras: ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Diseñando disneylandias? ¿Para quién? ¿O en qué sentido? ¿Y heredarle esta quimera a nuestros hijos? ¡Yo me largo! —Tú no insistes. Old McDonald had a farm a tus costillas. New Nostalgia damnifica tus espaldas. Pues la amabas —y la admiras— a distancia. No te atreves, sin embargo, a ir a alcanzarla.

La noche es otra. No la rescatas.

Una noche ahora sí. Hasta sus últimas consecuencias asumes de antemano la derrota. Tu sabiduría con copyright, tu perfil con código de barras dignifican la alegría más panfletaria. El mercado de valores te vendió una felicidad usada. Pero es tuya y a nadie más le incauta. A nadie le hace mella —ni esperanza. Convertido al Sistema, inviertes tu última dosis de cinismo en una utopía fallaz, ridícula por principio: Celebration Town, "la reencarnación del futuro". El Orlando florido, reforestado, congruente con tu nombre y tu salario. Fanático del plástico, prefieres un top-less que nutra con silicón a tus chamacos —así se van acostumbrando a digerir el reino de lo onírico que habrán de gobernar tarde o temprano. Disminuyes la velocidad del convertible, cedes a la ancianita el paso, "design can help to orchestrate community". Aparcas. Tu vida como una lista del mandado: la eliges con el topping de tu pizza, con el filling de tu taco; tu apetito se ajusta a las leyes de la oferta y del espanto. Tu corazón es un carrito del supermercado, tu cuerpo es el jomlés del despilfarro. Tu libertad no sólo empieza en el bolsillo, ahí también acaba y te sepulta. Tu sentido del humor lo has merecido a crédito a partir de un banco suizo. ¿Qué habrá sido de la otra, la que amabas? ¿Guardará la integridad que le admirabas? ¿Andará salvando especies, dogmas, ríos, restaurando el paraíso en el exilio que tan sólo fue tu tránsito a otro exilio?

Al fondo del pasillo de las latas la vislumbras y te exaltas. Arquitecta del destino que presumes: su sonrisa, su evasión, su incertidumbre. Su carrito del mandado, sus entrañas, celebran el pleonasmo que los ata. Te reconoce, ajena. Explica cómo ideó tu casa, te muestra el croquis de eso que hoy habitas, su diagrama para amortizar las canas. Ha traicionado su heroísmo —ni la admiras ni la extrañas. Está ante ti, vive en la esquina. Basta un camión de mudanzas. O visitarla de puntitas los fines de semana. Su desnudez exhausta, plena, es tu ración de trascendencia cotidiana.

La noche es ésta. No se te escapa.

Las moradas

Nicolás Cabral*

Ya habían arrasado. Mi padre era un guiñapo agonizante. Yo sentado en una silla. A su lado. Él recostado en la cama. Quieto. Le gustaba hablar. Decía algo sobre otros tiempos. Contaba historias sobre su vida. Nunca supe de qué hablaba. No le comprendía. Su voz era una especie de murmullo. Con los días aprendí a descifrar los sonidos. Palabras. Dormía casi todo el tiempo. Me pedía ayuda para orinar. Luego optó por mearse encima. Al principio no me di cuenta. Luego percibí el olor. Nada que hacer. Un día se calló. No lo oí durante horas. Me pidió agua. Fui al baño. Hundí un cacharro en la tina. Cuando regresé ya estaba muerto. No quiso que lo viera. Eso que llaman pudor. Me hubiera gustado verlo expirar.

Llevé su cuerpo a la casa de al lado. Cargarlo no fue difícil. Con los días se había ido encorvando. Como un feto. Se hizo pequeño. Era como una bola de ramas secas. Pesaba pocos kilos. Entré en uno de los cuartos. Lo puse sobre la cama. Cubrí el cuerpo con las sábanas. Reforcé el bulto con una manta. Yo sentado en una silla. A su lado. Su cadáver sobre la cama. Quieto. Salí a caminar. Fui a pasear al cementerio. Recordé el entierro de mi madre. Un tipo echaba tierra en el agujero. El ataúd iba desapareciendo poco a poco. Finalmente el relleno alcanzó el nivel del piso. Mi padre y yo al lado del sepulturero. No lloramos. No dijimos nada. Eso creo. No sé si mi padre tuvo a otra mujer. Lo dudo. Era bastante idiota.

La caminata me vino bien. Recordé los domingos de antes. Las calles se vaciaban. Yo salía a acumular pasos. A veces los contaba. Deambulé un rato. Me sentía tranquilo. Mi padre muerto. Tenía dos o tres pertenencias en una caja de cartón. A pesar de todo. Volví a la casa. Hurgué. Miré. Guardaba un espejo y un gancho. Creo que los tenía para limpiarse la dentadura. Se metía el gancho y rascaba los dientes. Eso. Usaba el espejo para ver. Tenía además un peine. El galán se sacaba el sarro. Luego se peinaba. Todavía recuerdo el sonido de sus actividades matutinas. Se oía cómo escarbaba. Rac rac. O algo así. Luego hacía decenas de gárgaras. Y escupía. Siempre tuvo los dientes podridos. Negros. Se los limpiaba de todos modos. Se pasaba el peine y salía a la calle.

Con los días aprendí a oír el silencio. Un silbidito de fondo. Yo me aburría. Comencé a explorar las casas de los vecinos. Siempre había tenido ganas. Visitaba varios lugares

* Nació en Córdoba, Argentina, 1975, es narrador, ensayista y arquitecto. Reside en México desde 1976. Es director editorial de la revista *La Tempestad*. Editor de arquitectura y diseño de *Spot*, colabora en publicaciones como *Letras Libres*, *Hoja por Hoja* y *Cine Premiere*. Fue incluido en la antología *Nuevas voces de la narrativa mexicana* (Joaquín Mortiz, 2003).

por día. Algunas puertas estaban abiertas. Otras tenía que abrirlas a golpes. A veces entraba por la ventana. Recuperé las latas que quedaban en las alacenas. Y algunos frascos. En mi casa acumulé provisiones considerables. Me decía voy a pescar. Eso. Entonces salía con un saco. Volvía exhausto. Decenas de latas y frascos. Había marcas de enlatados que no me gustaban. Además llenaba unos botes con agua. Hasta que se vaciaban los tanques. También recolectaba abrelatas. Tienen una vida útil muy corta. En ocasiones me quedaba a comer en alguna vivienda ajena. Sólo por cambiar de aires. Algunos lugares se conservaban en orden. Había polvo.

Me gustaba dormir en sitios desconocidos. Ciertos días me hospedé en la habitación de una jovencita. La veía caminar hacia la escuela. Otros tiempos. En uno de sus cajones quedaban algunas braguitas. Con ellas me masturbaba. A veces pensaba en la niña. Otras veces no pensaba en nada. Observaba el polvo que comenzaba a cubrirlo todo. Sólo se oía el silbido. Trataba de concentrarme en la cara de alguien. Los rostros comenzaban a borrarse de mi cabeza. Incluso el de ella. Pensé que en realidad nunca observé fijamente a nadie. A la niña la veía pasar. Desde la ventana de mi cuarto. Sólo una vez la miré de cerca. En una tienda. Creo que sonrió. Pero olvidé sus rasgos. Su forma de vestir sigue en mi cabeza. Tampoco podía recordar el rostro de mi padre. Guardaba la imagen de la bola de ramas secas. Nada más. Y mi madre era un agujero en el que caía tierra.

Decidí abandonar la ciudad. Estaba aburrido. Caminé por horas. Llegué a los márgenes. Seguí caminando por la carretera hasta que no pude más. Se hizo de noche. Dormí en una caseta. Al costado del camino. En la entrada de una fábrica. No había ni ratas. Al amanecer seguí andando. Encontré unas pequeñas construcciones rurales. Estaban vacías. No había latas. Ni frascos. Sólo restos de porquerías. Seguí. Sólo para arrepentirme. El hambre. Emprendí el camino de regreso. Avancé hasta que no pude más. Me metí en una casa de buena apariencia. En las afueras de la ciudad. Encontré unos álbumes de fotos. Los hojeé hasta que la luz se agotó. La mujer de la familia. En los últimos retratos tenía unos cuarenta años. Me

Blanco Móvil 94

masturbé observándola fijamente. Luego me asomé por la ventana. Esa luz. Encontré un abrelatas. Comí.

Me gustaban las fotos. Decidí coleccionarlas. Un nuevo tipo de pesca. En ciertas viviendas algo me indicaba que debía buscar. Sería el olor. No siempre acertaba. Junté muchos retratos. Únicamente de jovencitas o de mujeres mayores. Había álbumes malogrados. Gente fea. Pero di con algunas imágenes interesantes. Me hice de una buena cantidad de fotos. Podía ver caras. Y algunos cuerpos. Encontré un buen álbum. Ahí ordené mi colección. Separaba cada retrato sin deteriorarlo. Luego lo reintegraba. No podía concentrarme en todos los rostros a la vez. Terminé reuniendo varios álbumes. Pensé que las casas de ese barrio serían inagotables. Pero no. Me quedaba el resto de la ciudad. Eso suponía. Revisé otras zonas. Me cansé de los nuevos lugares. Me sentí débil. Estaba cerca de mi barrio habitual.

Volví a la casa. Me asomé a la de al lado. No había ni moscas. Sólo un olor espantoso. Me entraron ganas de cagar. Lo hice en el baño. Nunca lo había usado. No volvería a sentarme ahí. No valía la pena gastar el agua en los escusados. Así que se volvían inservibles. Los usé en decenas de viviendas. En las que no me gustaban regaba la mierda por todos lados. Volví a mi recámara. Sacudí un poco las cosas. Pensé en mudarme. Uno piensa en esas cosas. Decidí instalarme de manera definitiva en la recámara de la niña. Tenía una enorme cómoda. Coloqué mis fotos favoritas. En ninguna parte de la casa encontré retratos de la jovencita. Una lástima. El silbido. Perfora los oídos. Ya no lo soportaba. Salí de la casa. Caminé unas cuadras. Me dediqué a lanzar piedras. Rompí algunos vidrios. Así hice un poco de ruido. Luego caminé hasta agotarme. Pesqué un rato. En una de las casas hallé una resortera. Me la guardé. En el camino de regreso recolecté algunas piedras.

Esa cosa de no sentirse solo. De repente. Me había despertado el sol que entraba por la ventana. Mis movimientos levantaban millones de partículas. Las veía flotar en la luz. Algo cambió en el ambiente. Me sentí confundido. Observé las fotos de la cómoda. Mis pies estaban cubiertos de braguitas. En mi pecho había colocado el pequeño sostén de la niña. Acaso fue el primero que usó. Me sentía raro. Bajé a la cocina. Abrí una lata. Comí un poco. Salí a dar un paseo. Algo había cambiado. Ya no se oía el silencio. El silbidito. Tuve miedo. Salí a pescar piezas de ropa interior. Me introduje en algunas casas. Primero busqué fotos. Luego calzones. O sostenes. Si es que valía la pena. Tuve miedo. Entonces saqué a la calle mi colección de frascos vacíos. Hice una hilera sobre la banqueta. Tomé mi resortera. Me dediqué a lanzar piedras. Por horas. Con el tiempo mejoré mi puntería.

Esa noche no dormí. Me mantuve alerta. Silencio sospechoso. Luz sospechosa. A veces hacía paseos nocturnos. Pero ahora no me atrevía. Recordé cosas. Una vez. En una iglesia. Era de noche. Subí al altar. Rocié todo con orines. Robé los candelabros. Luego los vendí. Compré algunas cervezas. En esos tiempos iba regularmente a la iglesia. Sobre todo los domingos. Me gustaba ver a las niñas. Las observaba. Una voz monótona se oía al fondo. Nunca supe de qué hablaba. No comprendía. Con el tiempo hice algunas amigas. Había fiestas en sus casas. Todos bailaban. Yo subía a la recámara en turno. Robaba sostenes y braguitas. Tenía una colección enorme. Sus padres se habrán preguntado sobre la desaparición de la ropa interior. Pensé que podrían descubrirme. Luego perdí el miedo. Entonces comencé a robárselos a sus madres. Tuve varias amigas. Todavía guardo mi colección. Una caja en la parte alta del armario. Me gustaba asomar la nariz. Y oler.

Así pasé varias noches. Dormí muy poco. Tenía miedo. Decidí mudarme de ciudad. Esta vez no habría marcha atrás. Me preparé. Abrí varias latas. Metí lo que contenían en diversos recipientes. Los guardé en la

mochila de la mujercita. Tenía bordado su nombre. Cargué algo de ropa. Y algunas de las braguitas. Decidí hacer escalas. Me tomó medio día llegar a la casa de la familia de la mujer. Llevaba conmigo sus fotos. Ahí pasé la primera noche. Encontré sus calzones. Guardé los que más me gustaron. Me hice también de uno de sus sostenes. Apenas salió el sol retomé el camino. Anduve por horas. La noche sobre la carretera. Me refugié debajo de un puente. Tenía un poco de miedo. Y de frío. Seguí caminando la mañana siguiente. A mediodía llegué a un pueblo que no conocía. Otra vez el silbido. Me tranquilicé. En el camino lancé algunas piedras con mi resortera. A veces rompía los vidrios de los negocios.

El pueblo era feo. Pero había latas. Y frascos. Me instalé en una casa del centro. Supuse que era el centro. Por la plaza. Era una construcción antigua. Por la tarde salí a pescar. Arrastré en una sábana decenas de latas. Luego elegí una habitación. Ahí coloqué mis fotos predilectas sobre un buró. Sobre una mesa repartí mi colección de bragas. Intenté olerlas. Pero todo olía a polvo. Mi recámara tenía un balcón. Podía verse la calle. Abrí unas latas y comí. Luego las arrojé por la ventana. Me gustaba el sonido. Caían en la calle con gran estruendo. Me aburrí al poco tiempo. Entonces miré las fotos. Escogí una. Era otra jovencita. Saqué una silla al balcón. Me masturbé viendo hacia la plaza.

Pasaron varios días. Me gustaba caminar por el pueblo. Llegué a conocerlo mejor que a mi ciudad. Lo memoricé. Oía el silbidito. Antes me molestaba. Ahora me arrullaba. Logré acumular muchas latas. Por las tardes dormía la siesta. Me tiraba en la plaza principal. Al sol. Con los días el silbidito volvió a hartarme. Comencé a apedrear ventanas. Otra vez. Lo hacía todas las tardes. Después de la siesta. Cuando me calmaba me metía a las casas. No había muchos álbumes de fotos. Sólo algunos retratos. Encontré una casa más confortable. Me mudé. No tenía balcón a la calle. Pero era más cálida por las noches. Pasé una temporada encerrado. Conocía el pueblo demasiado bien. Saqué las fotos del álbum. Las clavé en las paredes. Tapicé los muros con rostros de mujeres. Y con calzones. También colgué algunos sostenes. La sala de mi nueva casa. Las paredes cubiertas de fotos. Y ropa interior. El silbido. El sonido de vidrios que se rompen. Las siestas en la plaza. Las latas. Comencé a sentirme débil. Comía sólo el contenido de las latas. Y de los frascos. A veces. Fiebre. Pasé algunos días en cama. Luego me sentí un poco mejor. Reanudé mis siestas en la plaza. Me gustaba sentir el piso ardiendo.

Recogía jabones. Cuando salía a pescar. Y navajas. Recolectaba cosas para el baño. No es que fuera muy limpio. A veces me rasuraba. A veces me lavaba los dientes. Conseguí varias tijeras. Me cortaba el pelo semanalmente. No tenía piojos. Un día me cansé de tener pelo. Lo corté lo más que pude. Luego me afeité el cráneo. En ocasiones me ganaba la pereza. Entonces dejaba que me crecieran el pelo y la barba. Semanas después volvía a deshacerme de ellos. Cuando me molestaba mi olor me daba un baño. Buscaba alguna casa con tina. Que tuviera agua en el tanque. Me zambullía. Una vez casi me ahogué. Me quedé dormido. Dejé pasar más tiempo entre baño y baño. Tenía miedo. Me quedaba dormido en todas partes. Además el agua no era muy limpia. Se estancaba. Prefería mi propia mugre. En verano me gustaba bañarme. Y salía desnudo a la calle. Tomaba el sol. En una casa encontré un aljibe bastante limpio. Fue mi alberca por un tiempo. Hasta que dejó de hacer calor.

Una noche se fue el silbido. Desperté. Algo. Volví a dar paseos. Rompí algunos vidrios. La costumbre. El silencio se había ido. No se oía nada. Ni el silbido. Temblé. Volví a mi casa. Retiré todo de las paredes. Guardé las cosas en la mochila de la niña. Comida para algunos días. Agua. Ropa. La colección. Tijeras. Decidí irme. No quería ir a ninguna

ciudad. Seguiría hacia el norte. Creo que era el norte. Viviría en el campo. Di algunas vueltas por el pueblo. Nada de silbido. Nada de nada. Recogí la mochila. Hora de largarse. Caminé hacia la carretera. Había una última casa. Me detuve. La observé un rato. Luego seguí por la carretera. Encontré un camino de tierra. Avancé entre los matorrales.

Me instalé en el campo. Encontré una choza. Había árboles alrededor. Dejé de limpiarme. Sólo me cortaba el pelo. Y la barba. A veces. Mis dientes ennegrecieron. Lo supe por un pedazo de espejo. Estaba en el piso. En medio de unos árboles. Lo guardé en una caja. El cartón se mantenía firme. Otro día encontré un gancho. No estaba oxidado. Me permitía retirar un poco de sarro. Decoré la casa. Calzones. Fotos. Por todas partes. Había un cerro muy cerca. Era pequeño. Subía. Me masturbaba entre los matorrales. Ya no sentía mi olor. Tenía un poco de comezón. Me rascaba. Se me metían costras negras bajo las uñas. El campo no era lo mío. Me aburrí. Cuando llovía se mojaba todo. La choza tenía goteras. Las braguitas de la niña olían a humedad. Las fotos se deformaron. Todo se fue a la mierda. Decidí volver al pueblo. Darme un baño. Aunque fuera con agua verdosa. Abandoné mis fotos. Mi colección de calzones. La ropa. Garras. Guardé las tijeras en mi pantalón. Tomé mi caja de cartón. Caminé por horas. Un paisaje de matorrales. Pasto amarillo. Encontré un peine. Tirado. Era azul. Lo guardé en la caja. Llegué a la carretera. Avancé. Ahí estaba el pueblo. Encontré la última casa. Ahora era la primera. Supongo. Me detuve a observarla. Seguí caminando.

Alguien me llama. Dice mi nombre. Me siento débil. Cansado. El sonido sale de la casa. La puerta está abierta. Alguien me llama por mi nombre. Volteo. Coloco la caja a un costado del camino. Miro hacia todas partes. Un viento ligero. Y la voz que dice mi nombre. Viene del interior. Se calla algunos minutos. Luego repite la palabra. Mi nombre. Camino hacia la puerta. Estoy cerca de la casa. Me detengo nuevamente. Observo la caja. A la orilla de la carretera. Un poco de polvo. El viento. Alguien dice mi nombre. Observo dibujos en el pavimento. Son sólo sombras. Miro al cielo. Una nube oscurece la tarde.

El trazo

Carmen Galán Benítez*

Cerró el cajón apresuradamente pensando encontrar alguna utilidad a los pasaportes y documentos de identidad del viejo y de su difunta esposa ya que de inversiones y dinero en efectivo, nada; estarán también en la caja fuerte, piensa Begoña. Vidriosos y llenos de impotencia, los ojos del viejo observan a la enfermera, hoy ladrona, burlarse de él, de don Mariano Ortega, preso en su cuerpo inmóvil, postrado en ese sofá que guarda todos sus humores. No cabe más nada en la maleta que Begoña ha llenado de enseres y objetos de valor que, a su juicio, ya a nadie harán falta. De un vistazo recorre todo el artificio que en otro tiempo dio vida al piso y, al mirar los candiles, la luz rompe en mil destellos intermitentes y un mareo la inclina sutilmente sobre el mueble Luis XV al que tantas veces ha quitado el polvo previniendo la llegada del apoderado legal y buen amigo de don Mariano, vigilante incómodo y verdadero patrón; un escalofrío la recorre al pensar en ese hombre —abogado— y su ingenua o perversa confusión entre favores sexuales y amor; se lamenta pero la tranquiliza saber que no estará mañana para recibir al honorable y meloso señor Canals en su diaria visita al viejo. Con el mareo, Begoña recuerda su toma de antivirales y al entrar a la cocina encuentra a Edu en la última fase de un pinchazo de media noche; late la vena ansiosa. Venga, vamos de una vez, que quiero coger ese tren. ¿Has vaciado ya la caja fuerte? Pregunta él con parsimonia, hombre alto y severamente delgado. Que no encuentro la llave, Edu, la tenía; no sé dónde me la he dejado. Venga, vamos. Bajo la mirada perpleja y rabiosa del viejo, la pareja abandona el piso llevando consigo también joyas y prendas finas de su querida Mercedes, la gallega que llegó a su vida después de la guerra civil y que vio la muerte plácidamente hace poco más de un año dejándolo solo en esta provincia española bañada por el Mediterráneo.

Al otro lado del Atlántico, Gonzalo se come las uñas mientras espera para tomar el avión. Elisa regresa con un café y ve esa inquietud que ha quedado permanente en el rostro de su novio desde que le informaron que podía reclamar una herencia en la remota provincia de Alicante. No tiene nada de exótico, es un lugar turístico, un puerto al que llegan productos legales y donde la gente veranea, había insistido ella, pero en la mente de Gonzalo se ha clavado la idea de que un misterio

* Carmen Galán Benítez (Ciudad de México, 1967) es autora de *Tierra marchita* (FETA, 2002). Realizó estudios de teatro y de lengua francesa. Desde 1986 se ha dedicado al guionismo y la producción de televisión en organismos e instituciones como la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, el ILCE, el CONACYT, TVUNAM, Televisa y Canal 22. Ha escrito reportajes y artículos para *El Universal*, *Día Siete* y *Hojarasca*, entre otros.

mayor se esconde bajo el sorpresivo anuncio de que una casa lo espera, por designio de su abuelo —fugaz recuerdo de su niñez, imagen y presencia permanentes en la familia. La única condición para quedarse con la casa: vivir un año en Alicante.

No bien despegaba el vuelo de la ciudad de México cuando ya la nostalgia los invadía y la visión de aquella gran mancha urbana que sobrevolaron durante 20 minutos, vuelo cautivo en su extensión y tormenta, perturbaba su destino. Atrás quedaban los barrocos espacios, los poderes de élite, las incontables vidas atrapadas en la miseria; el vapor de los esquites y el suave tono de jacarandas brillando en tierra cuando la primavera previene su llegada. Atrás quedaban las mil plegarias para que cayera una lana con qué pagar la renta, los cuates, las chelas. Ahora: Europa, chingue su madre.

—Sí. No debeis preocuparos; yo mismo estaré ahí para recibirles.... que sí hombre, que orientaré a tu sobrino.... lo que no me queda muy claro es el trámite que quiere hacer... yo, hombre, puedo mirar, pero... esos documentos... ¡Que en España las cosas han cambiado en estos años, José María!— Canals tenía realmente la intención de ayudar o al menos orientar al sobrino de su primo, quien desde México le llamaba con la intención de que Gonzalo Navarro no se encontrara solo al llegar a Alicante, ya que, además, necesitaría ayuda legal y administrativa.

Canals echó un vistazo a su reloj y comprobó que su estómago no se equivoca, eran las 2:15 de la tarde, tiempo de un aperitivo, de comer y más tarde tomar un café con el pobre don Mariano, hoy ni sombra de lo que fue.

Mientras tanto Gonzalo peleaba por más whisky en el avión. Subió imaginando cierto glamur y muy pronto quedó en evidencia que volaban en un transatlántico guajolotero. En menos de cuatro horas el sobrecargo ya tenía cerrado el bar y las cortinas de los asientos de pasajeros, eliminado cualquier vista hacia la atmósfera; habían determinado que todo el rebaño viajero durmiera o mantuviera bien abiertos los ojos para ver churro, publicidad o programa edificante en cualquiera de los muchos monitores de los que salía un resplandor alucinante en medio de la oscuridad. Sediento, Gonzalo llegó hasta la cabina de alimentos y sigilosamente pudo extraer una botella de espumoso; ya más cómodo en su asiento, no pudo evitar pensar mientras muchos pasajeros, entre ellos Elisa, ya roncaban. Vivir un año en España para heredar una casa se decía fácil, pero sería necesario conseguir un trabajo, trámite en apariencia sencillo gracias a la también heredada nacionalidad española... pero tomando en cuenta las dificultades de los últimos años para someterse a las incomodidades de un trabajo fijo y la nula venta de sus cuadros —esa obra suya a la que, ciertamente, no había podido dedicar demasiado tiempo por las preocupaciones económicas y la carga de actividades sociales—, el tema del trabajo resultaba abrumador. Suspirando, comprobó que en su saco se hallaba la tarjeta de un tal abogado Canals; su tío le aseguró que sería un buen contacto.

Extraño le pareció a Canals que nadie respondiera cuando tocó el timbre en la entrada del edificio; sacó sus llaves y subió al piso de don Mariano. Tampoco respondieron cuando tocó directamente a la puerta. Entró aún pensando que el servicio habría salido a por un encargo pero, cuál sería su sorpresa al encontrar el cuerpo de don Mariano lánguido sobre el sofá. Canals, pasmado, tomó asiento en el silencio del salón con la certeza de que habían llegado a su fin años de cercana convivencia con este hombre otrora diletante y jugador, exquisito y engreído, que pagó con la soledad de sus últimos días una buena cantidad de sus pecados. Tras rendirle al viejo una privada despedida, Canals llamó a una ambulancia.

Gonzalo vomitaba en el aeropuerto de Alicante acusando a la aerolínea de ofrecer comida de mierda. Elisa sabía que se trata-

ba de una indigestión alcohólica y buscaba en los bolsillos del saco de su novio la tarjeta de Canals, pues el hombre no estaba para recibirlos según les había prometido el tío José María.

—Mira, chica, tomar un taxi y pedirle que os lleve al hotel "Alfonso el sabio" que se encuentra en la calle del mismo nombre, que allí yo os buscaré y ya conversaremos. Estar tranquilos y no os agobiéis que no pasa nada; he tenido un contratiempo, serio, ya lo verán, pero nada, que con vosotrros me encontraré por la mañana, temprano, ¿vale? Descansad, que ya os llamaré y ... bien, todo listo....Venga... hasta ahora.

Siguiendo las indicaciones de Canals, Elisa cargó con las maletas y con el bulto que tenía por novio. En el taxi, hicieron un trayecto al que se asomaba el Mediterráneo mientras ya entraba la noche. Desarrollos urbanos por doquier; edificios modernos, multifamiliares; la Europa alrededor de las ciudades antiguas, el crecimiento del siglo XX. A primera vista, la ilusión.

Al encuentro matutino con Canals, sólo acudió Gonzalo, no muy repuesto. Su humor fue francamente mejorando con unos exquisitos montaditos de jamón serrano y de salmón, un par de cañas y la amabilidad del abogado. Claro que *Chalo* (para los cuates) no esperaba recibir tan desconcertantes noticias sobre el dudoso valor que tienen los títulos de propiedad expedidos bajo la autoridad del Gobierno Republicano, sobre todo en los casos en que el inmueble no ha sido ocupado desde entonces. Sería necesario entonces hacer una visita de campo y ver el estado actual de las cosas. Sin más, y con el valor que dan unos tragos de whisky, emprendieron la marcha en dirección al mar, cruzando el centro de Alicante. Conforme bajaban, el rostro de los pequeños comercios iba cambiando como también el de quienes los atendían con esa mirada profunda y distante, alerta; la ropa exhibida, la forma de tomar espacios en la acera, los grupos de hombres reunidos en la banca de una plazoleta, las mujeres que apresuradamente ca-

Blanco Móvil 94

minan con la cabeza cubierta. Por fin llegaron a la calle de San Francisco y muy pronto encontraron el número 16. Sorpresivamente estaba habitado. Macetas y tendederos asomaban por los balcones de una casa de tres plantas con la fachada deteriorada. No bien Canals y Gonzalo se acercaron a la puerta tratando inútilmente de descifrar los nombres manuscritos en árabe al lado de los más de seis timbres, cuando ya eran rodeados por cinco moros —con tranchete, pensó Gonzalo— de diferentes edades. Gonzalo vaciló intentando sacar de su morral el decreto que le hacía propietario del inmueble, pero Canals lo tomó del brazo y se esfumaron de ahí bajando rumbo al puerto.

Con otro par de cañas tranquilizadoras, los hoy nuevos camaradas discutieron la posibilidad de que existiera algún decreto posterior al que le otorgaba la propiedad a *Chalo* como legítimo heredero de don Gonzalo Navarro, quien abandonó España en 1939, logrando salir por los Pirineos tras haber salvado la vida del terrible bombardeo al mercado de Alicante donde tantos amigos fueron asesinados. Don Gonzalo ya no alcanzó a ver la vuelta de la democracia a España y murió dejando establecido su deseo de que la casa en la que había vivido su familia durante generaciones, pasara algún día a manos de su nieto, especificando el asunto de su estancia en territorio alicantino. Durante los años de la transición posteriores a la muerte de Franco, se devolvieron a sus antiguos propietarios algunos inmuebles. Ahora a Canals le quedaban claras las cosas y, sin embargo, le parecía posible una posterior adjudicación del inmueble a otro dueño; tendrían que investigar y hacer gestiones. Así las cosas, Canals se despidió para asistir a los servicios fúnebres de don Mariano y *Chalo* regresó a dar la mala nueva a Elisa: ahora se encontraban sin casa, sin trabajo —que no era novedad—, y con las naves quemadas en México.

Fueron días confusos, entre la libertad de vivir sin compromisos y la angustia de que los trámites no avanzaban, pues la documentación tenía que ser revisada y enviada desde Madrid. Iban al mar, a ese mar de primavera fría, de viento poderoso y agua helada; hacían el amor; bebieron hasta la ignominia y caminaron de madrugada por tugurios y arrabales primermundistas. Pero el dinero menguaba y la posibilidad de un trabajo no se vislumbraba siquiera; tampoco la inspiración de Gonzalo se hallaba en forma puesto que ni siquiera disponía de pinceles o lienzos. Llegó el momento de dejar de gastar dinero a lo loco y fue cuando a Canals se le ocurrió la idea: podrían quedarse en el piso de don Mariano en tanto se concretaba su venta. Sólo sería necesario limpiarlo de todo a todo.

Ese mismo día hicieron una visita de reconocimiento. La primera sensación fue mortal: olor a orines, encierro, polvo y otros elementos tóxicos flotaban en el ambiente y el hedor golpeaba en medio de las tinieblas; oscuro, estático, sórdido. Al abrir las cortinas descubrieron que la situación no era tan grave pues se descubría una amplia terraza con vista hacia una de las principales avenidas de Alicante, céntrica, llena de boutiques, cafés, restaurantes, y adornada con palmas datileras. Al interior del piso, los muebles eran de un estilo conservador, algunos llegaban a un exceso Luis XV; las cortinas, asquerosas, lucían sin embargo los más delicados bordados; las ropas de cama eran de evidente buena cuna. Las paredes mostraban cuadros del realismo valenciano y por doquier se podían encontrar objetos personales tanto de doña Mercedes como de don Mariano. A Elisa le pareció divertido vivir en aquella opulencia y empezó a brincotear entre exquisitas mesas, delicados floreros y finas vitrinas. La prioridad entonces, era limpiar cada rincón de aquella vivienda, separando todo lo que sería enviado a los familiares, como fotografías, cartas, recuerdos en general; poner en cajas lo que sería regalado a las monjas y hacer un registro de lo que permanecería allí.

Empezaron el titánico trabajo que no duró pocos días. Conforme avanzaban, iban descubriendo las costumbres mundanas de los otrora habitantes como que doña Mercedes fue seguramente clienta consentida de El Corte Inglés, sin duda recibida con alfombra roja, pues sus facturas eran desorbitadas, tan sólo las cortinas habían significado un gasto de un millón y medio de las antiguas pesetas, por no hablar del dispendio en perfumes, ropa y cosméticos. Don Mariano, por su parte, era comprador compulsivo de todo lo publicado en Aguilar, pero sus libros no tenía rastro de haber sido, ya no leídos, ni siquiera abiertos; las que sí habían sido abiertas y llevadas a su fin eran la cajas de los mejores vinos, brandys, y licores de buenas cepas. Abrigos ingleses, batas de seda, finas vajillas. Claro que no aparecieron las joyas de doña Mercedes, ni los cubiertos de plata, ni el horno de microondas, ni los zapatos de don Mariano y ya Canals se imaginaba por dónde iba la cosa. Llamaron a un cerrajero para abrir la caja fuerte, donde encontraron billetes caducos y algunos documentos viejos que pusieron temporalmente en un cajón.

Cuando Canals se fue, Gonzalo confesó a Elisa el gran hallazgo de la caja fuerte: un pequeño sobre cuyo contenido era un polvo blanco que en principio pensaron que sería cocaína pero muy pronto surgió la duda ante la posibilidad de que fuera heroína o algo que ellos no controlaran. Guardaron el sobre.

Llevaban cuatro días de limpieza exhaustiva; caía la tarde. Elisa y Gonzalo estaban entre efusivos y muy cansados, tomando whisky y bromeando sobre los candiles dorados bajo los que vivirían. Con la intención de vaciar de una vez los cajones de los muebles del salón, Gonzalo revisaba los documentos con un interés morboso, pero sólo uno de ellos llamó su atención y es que era un carnet que acreditaba a don Mariano Ortega como soldado del batallón azul que fue a combatir a los rusos tras el triunfo de Franco en la guerra civil, en agradecimiento al apoyo alemán para su causa. ¡Un falangista de mierda! Estalló el joven.

Un objetivo se presentaba ahora y daba sentido la estancia de Gonzalo en estas tierras: perseguía todo dato sobre la forma en que acabaron con el bastión republicano que en su momento fue Alicante. Empezaba a sentir que todos aquellos que se habían quedado habían sido cómplices de tal masacre y obviamente de Franco. Los viejos le parecían autoritarios comparándolos con los que él había convivido durante el exilio español en México. Para colmo, por esos días llegó el documento que exponía y daba fe de la situación en la que se encontraba el inmueble que él reclamaba como suyo. Canals le explicó que debido a que nadie lo reclamó por más de treinta años en los que, además, fue siendo ocupado irregularmente, llegó el momento en que se dio en comodato la propiedad a sus actuales habitantes, de tal forma que se tendría que emprender un juicio para promover el desalojo, mismo que no se tenía la certidumbre de ganar pues los otros también habían adquirido derechos. De cualquier forma, a decir de Canals, alguna indemnización le correspondería a la familia Navarro.

Furioso, Gonzalo amplió su espectro de odio ahora contra el estado español que, según él, le negaba lo que había sido robado a su abuelo; contra los moros a quienes juzgó de eternos invasores; contra los medios de comunicación por no tener en su agenda los problemas derivados del exilio. Cada día era más insoportable para Elisa la rabia de su novio y una especie de paranoia iba creciendo en ella: se sentía vigilada al entrar y al salir del edificio, a veces inclusive al bajar del elevador le parecía ver una sombra esconderse. Además, la inquietud sobre el contenido de aquel sobre les provocaba inquietud y cierta perturbación, pues sabían que los llamaba, que en algún momento llegaría a su sangre.

Una noche al llegar al piso notaron que la puerta de acceso había sido rajada con la

intención de forzar la cerradura, sin éxito. Temerosos entraron y Elisa permaneció pasmada oyendo a Gonzalo vociferar contra todo, esta vez principalmente contra don Mariano pues, decía, el lugar estaba lleno de mala vibra porque el tipo había sido un traidor y, seguramente, de haber estado frente a su abuelo, habría empuñado su arma contra él. ¡Con muerte! ¡Con muerte se ganó el vivir en esta opulencia! Gritaba *Chalo* desde la cocina alternando las frases con un sereno ¿quieres tortilla de patatas? Y otra vez: ¡asesinos! Elisa se tapaba los oídos y empezaba a enloquecer cuando decidió salir de ahí. Al abrir la puerta, se encontró de frente con Begoña y Edu, que habían, por fin, encontrado la llave de la caja fuerte y, en efecto, querían entrar, lo que hicieron tapando el paso y la boca a Elisa. Gonzalo salía de la cocina, cuchillo y cebolla en mano, cuando se topó con ellos de frente. Al verle, Begoña y Edu recularon, pero Gonzalo, enfurecido y al grito de ¡a mí no me van a chingar!, enterró mortalmente el cuchillo en el abdomen de Edu.

Nuevo Francisco

Julieta García

Abro los brazos y las palomas llegan volando hasta mí. Se posan sobre mi piel desnuda y se limpian las plumas con el pico. Caminan sobre la línea que va de mis hombros a mis manos hasta que un intenso cansancio se apodera de mi cuello. Entonces giro la cabeza: lentamente al principio y luego muy rápido; las palomas salen volando y vuelven a sus nidos o a los cables de la luz. La gente aplaude.

Desde que tengo memoria los animales se han acercado a mí. Antes de que pudiera caminar los perros se tiraban junto a mi cuna. A los barrotes se aferraban las más diversas aves. Los gatos se escondían en las esquinas y me contemplaban en silencio. Se untaban a las piernas desnudas de mi madre o a las medias de mi abuela. Pero tanto animal no era un problema serio más que para quien tenía que limpiar la casa.

Los problemas serios comenzaron cuando fui a la escuela. Al principio mi madre me mandaba con la criada, pero detrás de nosotros caminaba una fila interminable de bichos —gansos y guajolotes, ratas y perros, lagartijas y tlacuaches— que Remedios trataba de espantar con la cadenita que se colgaba a la cintura y en la que ponía las llaves de la casa.

En el salón había calma. Pero a la hora del descanso un revuelo de aves, gatos y de los mismos perros de la escuela, que luchaban por zafarse de sus cadenas y ladraban desesperados hasta que me acercaba a ellos, alteraba el día.

Al principio, ya en la primaria, intenté una vida como la de los demás niños. Pero conforme pasó el tiempo todo cambió porque tenía que esquivar gatos y palomas y lagartijas. Hacía lo que podía para no tropezarme con ellos, pero lo único que sirvió para no aplastarlos o caerme, fue reducir la velocidad de mis pasos, detenerme. Me sentaba en una banca y, cercado por ellos, esperaba a que pasara el tiempo del recreo.

En menos de un año la escuela se convirtió en un desastre. El jardín se llenó de hoyos construidos por topos que rodaban hasta llegar a mis pies. Los tejados estaban llenos de porquería de palomas y en los bebederos vivían ranas y pequeños ajolotes. La directora me prohibió volver a clases.

Mis padres sufrieron, pero mi abuela tomó el asunto con un poco más de tranquilidad, en parte, porque se le ocurrió darle al animalerío alguna utilidad. Primero puso a la criada a ordeñar las vacas. Después hizo lo mismo con las cabras que trepaban por las escaleras y los tejados. Ordenó que se pusiera a la venta los huevos que las gallinas dejaban dentro de los zapatos de toda la familia o cerca de la estufa. No lo sé con precisión, pero casi podría asegurar que a partir

de entonces alguno que otro animal era sacrificado para darnos de comer.

Mis padres estaban, a pesar de la prosperidad del negocio de leche y huevos, bastante preocupados. Las cabras habían consumido una buena parte de nuestro guardarropa y de los libros de mi padre. Los hoyos en el jardín eran como trincheras de guerra y el hedor del estiércol lo inundaba todo. Y, por entonces, yo no sabía controlar muy bien a los animales. Pero fui aprendiendo a hacerlo y a leer y escribir con un profesor que iba a la casa y salía lleno de plumas o pelos o picotazos.

Mi padre estuvo varias veces a punto de perder un trabajo próspero. Mi madre estaba despeinada, irritable, con la ropa manchada y las uñas trozadas. El servicio renunció por completo y se contrató una cuadrilla de gente para remover animales de entre los muebles, la ropa y la comida; para hacer medianamente habitable la casa. La única que seguía tan campante era mi abuela. Fue ella quien decidió que la atracción que yo ejercía sobre los animales era un don divino.

En cuanto se hizo a la idea habló seriamente con mis padres en una conversación que, sin escuchar, vi desde la escalera.

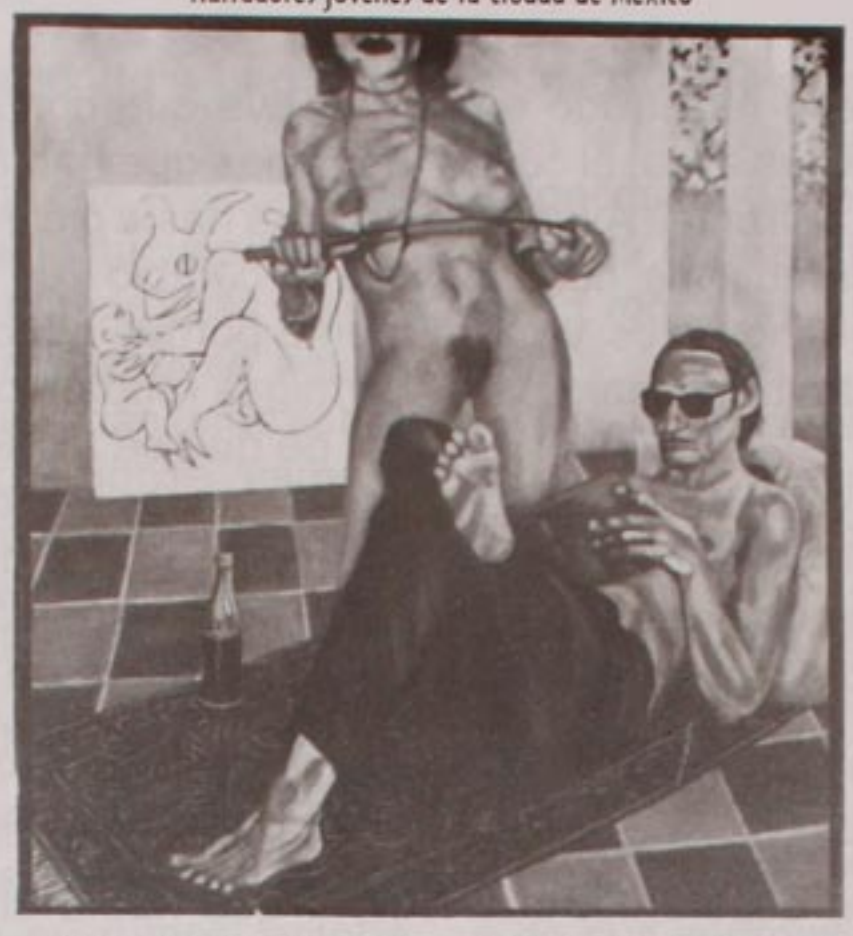
Al día siguiente, los cuadros que adornaban mi habitación (un payaso en un circo, unos niños vestidos de bombero) fueron retirados de él. Quitaron también los peluches y colocaron en la repisa una escultura de San Francisco de Asís tallada en madera. Tenía una capa de tela que mi abuela le había puesto y una aureola de metal. Ella dijo con un suspiro, "No hay santo sin calvario". Los ojos de la estatua eran de vidrio y me vigilaban.

La primera noche que pasé con San Francisco en mi cuarto no pude dormir. Si yo cerraba los ojos, sentía que San Francisco se colgaba —pequeño como era— para dejarse caer al piso.

Antes de dormir mi abuela se sentaba en mi cama. Me hablaba de Dios y las cosas buenas que Él había creado en la Tierra. De la Creación de todos los animales y de la del hombre y de la mujer. Hablaba de la superioridad del hombre en la Tierra y del amor que todos los animales le profesaban antes del pecado original. Decía que yo era alguien capaz de hacer que los animales volvieran a creer en el hombre y que se olvidara conmigo el pecado. Luego hacía que yo me pusiera de rodillas y le rezara a San Francisco.

Me acostumbré al santo. Los animales no pasaban a su lado y las únicas que lo tocaban eran mi abuela, que lo acariciaba con veneración, y la criada que le quitaba el polvo. Así estaban las cosas cuando se decidió hacer el anuncio. Fue mi abuela a hablar con su cura, el mismo que me bautizó y que varias veces, antes de que yo estuviera casi confinado a mi casa y sus alrededores, se había escandalizado al verme entrar a la iglesia seguido por una manada de perros callejeros o por un grupo de colibríes. Mi abuela le contó de los prodigios que yo podía hacer con los animales. Le habló de los perros que bailaban y las lagartijas que se apilaban unas encima de las otras al menor de mis caprichos; de los gatos durmiendo en la tina y de los topos habitando en el motor del auto; del profesor que había declinado a seguir ahuyentando ardillas y ranas con su batuta. Al parecer, el cura no estaba todavía convencido, a pesar de saber por boca de todos que mi casa era granja y zoológico. Entonces mi abuela le contó de las vacas y las cabras, le habló de las gallinas, los guajolotes, los conejos y de la producción inmensa de leche, huevos, quesos y dulces que crecía en el garaje. También le habló del alquiler de los caballos y burros, recientemente instalado, para que niños y niñas de todas las edades o novios a punto de casarse, pasearan por el parque. El cura entonces, cuenta mi abuela ya sin regocijo, decidió venir a verme.

Llegó una tarde nublada en la que yo aprendía a gobernar un poco mejor a las ardillas. Entró haciendo aspavientos y todos en mi casa corrieron a atenderlo. Le ofrecieron té y galletas, le mostraron las habitaciones.



Él fruncía el ceño cuando los animales se acercaban a él, pero le cambió la cara cuando entró a mi cuarto. Contempló largamente al San Francisco de madera y cerró los ojos extasiado. "Sí", dijo, "un nuevo Francisco", y su mano se posó sobre mi cabeza y acarició mi mejilla.

Yo no pude poner atención a lo que estaba diciéndole a mis padres y a mi abuela mientras su mano acariciaba mi cara, porque noté que de su pantalón salía una hormiga. Era la primera que se me acercaba. Los insectos siempre fueron más temerosos. Esta hormiga era roja. Movía sus antenas rápidamente y no avanzaba aprisa. Noté que se acercaba con torpeza hacia mí. No me extrañó en lo absoluto. Sin embargo, antes de llegar a mis zapatos, la hormiga se detuvo, giró en círculos un par de veces y regresó al pantalón del cura. Sentí un escalofrío. No olvidé rápidamente esa visita, pero tampoco pensé más en la hormiga, pues jamás me había atacado ningún animal.

Las palomas me obedecían sin que les hablara. Bastaba con que deseara algo para que ellas volaran por el cielo haciendo círculos y espirales, se dejaran caer en picada y terminaran paradas sobre mi cuerpo, coronando mi cabeza o mis brazos.

La gente comenzó a reunirse en el patio delantero de mi casa. Primero eran las criadas o los mozos que iban a hacer un mandado. A veces eran señoras que llevaban a sus hijos a pasear o a la escuela. Finalmente, los señores se detenían antes de ir al trabajo. Mi abuela contemplaba todo esto muy seria desde una de las ventanas. Por fin decidió que yo no podía hacer de nuestra casa un circo, que lo que yo tenía era un don.

Por eso mi madre me llevó a la plaza. Me tomó de la mano, que ya era casi del tamaño de la suya, y me sentó en una banca. Mi abuela cargaba una figura pequeña de San Francisco de Asís, vestido de café y sin capa. La colocó bajo sus pies y me pidió que me parara en un tapete que extendió y llamara a las aves. Yo obedecí. Levanté los brazos esperando a las aves. Mientras yo las dirigía hacia la derecha o la izquierda o hacia que giraran en círculos concéntricos en el aire, muchas personas se reunieron en torno a nosotros. Para cuando los colibríes terminaron de danzar y se posaron formando una flor a mis pies, la cantidad de gente que me rodeaba era incontable.

Mi abuela exigió un ligero y respetuoso aplauso. Después dijo que yo era una encarnación de una parte de aquella divinidad que sabía hablar con los animales y que los trataba como se había tratado a Adán y a las demás criaturas antes de que el castigo del Señor pesara sobre todas las cabezas humanas. Levantó la pequeña figura de San Francisco por lo alto y esperó. Antes de que

ninguna reacción se hubiese registrado en los asistentes a la danza de las aves, el cura de la iglesia dio un paso al frente. Avanzó hasta donde yo estaba parado, se detuvo apoyando un brazo en mis hombros y me miró antes de levantar el otro brazo para pedir silencio.

Su nariz parecía tener vida propia. Evité mirarlo. "Esta criatura ha sido bendecida por el Señor y por la Naturaleza creada por Dios", vociferó. "La Iglesia de este lugar ha decidido otorgarle su bendición y recomendar su entrada al Vaticano como un Santo", continuó, mientras un murmullo intenso sacudía a los que me contemplaban, "esperamos que ustedes vean en su persona lo que la Iglesia de este lugar ha visto y que decidan rendirse a sus pies y prodigarle cuidados, respeto y amor, como la gente de nuestra Iglesia hace". Dicho esto, el cura se hincó frente a mí y tomó una de mis manos para llevársela a la boca. El cielo se llenó con el estruendo de aves agitando las alas y el murmullo creció. Yo miraba los pies del cura, calzados con zapatos brillantes y nuevos y el trozo de blanca piel que se asomaba bajo el pantalón. Sobre esa piel había dos hormigas. Bajaron por los zapatos relucientes y caminaron por la alfombra sobre la que yo estaba. Rodearon mis pies, movieron sus antenas y comenzaron a escalar por mis piernas. No pude moverme. Cuando llegaron a mis pantorrillas, sentí una punzada aguda y me estremecí.

Mi abuela se dio cuenta de mi temor y acudió a mi lado. "Vámonos", dijo palmeándome la espalda, "has tenido suficiente por hoy".

En la regadera noté que me escocían las piernas. El dolor que sentía no era al que estaba acostumbrado y que después reconocí como cansancio. La pantorrilla de mi pierna derecha estaba hinchada, un par de bubas moradas resaltaban sobre mi piel. Me dio comezón y me rasqué. La sangre escurrió por mi talón. Antes de dormir, le enseñé la herida a mi abuela. "¡Santo Cristo! ¿Qué fue lo que pasó ahí?", preguntó consternada. Tuve que contarle que habían sido las hormigas que habían bajado por el pantalón del cura hasta picar mis pantorrillas. Su semblante cambió por unos segundos, seguramente porque nunca había visto, en efecto, hormigas rondando la casa ni siquiera a pesar de que se fabricaban dulces con la miel de las abejas en lo que antes era el jardín trasero. "Es parte de tu don, los animales de todo tipo se espantan en ocasiones y se liberan a través de un mordisco o un piquete", me dijo cubriéndome con las cobijas. "Ya te acostumbrarás."

Instalaron a un lado del buzón una caja en la que había un San Francisco pintado por uno de los lados y por el otro mi rostro. En la parte superior habían rotulado un letrero que decía: "Para alimentar a los animales". En la iglesia, el cura puso una caja muy semejante con el mismo rótulo, pero bajo mi retrato pintó "El Nuevo Francisco de Este Mundo". Ambas cajas tenían una ranura lo suficientemente larga y ancha como para que la gente depositara en cualquiera de ellas monedas o billetes. Las cajas se llenaban con frecuencia. Cuando se recogía y se contaba el dinero, mi abuela y el cura me llevaban a la plaza.

Cada vez que iba a la plaza, del pantalón del cura bajaban más hormigas. Tal vez en parte por su culpa era que yo no disfrutaba ni siquiera a los animales que más quería. Las hormigas empezaron a notarse. Algunas veces me picaban y otras nada más estaban cerca. Luego comenzaron a poblar mi casa. Fueron silenciosas, muy discretas. No necesitaban y ni siquiera querían mi presencia. No llegaban a mí.

Estaban escondidas por todas partes. Silenciosamente construían sus túneles y nidos. No nos dimos cuenta; es decir, no se dieron cuenta los demás porque yo intuí algo de inmediato, pero estaba muy ocupado. Trataba de aprender con un nuevo profesor y de reunir a todos los animales en un solo grupo que, como una unidad, caminara y dan-

zara por la plaza complaciendo a la gente. Sin embargo, ahí estaban.

Un día levanté un libro que descansaba sobre la misma repisa desde hacía años. No pude sostenerlo en mis manos más de un segundo: debajo, en un monstruoso agujero, cientos de hormigas trepaban unas sobre otras, aplastándose y moviéndose, cargando sus pupas y dispersándose sorprendidas. No me atreví a tomar más libros de los estantes, pero las sorprendí de nueva cuenta bajo la duela de la sala. Vi entrar una tras otra a un pequeño orificio en la madera. Introduje una varita con miel que salió repleta de burbujas negras con antenas. Pegué mi oído al suelo y escuché su rumor: estaba habitado por hormigas.

Salía al patio el mayor tiempo posible. Quería impedir cualquier contacto con ellas. Un nuevo invierno llegó. Los animales tenían frío y mi madre me obligaba a estar dentro de la casa. Resultó más crudo que el anterior y en casa se instaló una calefacción nueva y muy útil. Fuera seguía reuniéndose la gente a pesar del tiempo. Mi abuela decidió entonces volver a llamar al cura. Según me dijeron después, la gente enfermaba con el cambio de clima y se decía que yo podía curarlos. Me sacaron una banca al patio delantero y me sentaron en ella. Cubrieron mis piernas con una cobija y me pidieron que pusiera mis manos sobre la frente de los enfermos. No me gustaba hacerlo, pero guardé silencio. Luego apareció el cura. Una anciana estaba hincada frente a mí, y el cura se arrodilló a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y noté lo frágil que parecía la anciana bajo el brazo robusto del cura. "Hay que pagarle al Señor todos los beneficios que nos otorga", dijo al fin el cura sin retirar su brazo. Mi abuela estaba de pie a mi lado y asintió con la cabeza. "Estamos colmados de Su gracia", volvió a decir el cura y, sin quitar el brazo de los hombros de la anciana, levantó la otra mano hacia el cielo. En ese momento vi cómo, sobre la chalina rosada de la anciana, caminaba una hilera negra de hormigas. Sin decir más, el cura se puso en pie y le habló al oído a mi abuela. A partir de entonces, cada vez que yo posaba mi mano sobre la cabeza doliente de algún anciano, caían monedas o billetes en la caja de madera.

Una vez a la semana me llevaban a la plaza y dos veces al día sacaban una silla en la que me sentaba y tocaba animales enfermos, ancianos y niños con mis manos cansadas. Por las noches, seguía recostándome con San Francisco frente a mí. Pero una noche lo escuché. No era el zumbido de las abejas ni el de las avispas, ni era el rumor de los animales que dormían dispersos por la casa o en sus improvisadas habitaciones; era un sonido más intenso, más parejo y constante, como un martilleo a distancia, el ronroneo de un motor.

Me senté en la cama, porque sentí al ruido muy cerca de mí. Levanté la mirada hasta el San Francisco que permanecía inmóvil con los ojos elevándose al cielo. Jalé una silla y la puse debajo de la repisa. Me trepé en ella y levanté la estatua. Una masa gigantesca y atroz se movía dentro. No necesité la luz de la lámpara para saber que eran hormigas devorando la madera. Algunas habían salido y caminaban por mi brazo. Sus pequeñas patas me quemaban. Las maté a golpes.

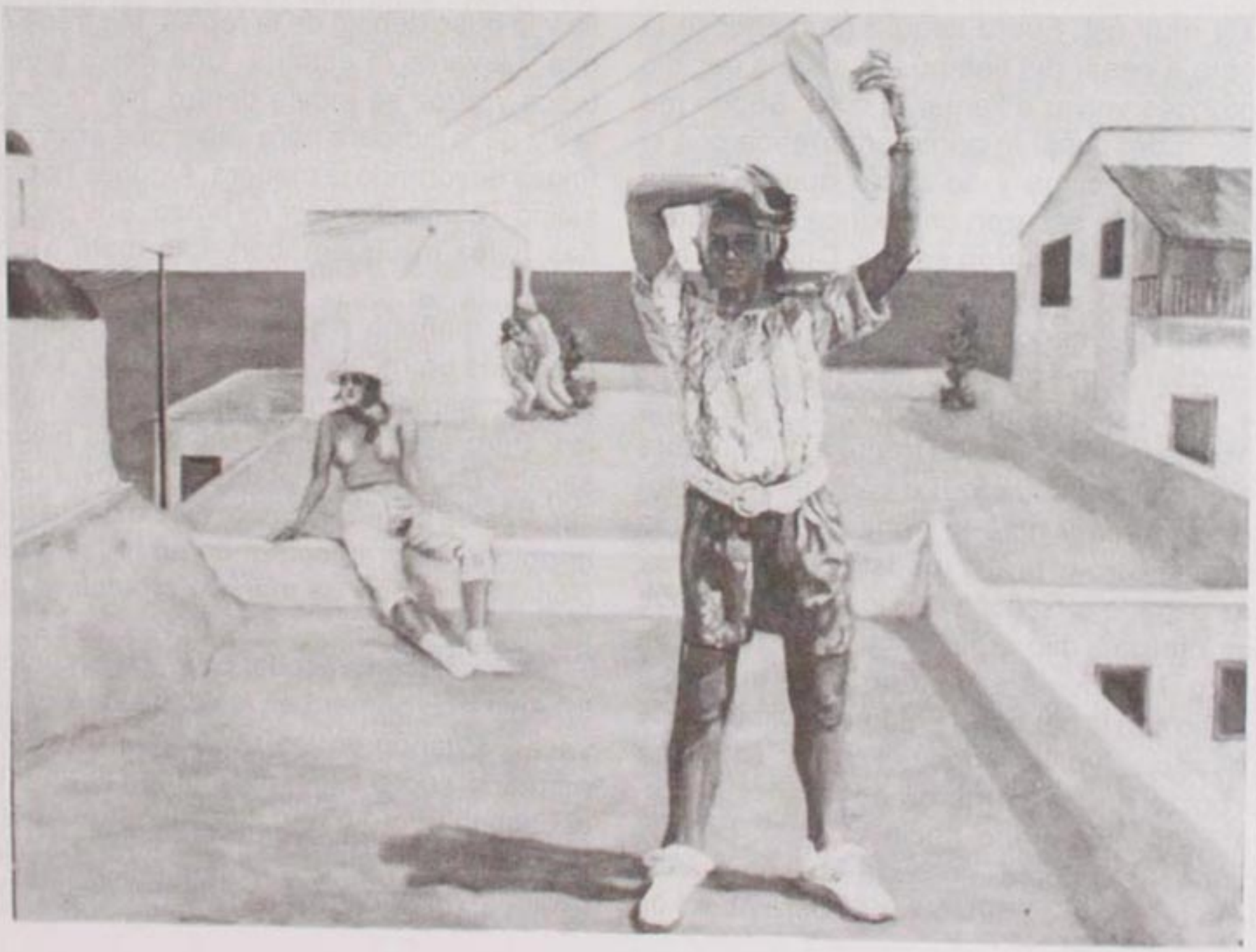
A la mañana siguiente, el rastro de las hormigas en mi piel se veía púrpura. La habitación parecía normal y el sonido se había ido. Pero ellas no. Si levantaba una piedra, sacaba un libro del estante o removía unos zapatos de su lugar, cinco, diez o hasta más hormigas salieran corriendo en todas direcciones cargando de manera protectora sus pupas.

Y empezaron a acabar conmigo lentamente. Anidaron primero en los caballos y en las vacas. Cuando yo los acariciaba o cuando montaba sobre ellos, distinguía claramente el camino negro o rojo zigzaguear por entre la pelambre. Después se colocaron bajo las gallinas y cuando me servían el desayuno,

los puntos negros en el revoltillo eran evidentes. Horadaron bajo las alas de las palomas. Se comieron las crías de los tlacuaches y empezaron a mordisquear lentamente a los perros y a los gatos.

Seguía yo. El cura lo sabía, pues vino a recolectar su parte del dinero. Lo guardó en un bolso especial que cargaba consigo y besó la mano de mi abuela. Le dijo que veía en mí signos de agotamiento y tedio: le recomendó que me permitieran unas vacaciones. Ella no pensaba seguir el consejo, pero agradeció la preocupación del cura y de paso se mató una hormiga que le caminaba por la mano recién besada. Él me miró sonriente, se acercó y me besó en la cabeza. Al irse, escuché que decía entre dientes: "no durará mucho más".

En efecto, no durará mucho tiempo más. Van a acabar conmigo. Viven dentro de mí y devoran mis entrañas. Los espectáculos que he ofrecido han atraído a gente de lugares muy lejanos. Cada vez curo más animales de sus malestares y cada vez la gente confía más en que sobre mí ha caído una bendición. Los huevecillos de las hormigas anidan en mi estómago, en mis pulmones. Las siento caminar por mis venas y, cuando mi corazón palpita, noto su ritmo decrecer. Mis animales también morirán. Sólo espero que el sacrificio haya valido la pena. Nadie más lo sospecha. Por eso yo sigo aquí, cada domingo en la plaza. Abro los brazos y las palomas llegan volando hasta mí, se posan sobre mi piel desnuda y empiezan a limpiarse las plumas con el pico. Tratan de comerse a las hormigas que están acabando con ellas. La gente aplaude. Yo me limito a esperar.



Desaparecidos en el aire

Rogelio Garza*

Desde que la vio supo que le traería problemas, pero no pudo resistirse a la tentación.

Lo único malo de viajar es el paso por los aeropuertos, se dijo Gabriel en medio de las filas de viajeros y las revisiones e interrogatorios. En situaciones así deseaba desaparecer, tronar los dedos y listo, a volar por arte de magia. Sus vacaciones en Miami se apagaban como el sol de Florida al atardecer, justo donde el calor de los aviones derrite el horizonte naranja, igual que la alerta contra el terrorismo que cubría al país de miedo. Al registrar la maleta en el mostrador tuvo que abrirla para que dos expertos la examinaran, por razones de seguridad ningún equipaje podía llevar candado. Era una línea aérea pequeña que prometía una experiencia de altura con una tarifa muy baja, su boleto era el más barato por aquello de que viajar enriquece aunque el viajero sea pobre para moverse. Además las sobrecargos eran particularmente bellas y amables, ¿quién podría creer esas historias que se cuentan sobre sus destrampes? Una de ellas, quizá la más simpática y atractiva, le sonrió y le coqueteó desde la puerta del avión, o eso creyó él a tal grado que durante el vuelo a la ciudad de México se quedó prendado de ella, su nombre brillaba entre un par de alas doradas en el uniforme azul: *Natalia*.

Aterrizar en el aeropuerto capitalino fue caerse de la nube en la que había llegado, la central camionera disfrazada de puerto aéreo era la entrada al reino de los trámites y el desorden. Esperó su maleta en la banda de equipaje sin perder de vista la salida de pilotos y sobrecargos, en algún momento Natalia saldría por allí. De un jalón recuperó su maleta, la deslizó sobre las ruedas y caminó hacia la salida buscando con la mirada, pero ella no se veía por ningún lado. Al entregar su forma de aduana le indicaron que oprimiera el botón del semáforo, pudo pasar sin detenerse y preguntó si el personal aéreo salía por ese lado, la oficial le dijo que sí señalando el sitio exacto por donde pasaban. Formado en la taquilla de taxis vio salir a otras sobrecargos, compró su boleto con la esperanza de verla aparecer y salió a la noche para subirse a un coche que lo llevara a su casa. Entonces la vio de pie entre varios turistas, marcaba un teléfono celular. Fue hacia a ella esquivando maletas:

— Hola, qué tal, me llamo Gabriel Badillo. Te vi en el vuelo y pensé que tal vez podría...

* Publicista, periodista y editor. Ha trabajado como redactor creativo en distintas agencias de publicidad, WCJ, Bozell, FCB y Estudio 021. Colaborador en publicaciones de toda clase, sus textos han aparecido en *El Financiero, La Mosca en la Pared, Nitro, Generación, Síntoma, Azul* y *Viaje Perfecto*, entre otras. Fue fundador y editor de *Recompensas*, revista exclusiva de American Express. Actualmente desarrolla proyectos editoriales y publicitarios con dos diseñadores bajo el nombre de Viro/ Banco de Ideas.

Blanco Móvil 94

—¡Hola! —dijo ella sonriendo al apagar su celular— Sí, sí, venías en el asiento ¿16 C?, estabas leyendo *Diablo guardián* de Xavier Velasco.

Sorprendido por la respuesta y la observación aguda de la mujer, Garbriel sintió algo en común con ella:

— Tú eres Natalia, ¿verdad? –dijo haciéndose el observador. ¿Ya leíste Diablo Guardián?

—Todavía no, tengo uno que alguien olvidó en el avión, muchos pasajeros lo llevan, se me antoja por eso.

—No dejes de leerlo, ya casi lo termino.

—Yo estoy terminando *Fábulas de una abuela extraterrestre* de Daína Chaviano, me lo regaló ella una vez que voló con nosotros, me escribió una dedicatoria muy hermosa.

—No la conozco

—Nos hicimos amigas en el avión, es cubana y vive en Miami, viaja mucho para promocionar sus libros.

Gabriel no lo creía, ¿con qué clase de mujer se había encontrado?, no le dio más vueltas al asunto literario:

—Natalia, me gustaría invitarte a tomar un café o algo, ¿cómo ves?

Ella sonrió y lanzó una mirada de ésas que lo derriten y lo conquistan todo:

—Qué amable, muchas gracias, estoy muy cansada y no tengo donde quedarme. Pero te propongo algo, dame tus datos y un día que pase por aquí te llamo y nos tomamos ese café.

—¡Claro! —y le dio una tarjeta en la que anotó sus datos. ¿De dónde eres?

—De Monterrey...

—¿Y no tienes dónde quedarte?, ¿la aerolínea no arregla el hospedaje?

—Es que ahora hice plan con una amiga para quedarme en su casa, quedó de pasar por mí pero no ha llegado, le acabo de marcar, a ver si me devuelve la llamada.

—Bueno, si llegaras a necesitar algo, cualquier cosa, ya tienes mi teléfono, también te anoté la dirección —dijo Gabriel señalando la tarjeta. Estaba a punto de decirle *me parece descortés dejarte esperando sola, ¿puedo hacerte compañía hasta que pasen por ti?;* pero sonó el celular de Natalia, era su amiga que esperaba en la salida de vuelos nacionales. Se despidieron, quedaron en llamarse, y antes de subir al taxi Garbriel la vio alejarse entre la gente.

Nada como estar de vuelta frente a la puerta de su departamento, directo y sin escalas a la calma de su cama. Apenas llegó y pudo respirar la tranquilidad suspendida en la penumbra de la estancia, todo estaba en orden. Entró a su cuarto, dejó caer la maleta junto a la cama y encendió una pequeña lámpara verde que iluminó su soledad. Había libros y discos compactos perfectamente ordenados y clasificados por todo el departamento. Ése era el motivo de la ausencia, el inicio y el destino final de tantos viajes, tenía más ingenio que dinero para eso, se las arreglaba muy bien para viajar más tiempo y distancia con menos dinero y comodidad. Lo importante era moverse y llenar el vacío con kilómetros de ciudades, playas, montañas, desiertos, océanos, lo que fuera; el vacío era como un hoyo negro que se lo tragaba todo de manera inevitable y eso lo hacía más grande y profundo. En ese momento sus únicas ilusiones eran emprender otro viaje o que el teléfono sonara y Natalia le aceptara el café y le dijera que no encontraba a su amiga ni tenía donde quedarse. Antes de ponerse la piyama quiso poner algo de música para dormir, *Excuses for travellers* de Mojave3, uno de los discos que había conseguido en Miami, el sonido de la tristeza en una despedida interminable, cada canción le parecía una carta de abandono. Abrió la maleta como si fuera el vientre de un animal, hurgó entre la ropa y de pronto sus manos sintieron un objeto extraño. *¿Qué es esto?*, exclamó, y al quitar la ropa de encima descubrió dos paquetes envueltos con plástico negro y cinta canela.

No cabía en su asombro, esto era demasiado para una noche. Sin saber qué contenían los envoltorios ni de dónde provenían lo primero que pensó en voz alta fue *¡Soy rico!* Reflexionó un momento sin quitar la vista de los paquetes, los olió de cerca, suponía que estaban llenos de alguna droga; *Gabriel, vas a tener problemas, puedes morir por esto.* ¿Y si lo hubieran revisado en el aeropuerto?, ¿era una coincidencia que hubiera podido pasar y salir sin problemas?, ¿cómo explicaría que alguien le introdujo los paquetes si no tenía un candado roto o algo para probar que le abrieron la maleta? Buscó alguna marca en su maleta, algo que la hiciera reconocible, pero no encontró ninguna señal, salvo el sello de plástico de la aerolínea... De pronto lo tuvo claro y se quedó atónito con ojos de plato: Natalia, *hasta te pidió los datos*. Había caído en una trampa, *¡qué pendejo eres!,* ¿cómo es que no logró darse cuenta de que el encuentro con ella había sido, hasta cierto punto, algo extraño? *En esas cosas uno ve lo que quiere ver,* pero de nada servía darle vueltas a un asunto que ante todo lo hacía sentir utilizado, expuesto y engañado, mejor era pensar en lo siguiente: ¿Qué hacer con los paquetes?, ¿abrirlos?, ¿entregarlos a la policía?, ¿deshacerse de ellos?, ¿entregarlos a sus dueños, esperar a que lo contactaran?, ¿tirarlos, esconderlos, venderlos? Poco tardó en sacar el cutter de un cajón y abrir con cuidado uno de los paquetes. La curiosidad y la ambición pudieron más que el miedo y la precaución. La cinta canela y el plástico negro cubrían una capa de papel estraza, bajo éste había café molido y otra envoltura de estraza. Quitó el papel y encontró dos bolsas de plástico grueso que contenían bloques blancos comprimidos. Sólo había una forma de saber qué era: le hizo un orificio a una de las bolsas y con la punta de la navaja raspó una porción que puso en un trozo de papel. La piedra se deshacía en un polvo de blancura nacarada, el olor a amoniaco que escapó de la bolsa le sugirió algo, pero quiso estar seguro y de su mano probó con la lengua... la boca se le adormeció y un sabor amargo lo hizo salivar, era cocaína de la dura.

Dobló el papel y se lo guardó mirando fijamente los paquetes, cada uno tenía dos bolsas, cuatro en total. Eso era mucho dinero y no menos riesgo. De repente sonó el teléfono. Lo miró con tal angustia que el aparato se convirtió en un ser amenazante, nunca había sentido tanto miedo al escucharlo.

Dudó, tembló, sí-no, sí-no, *contesta pendejo, ya saben que estás aquí*, respiró hondo y contestó como si nada, *¿Hola?*: Era su vecino Roberto, el del 604, le llamaba desde Cuernavaca para pedirle un favor, que le mostrara su departamento a un matrimonio interesado en rentarlo, las llaves las tenía el portero del edificio. *Claro, no hay problema, hermano, en eso estamos*. Después de esa llamada desconectó el teléfono y apagó el celular. Trataba de pensar, lo cual era difícil con dos kilos de cocaína caídos del cielo. Se acercó a la ventana y con sigilo miró detrás de la cortina: la calle se veía tranquila, sin novedad. Pasó a la estancia y echó un vistazo discreto por la ventana: nada, no se notaba cosa alguna fuera de lugar. Se sentó a oscuras en el sillón de la estancia, estaba asustado, mejor sería entregar los paquetes... o esconderlos, fingir que él no los tenía, que hubo una equivocación, pero tenía que sacarlos del departamento... *La ambición no es buena consejera*, solía decir un profesor de filosofía muy alivianado en la universidad, pero él jamás se vio en esta situación, y de haberlo estado seguramente hubiera negociado con la ambición, ¿o no?... volvió a pelar los ojos, *claro*, le pediría al portero las llaves del departamento de Roberto, dos pisos arriba.

Bajó con don Chema por las llaves y echó un vistazo hacia la calle, luego subió, puso los paquetes en una bolsa de super y fue al departamento de Roberto. Lo encontró vacío y frío, sólo había unas cosas del trabajador que iba por las mañanas a resanar y a pintar. En la cocina abrió la despensa y vio una cubeta de pintura blanca, botes, brochas, unos paquetes de yeso y un maletín rojo de las Chivas del Guadalajara. Los paquetes estaban sobre unos periódicos, el parecido con los de cocaína era extraordinario, sólo que el polvo del yeso era más oscuro. Entonces tuvo una idea descocada. Eran unas bolsas de plástico semejantes, gruesas y sin color, al parecer las habían empaquetado en el mismo sitio. Sacó las bolsas de cocaína y las cambió por las de yeso. Luego bajó a su departamento a envolver el yeso con el mismo papel y el café, sólo utilizó bolsas negras para la basura y cinta canela nuevas. Él y sus primos solían desenvolver los regalos bajo el árbol de navidad, los usaban y luego los envolvían de nuevo; esto era parecido, pero vaya regalazo, *te deseo una blanca navidad,* diría el hombre de las nieves, *jo jo jo*. Acomodó de nuevo los paquetes en su maleta y *aquí no ha pasado nada*, se dijo al cerrarla. Miró de nuevo hacia afuera por atrás de las cortinas, la calle seguía sin novedad, pero él estaba intranquilo y ansioso, empezó a sentirse paranoico. Tarde o temprano vendrían a buscarlo, no iba a salirse con la suya aunque los paquetes le hubieran llegado solos, tenía que irse antes de que aparecieran. Para cerciorarse de que no había problema pensó ir a la tienda de la esquina a comprar algo para echar un vistazo.

Cuando salió del edificio ellos ya estaban afuera. Era una minivan negra, estacionada casi enfrente, desde la cual vigilaban la entrada. No los vio directamente, pero distinguió a varias personas en el interior. Supo que eran ellos, ¿quién más podría ser?, lo intuyó al pasar cerca de la camioneta, y siguió caminando hacia la tienda al fondo de la calle con ganas de correr y no regresar, pero eso no resolvería nada. Podía jugársela y darles los paquetes falsos, o llamar de una vez a la policía, o entregarles su mercancía y olvidarse del asunto, eso era lo más sensato y seguro, quizá hasta negociar una cuota compensatoria y una muestra gratis, en buena onda y sin violencia. Compró agua, leche y pan, y al salir con su bolsa volvió a pasar cerca de la camioneta, esta vez escuchó el vidrio automático de la ventanilla y una voz masculina le habló: *Hey, disculpa*. Gabriel dudó un segundo y al voltear pudo ver que el de la voz le hacía una seña con la mano, *ven, acércate*:

— Tú tienes algo nuestro –le dijo enseguida.

— No entiendo de qué habla.

—Súbete –ordenó el hombre, entonces Gabriel notó que detrás de la seña el tipo lo encañonaba con una pistola. No tuvo otra opción, la puerta de atrás se abrió y adentro estaban los de la tripulación del vuelo: adelante iban el capitán y el piloto que le apuntaba con el arma, atrás venían el copiloto y dos sobrecargos, una de ellas era Natalia.

—En tu maleta tienes algo nuestro –volvió a decir el piloto.

—Ni idea de qué me hablan, acabo de llegar, ni siquiera he

desempacado, ¿cómo voy a saber?, ¿qué se supone que es?

El copiloto le arrebató su bolsa, aplastó el pan de un pisotón y tiró la leche. Luego le aventó a Gabriel una bolsa de lona negra.

—No nos interesa matarte, pero tampoco nos importaría –dijo el piloto que le seguía apuntando con la pistola-. Muévete, vamos a tu departamento.

—¿Y cómo sé que no me van a matar? —preguntó Gabriel, pero todos guardaron silencio.

Natalia le abrió la puerta, ya sin la sonrisa fingida del avión, seguramente tampoco se llamaba Natalia, verla sólo le producía malestar, coraje. El piloto bajó de la camioneta y se arregló el saco del uniforme: *¿Vamos?* Al entrar al edificio Gabriel le dijo a don Chema que el piloto subiría a su departamento, de esa manera creyó protegerse por si algo le ocurría. Entraron al elevador y subieron en silencio con los rostros endurecidos por la luz blanca del cubo. Por la cabeza de Gabriel pasaron muchas cosas, imaginaba su muerte inminente, y cuando el elevador se sacudió en el cuarto piso sintió que había llegado el momento. Ninguno dijo nada hasta que llegaron al departamento y Gabriel encendió la luz de la estancia: *Voy por la maleta*. Al volver notó que el piloto tenía la pistola en la mano, puso la maleta sobre el sillón, la abrió y al quitar la ropa de encima aparecieron los paquetes intactos, como los regalos bajo el árbol. Fingió sorpresa.

—Pónlos en la bolsa —le ordenó el piloto con la pistola indicadora. Pasó los paquetes esperando no morir, le costó trabajo jalar el cierre, las manos le temblaban sudorosas, ni siquiera miraba al piloto a la cara. El piloto sujetó la bolsa con firmeza, salió del departamento y cerró sin decir más. Gabriel se quedó en el sillón junto a la maleta revuelta,

no se movió hasta estar seguro de que se habían ido. Cuando su respiración se normalizó, suspiró con profundidad y una sonrisa medio rara se le dibujó en los labios. En seguida empezó a preparar su escape y una nueva travesía. Viajes de estos sin duda enriquecían. Un buen viaje no terminaba cuando el avión aterrizaba, el buen viaje continuaba, lo que parecía el final de uno era la conexión con otro. Ahora tenía que rehacer la maleta, huir de inmediato y pensar cómo vender la cocaína, todos los paquetes en una sola transacción. ¿A quién?, ¿de a cómo el kilo? En realidad desconocía la pureza y la calidad del material, quizá podría rebajarla para duplicar o triplicar su ganancia, pero necesitaba contactar a alguien que supiera hacerlo, que tuviera conectes y, lo más difícil, que fuera de confianza...

Desdobló el papel y puso algo de polvo sobre la base de un cenicero, lo calentó con la flama del encendedor, picó los cristales finamente con una tarjeta telefónica y se preparó un par de líneas. *¿Cuánto podrías ganar en una venta exitosa?, ¿o será mejor venderla en dosis pequeñas?* Inhaló por la nariz con el tubo de un bolígrafo. *Y cuando tengas el dinero, ¿qué vas a hacer con él?, ¿lo vas a poner en el banco?, ¿te vas a ir de viaje a recorrer los continentes?* Aspiró la segunda línea que lo dejó un poco aturdido. *¿Buscarás un lugar para vivir, pondrás un negocio?, ¿con quién, tú solo?* Se empezó a sentir mareado y débil. Una pesadez se apoderó de él súbitamente, *¡ay, güeeey!*, quiso levantarse del sillón, dio unos pasos, pero perdió el equilibrio y se desplomó sobre su lado izquierdo. Todo su cuerpo quedó desconectado, podía sentir que se desintegraba por dentro como si todos los órganos se estuvieran desmoronando con un cosquilleo suave y agradable. Apenas alcanzó a decirse adiós, su mente se apagó como el cinescopio de una televisión antigua. Cuando perdió de vista el último punto luminoso de razón su ser se desvaneció como figura de arena sin energías ni voluntad. No era más que un montículo de ceniza sobre el tapete, una especie de talco humano, y así permaneció hasta que un soplido lo reanimó y lo diseminó en el departamento, lanzándolo por la estancia y la recámara. Ahora estaba en todas partes, podía sentirse parte del techo y las paredes, estaba sobre los muebles y las cosas, flotando plácidamente. Su visión era total, cada partícula suya dispersa tenía un ojo, era como ser nada y estar integrado a todo, su conciencia era múltiple, pero carecía de movimiento propio, las moléculas de su cuerpo eran millones de globos aerostáticos sujetos a las corrientes del aire...

A la mañana siguiente el timbre del interfón lo despertó. Estaba desnudo y confundido a unos pasos de su ropa. El pantalón de mezclilla, la playera, los tenis amarrados y el reloj estaban intactos, en la posición en la que había caído, algo parecido al truco del mantel que se saca de un jalón si mover la vajilla de la mesa. El timbre seguía sonando con insistencia... *¿Sí?:* era don Chema, para avisarle que unas personas lo buscaban. Trató de armar un rompecabezas y el portero le ordenó la mente: *vienen a ver el departamento 604*, dijo refiriéndose al matrimonio que iba a rentar el departamento de Roberto. Gabriel suspiró de alivio pero al colgar el interfón notó que le hacía falta un dedo, el meñique de la mano derecha. No sentía ningún dolor, parecía que nunca le había salido. Se revisó rápidamente frente a un espejo y notó que también le faltaban dos dedos del pie izquierdo y el lóbulo de la oreja derecha. Tuvo que vestirse de prisa, asustado y sin poder creer lo que estaba sucediendo, pero se encontraba listo para partir apenas despidiera al matrimonio. La droga no era cocaína ni de broma, jamás había probado algo así, pero de cualquier forma tenía que huir y venderlo de inmediato. Minutos después, la joven pareja tocaba a su puerta. Era un matrimonio como tantos otros, amable y decente, con grandes planes para el futuro, a ella se le empezaba a notar el embarazo. Subieron en elevador al 604 mientras Gabriel

les respondía nervioso y distraído las preguntas acerca de vivir ahí, todo era perfecto y más que nada era un lugar muy seguro; pero su mente estaba en la experiencia con el polvo, en sus dedos faltantes, en Natalia y los narcopilotos, en coger los paquetes, subirse al coche y perderse. Al salir del cubo encontraron la puerta entreabierta y se escuchaba un radio portátil que emitía una cumbia chillona, era del pintor que desde temprano estaba haciendo arreglos. El hombre de la brocha se rascaba la cabeza frente a una cubeta:

—Buenos días, joven –saludó a Gabriel cuando se percató de su presencia.

La pareja curioseaba por el departamento, ambos entraron a la recámara principal, proyectaban dónde pondrían la cama, la cuna, el mueble de la televisión...

—Qué tal, maestro —dijo Gabriel temiendo lo peor al entrar a la cocina y no ver los paquetes-. Oiga, ¿y las bolsas que estaban aquí?

—Pues yo creí que eran de yeso, pero no, hice una mezcla para resanar y nomás se diluyó, quién sabe qué era.

Gabriel sintió un mareo y tuvo que apoyarse en la pared. Salió a la estancia para jalar aire:

—Oiga, mai, ¿y vació todas las bolsas que estaban en la despensa? —preguntó oprimiéndose la frente.

—Pues sí, pero no sé para qué era, le digo que nomás se diluyó, quién sabe qué le vendieron al señor Roberto.

Alguien pateó la puerta con gran escándalo y aparecieron dos hombres apuntando con sus armas. Uno de ellos entró a la recámara donde estaba la pareja, el otro era el piloto que se lanzaba sobre Gabriel y de un cachazo lo mandó al suelo:

—¿Qué hiciste con los paquetes? —gritó el narcopiloto—, ¿dónde están?, ¡sácalos o te mueres!

En el cuarto se escuchó una detonación y la mujer gritó con desesperación, luego se oyó un forcejeo entre los hombres. *¿Qué pasó?, ¿estás bien?,* gritaba el piloto que le apuntaba a Gabriel, entonces se oyó otro disparo y otro más. *¡Contesta, carajo!*, el piloto se acercó y entró al cuarto, pero asomó la cabeza y alguien le respondió con un disparo en medio de la cara, luego una mano se asomó con la pistola y lo remató. El departamento quedó suspendido en humo de pólvora y el llanto de un hombre, el esposo estaba de rodillas junto a su mujer que yacía inmóvil sobre un charco rojo. A unos metros estaba el otro narcopiloto, tirado como un costal. Las paredes recién pintadas de blanco lloraban sangre. Grabriel estaba estupefacto, le era difícil determinar quién había ocasionado todo esto. Con semejante escándalo no tardaría en llegar la policía, ¿qué explicaciones iba a dar?, además los narcopilotos seguirían buscándolo; estaba perdido. Entonces vio que el esposo se puso la pistola en la boca y se disponía a disparar... En la confusión del tiroteo el pintor logró salir, bajó por las escaleras y antes de alcanzar la puerta le dijo a don Chema que la cosa se había puesto de la chingada. Al dejar el edificio, cuando se alejaba, vio pasar patrullas y carros judiciales que iban llegando a toda velocidad. El de la brocha gorda apresuró el paso, en el maletín rojo de las Chivas llevaba dos kilos de droga, él sabía dónde y con quién colocarlos en su barrio, pero ignoraba la clase de polvo mágico que manejaba.

Una veintena de uniformados y judiciales entraron al edificio y otros tantos se quedaron a la espera, los vecinos de los departamentos contiguos se asomaban por las ventanas preguntando qué sucedía. Los policías encontraron a don Chema escondido en el cuarto de limpieza, luego de hacerle varias preguntas se dispersaron por todo el edificio y varios de ellos subieron al 604. La puerta estaba abierta y seguía sonando el radio, un locutor bocón anunciaba otra cumbia. Contra su costumbre los policías entraron de manera civilizada, el cadáver del narcopiloto sin cara y con los sesos de fuera les dio la bienvenida. El comandante judicial

Blanco Móvil 94

ordenó que apagaran el radio, *¿de quién es ese radio?, búsquenme al dueño y a los que falten*. En la recámara hallaron los cuerpos de la mujer y el compañero del narcopiloto, no había nadie más. De repente los radiotrasmisores hablaron: *Hay dos en la azotea*. Varios policías fueron corriendo al décimo piso, ya había algunos arriba, pero llegaron demasiado tarde. Desde la calle muchos vieron a dos personas lanzarse al vacío con los brazos abiertos, pero nadie los vio caer. La desintegración ocurrió frente a los ojos de policías y curiosos, las ropas de Gabriel y el esposo se quedaron colgadas entre las ramas de los árboles y los cables de luz. Nadie podría explicarlo, la única evidencia que dejaron en la azotea fue un papel arrugado con restos de algún polvo. Lo cierto es que las partículas de los desaparecidos volaban en el aire, en el aliento del DF, lejos de ahí.

El pecado te alcanzará

Miriam Mabel Martínez*

I

Llegué a Nueva York porque creí que aquí estaría a salvo. Me persiguen. Sueño mujeres con senos redondos, con caderas anchas y piernas lisas, hembras de aromas dulces. A veces me excito, pero sus llantos me estremecen. Nunca me he acostado con una mujer. Soy una persona de convicciones firmes, sobre todo congruente. Opté por la homosexualidad y no soy de esos que andan con medias tintas, no soy bisexual, ni me gustan las mujeres.

Mi novio se llama Marcelo, vive en Staten Island (algún defecto tenía que tener), es un hombre atractivo como buen italiano, aunque de italiano sólo le queda la ilusión (y su abuelo). Lo amo a pesar de que a él sí le excitan las mujeres. Formamos una pareja considerada estable; no niego las peleas ni el periodo crítico que actualmente cruzamos; tengo fe en que la normalidad regresará, cuando ellas se vayan.

Él también me ama, lo sé. No importa que continúe con su afán de perderse en cuartos oscuros; dice que ya se retiró; sin embargo, intuyo que aún los frecuenta. Lo entiendo, yo a veces extraño esa clandestinidad sobre el cuerpo, y no sólo por el placer o por el sexo, soy un poco más sensible, sino porque ahí aceptas los otros sentidos. La vista no sirve de nada... En esos cuartos aprendí que existen cosas más concretas en lo inasible.

Últimamente he hablado muy seguido con mi madre, me siento solo. No, me siento desamparado. Si estoy aquí, repito, es porque pensé que estaría a salvo, qué otro lugar amurallado podría protegerme más de esos sueños. Quisiera contárselos a mamá, no me atrevo, cómo podría explicarle el temor a que me atrapen, no lo entendería, pero sí rezaría por mí, es una mujer muy religiosa. Quizá tenga razón y deba casarme, no puedo continuar con Marcelo así. "No quiero que te pase lo que a tu tía Luisa". Quiere que componga mi vida, afirma que tengo "todo para ser feliz", pero "hay que hacer las cosas como dios manda". Está convencida de que debo responder a sus expectativas. Así son las madres: suponen que los hijos son programables. Y la mía no es la excepción.

* Miriam Mabel Martínez (México, 1971) ha sido becaria del Centro Mexicano de Escritores (1996-1997 y 1998-1999) y del programa Jóvenes Creadores del FONCA (2000-2001). En 2001 obtuvo una residencia artística en Vermont Studio Center y otra en 2002 en Writers Room de Nueva York. Ha publicado en el semanario *Etcétera*, las revistas *Casa del Tiempo*, *Nexos*, *Vuelo*, *Los Universitarios*, *Origina*, *A pie*, *Chilango* y *Crítica* y en los suplementos culturales: *Crónica Dominical* y *Laberinto* de *Milenio Diario*; participó en la antología *Generación del 2000. Literatura Mexicana hacia el Tercer Milenio* (Fondo Editorial Tierra Adentro), publicó un libro de cuentos con la editorial independiente DAGA. Actualmente busca editor para su primera novela.

¡Ojalá nada más pensaran que somos de su propiedad! A su manera me quiere, hay una parte de mi jotería que le agrada, aunque periódicamente finge dolor y sufrimiento porque no le daré nietos o porque me niego a adoptar niños y a jugar esas trampas de la feliz familia. ¡Qué atrocidad! Ni modo, es la influencia de la televisión... y de otras cosas más. He querido explicarle que ese mundo buga que desea para mí, me repugna. Cuando tocan estos melodramas, la oigo (eso es lo que busca: que la escuche) sin refutar; llora un poco; yo la abrazo, esas lágrimas la consuelan; a mí, confieso, me recuerdan a ellas. El llanto sordo es el mismo. No me gusta que llore, lo sabe tan bien como yo sé que no lo puede remediar. Insiste en que me acerque a dios, yo también quisiera. He intentado rezar para encontrar sosiego; sin embargo, ignoro cómo y tampoco me atrevo a preguntar.

Las mujeres que me persiguen visten de blanco. Al principio creí que eran alucinaciones, después las descubrí fantasmas, he llegado a olerlas y la certeza de su existencia me espanta. ¡Qué paradoja! De niño me horrorizaban los fantasmas, y ese horror era una ilusión; en ese entonces mi temor reflejaba la certeza de su inexistencia. En cambio ahora son tan concretas, tan reales que han cobrado volumen. Nunca he mirado sus rostros, únicamente sus siluetas voluptuosas (como la de mamá) corriendo detrás de mí. No sé por qué me buscan. Aúllan mi nombre. Quieren atraparme. Por eso rezo. Marcelo no sabe de estos sueños. ¿Para qué?

Hace una semana descubrí cerca de casa una pinta que anunciaba: "El pecado te alcanzará". Ahora sé que ellas me han encontrado.

II

He llegado a pensar que me persiguen desde niño. Sólo así me explico la eterna cama mojada y la urgencia de acurrucarme en los brazos de mamá. El calor de su regazo fue un alivio; sus voluminosas tetas me resguardaban. Últimamente he deseado sus abrazos, sus caricias, sobre todo en las madrugadas cuando esas voces femeninas muerden mis sueños. Ya no soporto sus lloriqueos.

Padezco (¿o padecí? ¡Dios mío!) insomnio. La tía Luisa me bañaba en tila para tranquilizarme. La extraño, ella sí me entendería. Ella sí podría ayudarme... De nada sirven los lamentos. Tengo que aprender a vivir con esta angustia. Mi terapeuta afirma que mi "mal" es típico de los bebés prematuros. Soy sietemesino. "Tu angustia es un reflejo en la memoria de aquellos días en el vacío". Supone que debo conformarme con esa respuesta y estoico continuar con mi vida. "No puedo", reto al doctor. "Sí puedes, estas pastillas te ayudarán". Él tampoco sabe de las mujeres que me persiguen, para qué, diría que inconscientemente he elaborado un espectro de la tía Luisa, o "es una invención para justificar tu homosexualidad" o "se trata de tu madre acosándote" o cualquier pendejada. No lo comprendería; de hecho, dudo que las sesiones sean provechosas. No importa, asisto para sentirme acompañado. Desde la primera cita supe que no resolvería nada; pero inexplicablemente en ese consultorio me sentí cobijado. Marcelo está celoso, cree que es mi amante. "La mayoría se acuesta con sus pacientes. Además, yo no veo resultados, no ha conseguido disminuir tu angustia, ni nada", me persuade para que abandone la terapia, para que me aleje de mi doctor. No le preocupa que me tire a cuanto hombre pueda, su condición es que sea una vez. Está prohibido repetir, "y tú te estás pasando de listo", me amenaza. Antes trataba de explicarle, pronto me di por vencido, no tiene caso. Soy fiel, lo crea o no. Jamás entenderá ni la persecución de las mujeres de blanco ni el reposo que experimento en el consultorio de mi terapeuta. Y no es el único, yo tampoco lo comprenderé.

Cada día me convenzo más de que siempre me han perseguido, quizá su presencia

era tan tenue que no las percibía o tal vez aparecieron más tarde. De cualquier forma no tiene caso indagar la fecha exacta de su aparición, están aquí y punto.

No tengo muchos recuerdos infantiles, sólo uno: cuando conocí la nieve. Esa sensación no se ha repetido. La imagen luminosa que conservé, durante muchos años, definida en la memoria no se compara con las experiencias de nieve que después viví; aquélla era de un blanco puro que jamás he vuelto a ver. A veces pienso que ese recuerdo, mientras lo conservé intacto, me protegió de ellas; pero la visión de otras nieves, de otros blancos ensució el original.

Ellas quieren que duerma. Durante un tiempo, paradójicamente, el insomnio fue mi salvación, pero son muy astutas y yo un tonto. Combatí el insomnio con pastillas, infusiones y cualquier cantidad de recetas: jugos de lechuga, exceso de ejercicio, jarabes naturistas, gotas, tratamientos de flores, masajes... hasta que logré dormir.

La primera vez que dormí ocho horas sin interrupciones fue como estar en el lecho materno, recuperé el olor y la calidez de su pecho. ¡Qué placer! Pensé que por fin la angustia había desaparecido. Fui feliz.

Si fuera un hombre de fe las perdonaría. Si conociera la piedad les agradecería que por lo menos me permitieron disfrutar por una corta temporada el bienestar del sueño. No lo haré. No tengo por qué. No les debo nada. La tía Luisa alguna vez me dijo que al sufrimiento innecesario se le nombra crueldad y eso es lo que he vivido desde entonces. La angustia aumenta, ya no contengo las ganas de llorar ni controlo el pulso acelerado en las sienes. Los párpados me tiemblan como un recordatorio de que no debo dormir. Paso los días negando las noches y la oscuridad vaticinando las pesadillas... No las perdonaré jamás. Las odio porque en ese breve periodo me enseñaron la voluptuosidad y la sensualidad del acto de dormir.

¡Dios mío! Quiero rezar.

Dormir me abrió las puertas de un mundo desconocido: el descanso. La ciudad parecía otra, las calles, los edificios, el rumor del agua, el viento, el cielo cobraban fuerza en la mirada, era como si contemplara por primera vez el alrededor. En esos días de gozo

conocí a Marcelo. ¡Qué bien nos la pasamos! La luna de miel duró poco, ellas vaticinaron el fin.

Entonces empezaron las señales. De pronto, los sueños de mujeres vestidas de blanco cercándome con sus llantos, sollozando mi nombre terminaron. Creí que por fin habían dejado de acosarme, pero ese fue sólo el puente a la pesadilla. Ya no me intimidaban, las siguientes noches sólo soñé sonidos. Aleteos. Ingenuamente descifré que la felicidad retornaba, imaginé que volaba. Error. No se trataba de mí. Un enorme pájaro blanco me abrazaba entre sus alas. Sentía su pico rozar mi cabeza y un dolor en el cuello; inmóvil, miraba de reojo hacia abajo y veía sangre recorriendo mis piernas... Marcelo me despertaba espantado y me acariciaba hasta que conseguía calmarme. Despiertos esperábamos el amanecer. Los primeros días, platicábamos, bebíamos unas copas, hacíamos el amor... pero pronto comenzaron las discusiones. Marcelo necesitaba dormir y yo dejar de soñar esa ave blanca. Regresó a su casa. "Te prometo que me atenderé. Lo solucionaremos juntos. No te preocupes por mí, estaré bien", aseguré. "Yo sólo quiero dormir", suplicó. Pero nada ha cambiado. O sí, el sueño recurrente cesó.

Recuperé mis viejas mañas de insomne; deseché algunas como las de los cuartos oscuros. Retomé mis hábitos de lectura y construí una rutina nocturna: caminaba a casa un tanto borracho después de coger con Marcelo. Cerraba los ojos al pasar frente a la pinta, aunque esa frase me atormentaba, "el pecado te alcanzará"... Al llegar, me servía otra copa para ver una película, después me acostaba para esperar la llegada del pájaro blanco. Me despertaba mecánicamente al ver las piernas rojas. A pesar de la repetición nunca logré acostumbrarme.

Noche tras noche lo mismo, una y otra vez: la cogida, "el pecado", el vino, la película, el sueño y el despertar agitado... hasta que en una ocasión no llegó el ave blanca, sino una parvada hambrienta. Sus picos herían mi cuerpo. Nunca olvidaré el sonido de los aleteos, ni los lamentos. Pronto dejé de sentir dolor. Ardía. Mi verga estaba parada. La cabeza era un alfiletero y el estómago, un volcán en erupción; la lava (mi sangre) ya me había cubierto por completo y ese calor se atoraba en la nariz. No podía respirar, apenas temblaba. El sudor se comprimía en el interior, y veía cómo mis pies estallaban. El dolor, hubiera sido un consuelo. Nada. Únicamente un hormigueo que me dominó por completo. Estaba entumido. Esas aves no se detuvieron. Y ellas pronunciaban mi nombre. Me vine. Resistí los calambres. Aguanté que carcomieran mis entrañas y devoraran mis carnes... Hubiera soportado más, no soy un cobarde, pero de pronto abrí los ojos y vi a la tía Luisa y a mi madre mordiéndome, reconocí sus lágrimas. Me desmayé.

Cuando desperté estaba lleno de rasguños, los ojos pegados por lagañas y me había orinado. Le marqué a mi madre y tuve que conformarme con su voz en la máquina contestadora. Miré el reloj. Había dormido más de diez horas. Me reporté enfermo en el trabajo y salí a la calle. Llegué hasta el Central Park y me metí al zoológico hasta la hora de cierre. Mi estómago crujía. Caminé hasta la calle 23 y ahí busqué el chiringuito español al que Marcelo me había llevado recién nos conocimos. Comí una sopa de ajo, bebí unos whiskies y un café expreso. Los gritos y el ambiente me calmaron. De ahí le marqué a mi terapeuta, necesitaba hablar, compartir la desesperación. "Bueno, bueno, ¿quién es?". Al escuchar su voz colgué. Volví a la mesa y pedí otro trago y otro. Salí bastante pedo. El rechinido del metro retumbaba en las calles. La tonalidad de la noche entre azul y morado anuncia la madrugada. La ciudad como siempre lucía hermosa con sus focos desperdigados; entonces me pregunté si la isla estaba lo suficientemente armada para combatir a las mujeres de blanco, y si el agua me protegía del pecado. Regresé a casa, tenía un mensaje de mamá y otro de Marcelo. Encendí la televisión y abrí una

botella de vino por costumbre. Empecé a cabecear y a bostezar. Tenía sueño, los ojos me lloraban. Deseaba dormir. Sin embargo, el instinto de sobrevivencia me hacía permanecer despierto. Entonces comenzó la locura. Prendí el radio, bailé, grité, cociné, recité en voz alta, hice cualquier tontería para no caer. Pensé en salir nuevamente, perderme en un bar o caminar como idiota por Nueva York. Estúpidamente permanecí en casa. Me dispuse a hacer la limpieza, acomodé algunos libros, quise escribir pero el sueño me venció. Y nuevamente fui devorado por la parvada blanca.

Durante días combatí el sueño sin vencerlo. Soy un perdedor. También, me refugié en el chiringuito español de la 23. Ahí experimentaba el remanso. Me reporté enfermo en el trabajo. También dejé de ver a Marcelo, le mentí: "tengo que salir de la ciudad, mamá está enferma". Insistió en acompañarme, me negué. Sonaba inquieto, trató de decirme algo. No lo dejé. Ahora me arrepiento.

Dormir. Lo que en una época fue mi ilusión, ahora era un suplicio, No, mi condena. Por más café, por más pastillas, cocaína que consumiera, el sueño me doblegaba. Vivía en la duermevela, lo que acrecentó el miedo. Ya no distinguía los contornos de la realidad. Recorrí Manhattan huyendo de las aves. Las voces de la gente para mí eran graznidos, solamente en ese chiringuito me sentía a salvo. Pero ellas llegaron...

Lo que pasó después es historia.

III

Ayer caminé en la noche a casa de Marcelo. Tenía ganas de verlo. Toqué el timbre. "Soy yo, mi amor, ¿quieres tomar un trago?". "Bajo", contestó. Me excitó una vez más su figura (tiene unas nalgas...), lo besé y nos dirigimos al Downtown. La noche estaba fresca, extrañamente acogedora para agosto. El sonido del tren no interrumpía nuestro andar. Estaba tan cansado que mi semblante denotaba serenidad. No era el mismo. Marcelo temblaba. "¿Tienes frío?". No respondió. Lo abracé y aceleró el paso, "¿qué tienes?". Silencio. Las sombras de los edificios me parecieron trampas. Las enormes filas de falos me resultaron agresivas. Me sentí entrampado. Una vez más la pinta en la pared me cegó. Y otra vez sus letras rebotaron en mis ojos: "El pecado te alcanzará". Marcelo agachó la cabeza. "Joe", así me nombra de cariño, me llamo José, "¿no sientes miedo a veces?"

—¿De qué? —saqué un cigarro y le ofrecí uno.

—De que el pecado te alcance.

—¿Estás bromeando? —prendí los cigarrillos y le pellizqué la nalga. Se apartó.

—No estoy jugando.

—Tranquilo —el miedo, ese que me carcomía, lo envolvía ahora a él.

—No me trates como a un idiota. Tengo miedo. Mucho miedo de que el pecado me alcance. En verdad y creo que se está acercando.

—¿A qué te refieres?

—Yo también las veo.

—¿A quiénes?

—No te hagas, Joe, a ellas, a esas mujeres de blanco. Yo también creí que Nueva York con sus enormes pitos serían el fuerte ideal. En Staten Island me sentía desprotegido. Pero cada vez me atormentan más y me asustan. En estos días que estuviste fuera me acosaron como nunca. Están aquí. He regresado a la iglesia. Ahí me siento protegido. Rezo y la tranquilidad, aunque sea momentánea, me acoge. ¿Sabes?, no pertenecen únicamente al mundo onírico, forman parte de la realidad. ¡Apúrate! Tenemos que despistarlas, ¡por favor, corre!

—Giré la vista y no había nadie.

—Ya se fueron —intenté calmarlo.

—¿Seguro?

—Sí, mi amor, ya se fueron.

—Seguimos caminando. Las sombras largas se trepaban unas a otras. Escuchaba a Marcelo aunque su voz se escapaba. Trataba de explicarme, insistía en hablar del pe-

Blanco Movil 94

cado. Apenas hilaba las frases, "las he visto desde siempre". Lo abracé, estábamos demasiado angustiados.

—¿Crees que miento? Tú también las ves.

Entramos al bar ("nuestro bar") de la 34. Estábamos excitados. Queríamos coger. Por suerte conocemos al dueño y nos prestó un cuartito. No tardamos nada. El miedo es el mejor afrodisiaco. Regresamos al bar. Estaba lleno, en el escenario unas dragas bailaban y cantaban, en otra mesa un hombre le ponía un anillo de compromiso a su novio. Nos encontramos a Mike, con sus amigos bugas, era su despedida; ya debe ser esposo de John, viajaron a Bélgica para casarse, la luna de miel será en Tailandia. Estábamos los de siempre. Una norma de este bar es la inclusión: aquí todos somos bien venidos. También ellas.

Pedimos nuestros preciados martinis con Bombay Saphire. Ni la cogida logró bajarle los nervios a Marcelo. Respiraba agitadamente, sus palabras se tropezaban con los nervios, revisaba los rincones con la vista. No lo escuchaba y opté por leerle los labios. ¡Qué curioso!, hasta que observé sus palabras dibujarse en su boca, entendí que Marcelo y yo éramos una isla. Miré alrededor y las imágenes se patinaron en las pupilas. Comencé a escucharlas cada vez más fuerte. Sus voces se confundieron con la música. Sudábamos. Estaban ahí bailando, dos de ellas se besaban. Eran mamá y la tía Luisa. Yo no podía hablar. Marcelo gritaba "nos encontrarán, nos encontrarán". Pagué los tragos y lo arrastré hacia la calle. Empezó a llorar. A llorar como una de ellas. Me alejé

—Me tengo que ir —balbuceé.

Corrí hacia la avenida 12, Marcelo junto con ellas me corretearon llorando. Me alcanzaron.

—¿Qué tienes, Joe? No me dejes solo —secó sus lágrimas y la sorna se acomodó en su cara.

—Nada, mi amor —fingí no reconocerlo. —¿Estás más tranquilo?

Me abrazó tal como en los sueños lo hiciera el ave blanca. Entonces supe que estaba perdido.

Tomamos un taxi hacia su casa. Quería que me quedara con él, digo con ellas. Me negué.

—¿No te importa, verdad?

—No —me acarició el rostro y me besó la mano. Estaba molesto. Siempre que se enoja hace lo mismo? —No te preocupes, mi amor.

Al bajar sonrió. Otra vez la sorna atrapó su gesto. Tenía sueño, miedo y deseos de correr. Lo miré entrar a su edificio y le pedí al chofer que me llevara a la calle 23 entre las avenidas 5 y 6. Al terminar las indicaciones, vi su rostro (por primera vez) a través del espejo retrovisor. Era una de ellas. Me acomodé en el asiento. "Lo siento", pronunció. Cerré los ojos, pero tal como pasa en la oscuridad, lo invisible cobra sentido.

Cloro

Claudia Muzzi

Para Rafael

La superficie blanca. La luz deficiente y acrónica. El olor siempre persistente del cloro, que se anuncia apenas se abre la puerta gorda de vidrio, que aísla la temperatura pero no el olor. Así como en los centros de meditación ponen incienso, aquí parece que predisponen el ambiente con cloro. Cloro en el agua y cloro en el baño, para hacernos pensar que de aquí se sale esterilizado, como si la vista de los cuerpos casi desnudos no provocara ninguna reacción pasional gracias a la previa desinfección cloral. Y luego el clorox en los baños, el olor hiriente, punzadas en la nariz, como el recordatorio de una noche de líneas de coca —una mesa baja de cristal, rayada de blanco, el pelo que se inclina, el sonido de alguien que aspira— hasta el punto enfermo de pensar que de la regadera sale agua con cloro. Como si el cloro en verdad fuera culpicida, como si lavara los pecados, como si desarmara el veneno de todas las palabras en apariencia inocentes que las mujeres se emiten unas a otras mientras se untan los cuerpos con cremas y lociones. Pero no se lavan el pecado ni se quitan el olor a cloro, la estupidez no se diluye, ni la culpa, ni el recuerdo de unas manos que no se mancharon de sangre pero que de todas maneras llevan impregnado su olor.

Uno de los focos del vestidor se ha fundido, así, la luz oblicua que llega apenas a tocar su piel, descubre a Clara en ropa interior, untándose crema. La piel clara, con el recuerdo cada vez más lejano del sol. Bajo esta luz inédita y turbia, al fijar la vista en una gota de agua que ha escurrido del pelo por el cuello hasta estancarse en el hombro impermeabilizado por el unto, Clara recuerda la muerte sin sangre de J. La muerte estúpida de J, tan estúpida que, si se la hubieran contado, se habría reído. La recuerda a su pesar. Y se extraña, como si un recuerdo así no tuviera cabida en los vestidores asépticos de una alberca. Mucho menos después de remojarse en cloro durante más de una hora, sonriendo consuetudinariamente a los compañeros sin nombre que como ella recorren millas náuticas cada mañana. Mucho menos si es el comienzo del día y se acaba de bañar, mucho menos si Clara vive un otoño en la ciudad en donde nunca estuvo con J.

Es el verano anterior. Mediados de julio. Clara vuela sola a Puerto Rico para una convención de la compañía farmacéutica en donde trabaja. Conoce a Kate en el desayuno del viernes. Kate es inglesa y desempeña el mismo puesto que Clara. De inmediato se siente atraída por ese aire mundano y euro-

Claudia Muzzi (México, 1973) estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Es editora de la revista *Código 06140*, narradora y ensayista. Ha colaborado en *Viceversa*, *Sábado* y *Generación*, entre otras. Tiene dos gatos y piensa que la vida sin sopa no vale la pena.

Blanco Móvil 94

peo, por su apariencia limpia y al mismo tiempo gastada, por la piel tan blanca y los ojos claros que contrastan tan bien con el vestido negro y liso que lleva. No alcanza a reconocer que le provoca una envidia honda la manera en que se desenvuelve, su aire desapegado, como si no estuviera realmente en la inauguración desmañanada y aburrida del congreso (y al mismo tiempo, Clara está segura, Kate no se ha perdido una sola palabra). Se fija en su vista perdida, en el jugueteo impaciente de los dedos con el tenedor, en las tazas de café que vacía una tras otra, en el cuaderno para notas en el que no ha escrito nada. Durante el día casi no se hablan, pero en la cena Clara busca sentarse junto a ella. Tras observarla todo el día, Clara sabe las palabras que decir para empatizar con ella, logra verbalizar el odio absoluto hacia esos eventos sociales de la compañía. Kate convence a Clara para que abandonen el coctel. Clara reprime el miedo a perder este trabajo, como si el respaldo de su homóloga mundana la eximiera de cualquier riesgo. Dejan el hotel, convenientemente refrigerado como corresponde a cualquiera de los que se encuentran en Ashford Avenue, se aventuran a la calle húmeda, la cruzan, caminan unos cuantos metros y descubren el bar Danny's, el único de la ciudad que abre las veinticuatro horas los 365 días del año. Clara se sorprende de encontrar un sitio como este en Condado, la zona más turística y aparentemente correcta de San Juan, con el toldo plástico, el letrero fluorescente y las escaleras forradas de alfombra verde que las llevan hacia abajo y les descubren la vejez de un bar dislocado y cavernoso, con poca luz y pósters amarillentos de Frank Sinatra y de Eric Estrada en Chips. Más tarde, descubren que a ese bar, los parroquianos lo llaman Hell. Eso les dijo J, por lo menos, que ya estaba en la barra cuando ellas llegaron. Solo. Una cerveza enfrente y actitud de antropólogo del infierno. Esperaba a su amigo Luis. En lo que llegaba, Clara y Kate platicaron con J gracias a la siempre oportuna intercesión de la exputa sesentona a cargo del bar y de la barra. Luego llegó Luis y las invitaron al departamento de J. Clara se cuidó bien de esconder el temor que sintió cuando Kate aceptó de inme-

diato. No quería parecer una pueblerina tercermundista, además Kate seguramente sabía lo que estaba haciendo. No parecía el tipo de las que se sorprenden con facilidad. Cuando llegaron, pusieron música y Luis sacó y distribuyó la cocaína en la mesa de cristal que estaba en el centro de la sala. Cuando le pasaron el popote recortado, Clara se rehusó y se lo dio a J. Kate y Luis se sonrieron y Clara entonces pensó que se mofaban de ella. Por eso, a la siguiente ronda, se decidió a aspirar la línea más flaca de la mesa. Ése es el ánimo, dijo Kate ojerosa, hecha un ovillo en el sillón y sin mucho ánimo. Como a las seis de la mañana surgió la idea de ir al este de la isla el domingo para una excursión. La camioneta de Luis, la hielera llena de cervezas, la ropa breve de ellas sobre los bikinis aún más pequeños, las gorras y las chanclas de ellos, la música y un cielo límpido cuyo azul se consolidaba conforme avanzaban hacia el este. Luego la playa, el agua salada y tibia, los romances ya empezados la noche venerdina. Clara y J dejaron a sus dos compañeros asoleándose y en la camioneta fueron a buscar más cervezas. Se les ponchó una llanta, la cambiaron, luego se detuvieron en un punto falsamente solitario para hacer el amor. Se excitaron pensando que alguien podía verlos. Al regreso, Clara sonreía sintiendo que había transgredido todas las reglas, que se había concedido una visita guiada e inocua al inframundo, satisfecha en el fondo por haber hecho algo malo en su vida, algo que no se atrevería a contar a sus amigas cuando volviera a casa.

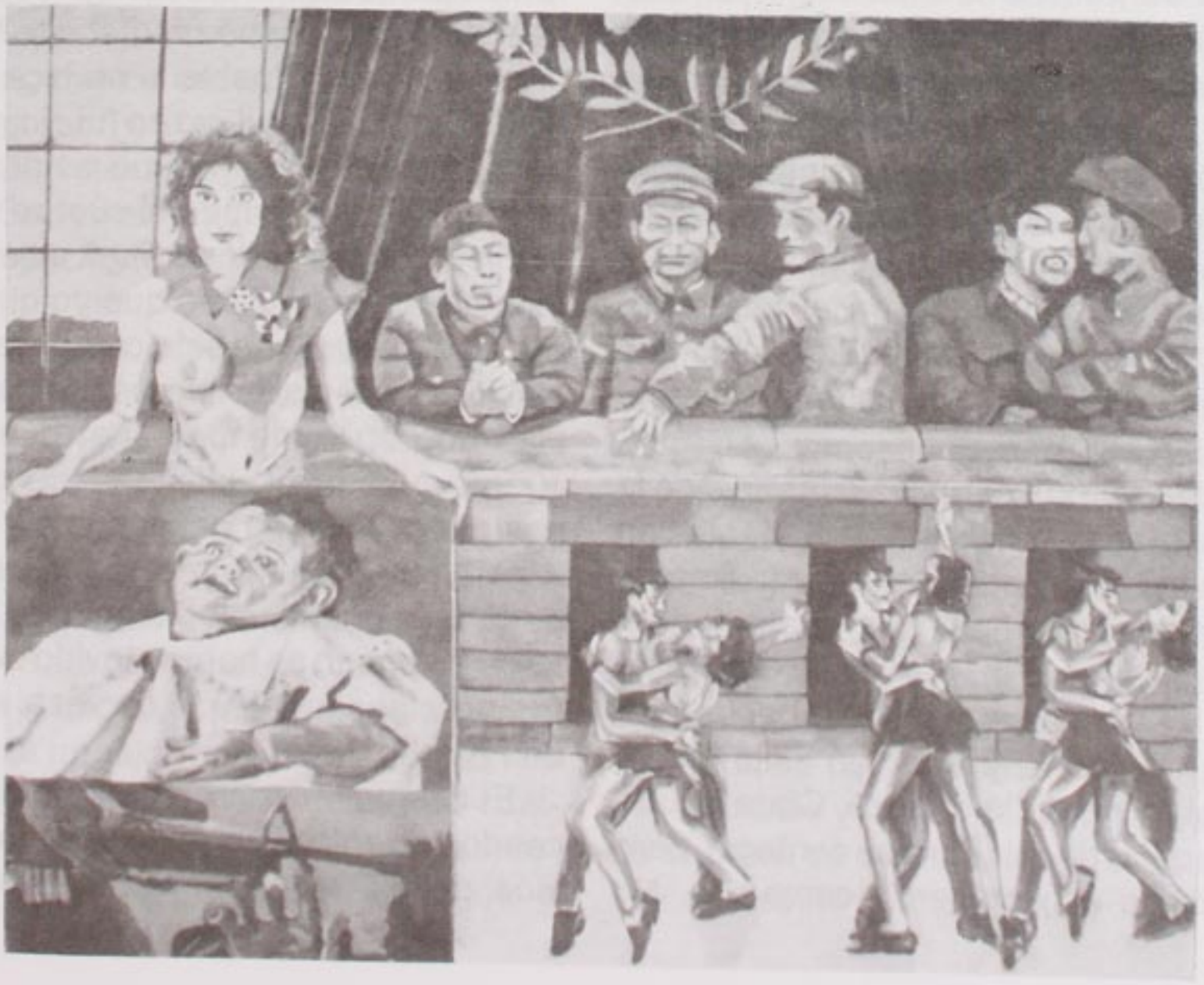
Y luego la muerte estúpida a las seis de la tarde. Luis manejaba. J estaba adelante con él. Ellas habían escogido el asiento trasero para estirar las piernas. Los cuatro reían, eufóricos por el sol y las cervezas. El camino era malo y Luis no se fijó en un bache pronunciado. La camioneta dio un salto y J se dio un mal golpe en la cabeza. Clara y Kate no podían dejar de reír. Luis se contagió, pero fue el primero en detener la carcajada. No porque se hubiera dado cuenta de que J no estaba fingiendo haber perdido el conocimiento sino porque estaba concentrado en el camino. Clara y Kate reían y no se daban cuenta. Luis llamó a J. Clara interrumpió abruptamente la carcajada sin que los músculos faciales tuvieran tiempo de volver a su sitio. La mueca habría sido grotesca, si sólo alguien la hubiera visto. Pero ahora los tres miraban la cabeza torcida de J. Lo movían y lo llamaban. Se rompió el cuello, dijo finalmente Luis, pálido y con la voz frágil. Kate y sus oh my gods y holy shits, Clara y su taquicardia, muda, pálida. ¿Qué vamos a hacer con el cuerpo? ¿Cómo nos deshacemos de él? Pero si no lo matamos. No, no lo matamos, pero la policía le va a hacer la autopsia y va a encontrar rastros de cocaína y nos van a hacer preguntas y exámenes de sangre y van a encontrarnos cocaína y nos van a arrestar y somos extranjeros en un país que es casi Estados Unidos. ¿Qué hacemos con el cuerpo? Podemos abandonarlo en la carretera o esperar a que se haga de noche y llevarlo a su departamento y dejarlo ahí o cortarlo en pedazos y diseminarlos en diferentes puntos de la ciudad. ¿Es ilegal cercenar un cuerpo al que no mataste? ¿Por qué me siento tan culpable si no hice nada? Ya no quiero estar aquí, yo no fui, yo no lo maté, ¿por qué putas tengo que estar pensando en cómo deshacerme del cuerpo de alguien a quien apenas conozco? ¿A quién le avisamos? Aunque lo último que yo quiero es tener algo que ver con este cuerpo, seguro hay alguien a quien sí le interesaría tenerlo completo, o por lo menos saber que ya es un cuerpo o cadáver. Llámalo cuerpo, es menos brutal. O sigue pensando en él como J. Kate y Luis seguían recargados en el cofre de la camioneta, bloqueando la luz de los faros. Clara no se había movido de su asiento, apretaba la lata de cerveza sin decir ni una palabra.

El cuerpo, el cuerpo de J perdía el bronceado reciente y se instalaba en esa posición definitiva y absurda, detenida por el

cinturón de seguridad. Luis, Clara y Kate, que seguían pensando, bebían las últimas cervezas de la hielera. Definitivamente ir a la policía ya no es una opción, sospecharían de nosotros por haber reportado la muerte de J tantas horas después. Y tenemos aliento alcohólico. Y la evidencia de la cocaína. ¿Qué vamos a hacer? Hay que hacer algo, ya me quiero ir al hotel, mi vuelo sale mañana, tempranísimo. ¿Qué vamos a hacer con el cuerpo? A ninguno nos conviene estar fichados, nos podrían extraditar, condenar a muerte por narcotráfico y asesinato. Pero no hicimos nada. Fue un accidente. No hice nada. ¿Kate, qué hacemos? Cállate. Vete. Pide un aventón, la carretera está a veinte metros. Cállate.

El recuerdo de cómo llegó a la regadera de su hotel se ha perdido y Clara no hará nada por recuperarlo. Anestesió su víspera de viaje con televisión y botellitas monodosis de whisky, sin dormir nada, atenta a cualquier sonido extraño, temiendo que el teléfono sonara o que la policía llamara a la puerta de su habitación. Y luego el taxi, el cielo pálido y la certeza de que la observaban que se convirtió en un terror mal disimulado en el aeropuerto. Y cuando pasó la aduana y migración y esperaba sólo la llamada abordo, caminó aprisa al baño, se apoyó en el lavabo, respiró hasta la hiperventilación, hasta un llanto seco, sin lagrimear, hasta que la nitidez vicaria de ese baño transitorio la inoculó contra la culpa y le permitió viajar.

Del pelo ha escurrido una gota que se detiene, redonda y perfecta, sobre el hombre mal iluminado de Clara en calzones. En momentos como este en los que, a pesar del cloro, algún elemento exterior y más fuerte que el cloro —como el dios ocioso de Job que es el mismo que se divirtió con ella en Puerto Rico—, Clara se pregunta qué estará haciendo Kate, qué habrán hecho ella y Luis con el cuerpo torcido (lo recuerda y casi ríe) de J; qué pensaran de todo lo que pasó. Pero nunca llega a ninguna conclusión, se distrae rápidamente con las voces de las mujeres que apenas se están bañando y que adquieren la contundencia de un canto celestial.



El habla perdida

Carlos Oliva Mendoza*

Habían matado a alguien. Después sabría los detalles de esa muerte. Yo salía del vagón. No me percaté de que muchos entraban de manera anormal, más aprisa. Con los rostros torcidos, se alejaban de un destino que no era de ellos. Yo, en cambio, me acercaba.

No tardó en echarme las manos encima un policía. Me llevaron fuera de la estación. Había oído de su violencia, la había visto; pero ésa fue la primera vez que la sentí.

Querían un culpable. Se guiaban por cualquier murmullo que no coincidiera con su odio. Por eso fueron tras nosotros, los hombres de la media luna roja. Ahí estaba yo, contra un automóvil, las piernas abiertas, las manos sobre las nuca, las costillas reventando. Debí resistir, aquel dolor hubiera terminado por desaparecer.

No sé cuánto tiempo pasó. Sólo sé que escuché la voz que sería mi cruz y no lo entendí. Él llegó, hizo que me volvieran y con una inmensa tranquilidad dijo:

—Dame una pista, ¿quién la asesinó, cómo era, dónde puedo encontrarlo? Y te irás.

—Yo no sé nada —contesté jadeando. Entonces se volvió hacia los que me golpeaban.

—Ven, es inocente —dijo riéndose.

Hasta aquí no me culpo. No busqué nada; fui honesto y humilde. Los golpes se detuvieron. Se volvió a acercar, ahora nos media con la mirada. Yo yacía de rodillas, recargado contra un sucio neumático y tuve fuerzas para cometer el error de mi vida. Me pidió que me levantara. Se había oscurecido, nevaba un poco.

—Escapa, huye, no vuelvas a cruzar mi vista. Uno de estos imbéciles te va a seguir, piérdelo. ¡A ver, tú! —le gritó a uno de los que me golpeó. —Si tanto te excita jugar a los policías sigue a este rufián durante tres horas y después vas a la oficina a decirme a cuántas mujeres mató.

Debí permanecer, quizá si hubiera visto a los demás; si le hubiera escupido la cara. No hice nada, aún espero que esto haya sucedido en historias que desconozco.

Me fui, pensando que me matarían por la espalda. El frío hacía desaparecer el dolor y mi rostro había sido respetado. Cuando vol-

* Carlos Oliva Mendoza nació en la ciudad de México en 1972. Es doctor en filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha sido invitado como profesor e investigador a diversas universidades del país y del extranjero. Con el libro *La creación de la mirada. Ensayos sobre literatura latinoamericana*, obtuvo el Premio Nacional de Ensayo José Revueltas 2003, con el texto *Deseo y mirada del laberinto. Julio Cortázar y la poética de Rayuela*, el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos 2001 y con el libro de relatos *Las heridas del espíritu*, una mención honorífica en el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 2003.

ví la vista, noté que los demás se iban por otras calles; pero a todos nos seguía un policía. Caminé más rápido, volví a girar el cuello y el cerdo se sonrió a unos quince metros de distancia. El saber que a esos abyectos los han seguido desde antes de nacer no me consoló en ese momento.

Cuando apareció una estación del metro entré; pensaba perderlo. No había mucha gente en el andén. Corrí súbitamente, pero él alcanzó a entrar en otro vagón del mismo tren. Asomaba su impía cabeza cada vez que llegábamos a una plataforma para cerciorarse que yo seguía a bordo. Cometí otro error. Decidí no bajar hasta llegar al centro, buscaría el tumulto blanco para fugarme.

¿Fugarme de qué?, debí preguntarme... no lo hice.

Llegué a la plaza roja. Las luces y la nieve, los viejos palacios y la fortaleza roja, pero, sobre todo, las iglesias, me dieron confianza. Zigzagueé entre los puestos de matrushkas, gorros de piel, mascadas, botellas de vodka y juguetes de guerra. Creía que lo había perdido; pero lo más probable es que él haya calculado mi error y me dejara de seguir tiempo atrás o que se hubiera aburrido o que las tres horas hubieran pasado. Otro policía vino hacia mí. El centro de Moscú está plagado de ellos y yo lo olvidé. Me pidió mi identificación. Pensé que todo regresaba a la normalidad, hasta que me di cuenta de que ellos se habían quedado con mi única credencial y yo no lo noté. Apelé, usé mi mejor ruso, hablé de mi trabajo en la universidad; todo fue en vano, me llevaron a la delegación.

Al entrar volví a encontrarme con los míos. Un departamento de policía nos contenía en el piso, como parias, arrinconados unos contra otros. El aire denso nos atemorizaba y nadie compartiría un solo gesto. El simulacro de individualidad era la única prenda que se podía guardar en esas circunstancias.

Sentí que mis rodillas se movían sin control e imité a los demás, me puse de pie para evitar que alguien cayera sobre mí. Como una ola sucia nos arrinconábamos aun más. Pronto pude observar lo que pasaba. Dos se liaban a golpes por una identificación. No era poca cosa, ese plástico maldito que decía quién era quién podía salvar a cualquiera. No tardaron en llegar varios guardias y propinar acres golpes a los rijosos. Le dieron la credencial a uno y ambos se tranquilizaron y se dedicaron a lamerse sus propias heridas.

Cuando regresábamos a la indigna posición, llevados por nuestro cansancio y nuestro terror, yo también observé una credencial; como en una escena filmada en cámara lenta, la mica caía de la bolsa trasera de un compañero. Imbécil. La tomé del piso y se la devolví. Apenas la tuvo en su mano, me tiró un certero puñetazo al rostro. El dolor del día se acumuló en mí y se desperdigó, le lancé una patada y nos liamos en el piso.

Llegaron más policías, nos patearon antes de separarnos. Golpes de rutina. Quizá porque yo sangraba o sólo porque sí, pero lo tomaron a él de los cabellos, se lo llevaron y arrojaron su identificación a mi cuerpo. Esta vez creí ser menos idiota. Guardé el plástico en la bolsa de mi pantalón.

Algún tiempo después otro oficial llegó. Hablaba y hacía mímica para la gran mayoría que no comprendía. De un lado los que tuvieran identificaciones, del otro, los que no. Vi en muchos ojos el terror de la deportación. Esa pocilga malsana en la que nos tenían era preferible a regresar a la nada de donde veníamos.

Nos llevaron a otro cuarto y ahí entregué la credencial en espera de que el hombre no se diera cuenta de que aquel estudiante de lenguas, registrado en el instituto Pushkin, llamado Abdulán, no era yo. Tenía esperanzas, había raspado un poco la foto y él era, a todas luces, un compatriota mío.

El oficial se levantó, salió y regresó con dos más. Me condujeron a una sala de interrogatorios donde yo inventaba mi nueva identidad. Después todo es incierto y veloz. Me llevaron a una celda; imaginé que aquel que había peleado conmigo era un criminal

y, en unas semanas, sin ningún juicio, sin razón, sin que yo pudiera defenderme, estaba en una prisión. Ese fue mi hogar. En ese espacio, construí una rutina por los siguientes tres años. Ojalá todo hubiera acabado ahí... ojalá hubiera terminado mi condena. No fue así.

Un día aquella voz regresó. El policía, que me había regalado mi libertad alguna vez, ahora era el encargado de la prisión donde me encontraba. Nos sacaron a todos al patio para que lo conociéramos a una hora inhabitual. Dijo lo que, imagino, era su deber y su guión, una retórica previsible y mediocre.

Aproveché la primera mañana de su arribo para interceptarlo en uno de sus recorridos por la prisión. En lugar de saludarlo o decir cualquier formalismo, me atravesé en su camino, lo vi y le arrojé a la cara sus malditas palabras:

—Escapa, huye, no vuelvas a cruzar mi vista. Uno de estos imbéciles te va a seguir, piérdelo.

Tendría buena memoria o serían frases que él había inventado, porque me miró detenidamente y dijo, sin perder la calma:

—¿Qué haces aquí?

—Me acusaron de haber arrojado a la polaca al andén —me limité a decir.

—Ven conmigo —se dirigió a su oficina. Le hice todo el relato que aquí he resumido. Él volvió a jugar.

—Para que salgas por un proceso judicial tendrán que pasar algunos años, con suerte sólo uno y algunos meses. El día de mañana puedes venir a mi oficina, a las seis de la tarde, cambiarte de ropa y salir con los empleados del correo.

En aquellos días nevó. El clima se repetía, él me volvía a dejar escapar y yo no comprendí. Al día siguiente, estuve en su oficina, se limitó a darme un paquete postal e indicarme que en el baño había un uniforme. Cuando salí me guió hasta el camión de correos y ahí indicó que me dejaran cerca del centro de la ciudad. Yo era un empleado de su confianza.

Al bajar de aquel camión, no sabía qué hacer. Me fui a sentar en una banca, soporté el aire y la nieve, y abrí aquel paquete. Ahí estaba mi vieja ropa y la credencial de Abdulán, el asesino de la chica.

Con esa identidad me pareció que lo mejor sería robar. Tenía hambre, y atraqué dos pequeñas tiendas. Entré en las buhardillas de Moscú, aquellos sótanos oscuros donde los jóvenes compran cerveza barata, ven pantallas gigantes con música cantada en

inglés y no se despegan de las computadoras. Seguí robando. Me especializaba en ser yo.

Un día pasaba por el instituto Pushkin y entré. No llevaba una sola moneda y quería un café. Recuerdo haberme acercado a una mesa donde se hablaba mi lengua, me pareció ajena y me conmovió su sonido grave. Cuando me preguntaron mi nombre, contesté Abdulán, el asesino. Era lo que para entonces quedaba de mi idioma en mí, y se rieron. Alguno de ellos dijo que si yo era Abdulán, debería de estar en prisión. Me sulfuré, saqué mi navaja y por primera vez regresé a mi lengua para robar. Tomé con violencia al que estaba más cerca de mí y le indiqué que sacara el dinero o lo mataría. Cuando puso las monedas y los billetes sobre la mesa, yo saqué mi credencial y, en un acto de fanfarronería, dije:

—Miren imbéciles, yo también viví aquí, pero esta pocilga no es para mí.

Tonto de mí, creí que había encontrado una identidad. Todos se habían replegado con pavor hacia las paredes y yo les dije que me tenía que retirar, al volver mi cuerpo vi a un joven como yo. Estático. Al encontrarse con mis ojos sonrió.

—Y tú, ¿quieres tener problemas conmigo?

—Toda la vida, desde que nací, he tenido problemas contigo.

Vomitó una carcajada. Era él. Y antes de que pudiera reaccionar, de tener tiempo de reiniciar esa pelea que tuvimos en el maldito hueco en el que nos habíamos encontrado infinitamente, él se había ido.

¿Quién fui yo en aquellos días? Nadie, el más horrible vacío. Robé más, fui más violento, pero me di cuenta que nunca podría matar ni reírme como lo había hecho él.

Días más adelante mataron a una ucraniana. Vi el periódico y ahí se hacían algunas conexiones entre ese crimen, otro de una polaca y el que yo, Abdulán, había cometido. Se decía que yo estaba preso pero el director del penal negaba cualquier visita a mi celda. Fue cuando supe que ese hombre era mi última esperanza, no volvería a aguardar a que él decidiera aparecerse en mi vida.

Regresé a la prisión, fui a verlo y le pedí un trabajo. En verdad, ahora casi lo digo sin vergüenza, lo único que le pedía era que me encarcelara, como debió de hacerlo desde la primera vez.

Él parecía saberlo todo. Me pidió que le ayudara a capturar al verdadero asesino de aquellas mujeres hermosas como el hielo, a cambio tendría un trabajo. Levantaría a los presos haciendo sonar los barrotes; cerraría las celdas por la noche; participaría tres días en los interrogatorios a extranjeros; obtendría un buen sueldo. Dicho todo esto me miró:

—He revisado tu otra historia. Sé que eras un brillante traductor del ruso, del inglés y del francés. Tres lenguas con raíces diferentes, lo cual hace que potencialmente puedas dominar muchas más. Además, te interesabas en la interpretación de textos; los profesores que comentan tu extraña desaparición y que nunca vieron aquella foto donde tu identidad se transformaba, dicen que tú eras un prometedor intérprete, no sólo un traductor.

Las ultimas palabras de su monólogo sonaron muy distantes para mí, como si vinieran de otra vida.

Esto es todo lo que quiero escribir ahora. Lo he hecho porque hoy Abdulán me recordó quién fui. Han pasado algunos años desde que estoy aquí, al cuidado de estos mercaderes y delincuentes, al cuidado de mí mismo. Esta mañana fui a despertar a Abdulán en la celda nueve. Él estaba callado, como ha estado desde que lo trajeron aquí. Pero hoy le hablé en nuestra bella lengua, apenas y le di los buenos días. Él, con su mirada hosca, me contestó algo que ya no me puede estremecer: "Háble me siempre en ruso, sigo pensando, a pesar de estos barrotes, en ser traductor".

Ecce homo

Juan Antonio Rosado*

Javier había vuelto de un prolongado coma en el Hospital San Martín. En su extrema debilidad, sojuzgado por un dolor físico que a cada segundo le decía que nunca lo dejaría después de aquel accidente, aún no razonaba que le habían tenido que amputar los cuatro miembros ni que había perdido un ojo. Sólo el tronco macilento y el consuelo de una diminuta ventana al mundo lo mantenían respirando. Las cuerdas vocales y la lengua se habían destruido. Largas y tediosas, las intervenciones quirúrgicas sólo le habían devuelto la mitad de la vida y una serie de balbuceos ininteligibles que ocultaban su certeza de saberse vivo. Después de la última operación, permaneció en un coma que hasta ese día lo abandonó. Su único ojo contempló el yeso del techo como si se tratara de una revelación, y trató de penetrar en él, dejarse absorber por su estática blancura, hasta confundirse con su profundidad para nunca despertar. Pero no fue así. El olor fétido de sus depresiones, su sangre y sus carnes mutiladas, la miseria, las angustiosas interrogantes: "¿por qué yo?, ¿qué pasó?", no lo dejaban ni un segundo, lo carcomían como la polilla a la madera. A lo lejos, un diálogo:

—¡Fue horrible! —el médico se quitó los lentes y frotó sus ojos con la palma derecha—. ¡Qué cansancio!

—Ha estado pesado el día... ¿No hay noticias de algún conocido?

—Ninguna —el médico volvió a colocarse los lentes—. Perdió brazos, piernas y cuerdas vocales. Conserva un ojo. Ya publicamos su foto en la prensa para que alguien lo reclame, pero hasta ahora... nada.

—¿No llevaba identificación?

—Claro que no. Otra cosa sería si la hubiéramos encontrado. No sabemos cómo se llama ni dónde vive; ni siquiera cómo era antes del accidente. De milagro sobrevivió. Su cara sufrió deformaciones y quemaduras de segundo y tercer grado.

—Por suerte ya salió del coma. ¿Ha reaccionado?

—Sí. Desde hace dos noches que quiere comunicarse. Ahora tratamos de inventar un sistema para que escriba con alguno de los muñones, pero no se nos ha ocurrido nada... Te veo luego, Juan; debo ir a firmar unos informes a la dirección.

—Manténme al tanto, Beto.

—Claro que sí. Nos vemos pronto.

Nació en México, 1964. Narrador y ensayista. Autor, entre otros libros, de *Las dulzuras del Limbo* (cuentos, Ed. Praxis, 2003), *El engaño colorido* (ensayos, Universidad de la Ciudad de México, 2003) y *Bandidos, héroes y corruptos* (ensayo, Ed. Coyoacán, 2001). Colaboró en el *Diccionario de Literatura Mexicana*. Siglo XX (dos ediciones, UNAM, 2000 y Ed. Coyoacán / UNAM, 2004). Premio "Juan García Ponce" de ensayo en el 2000.

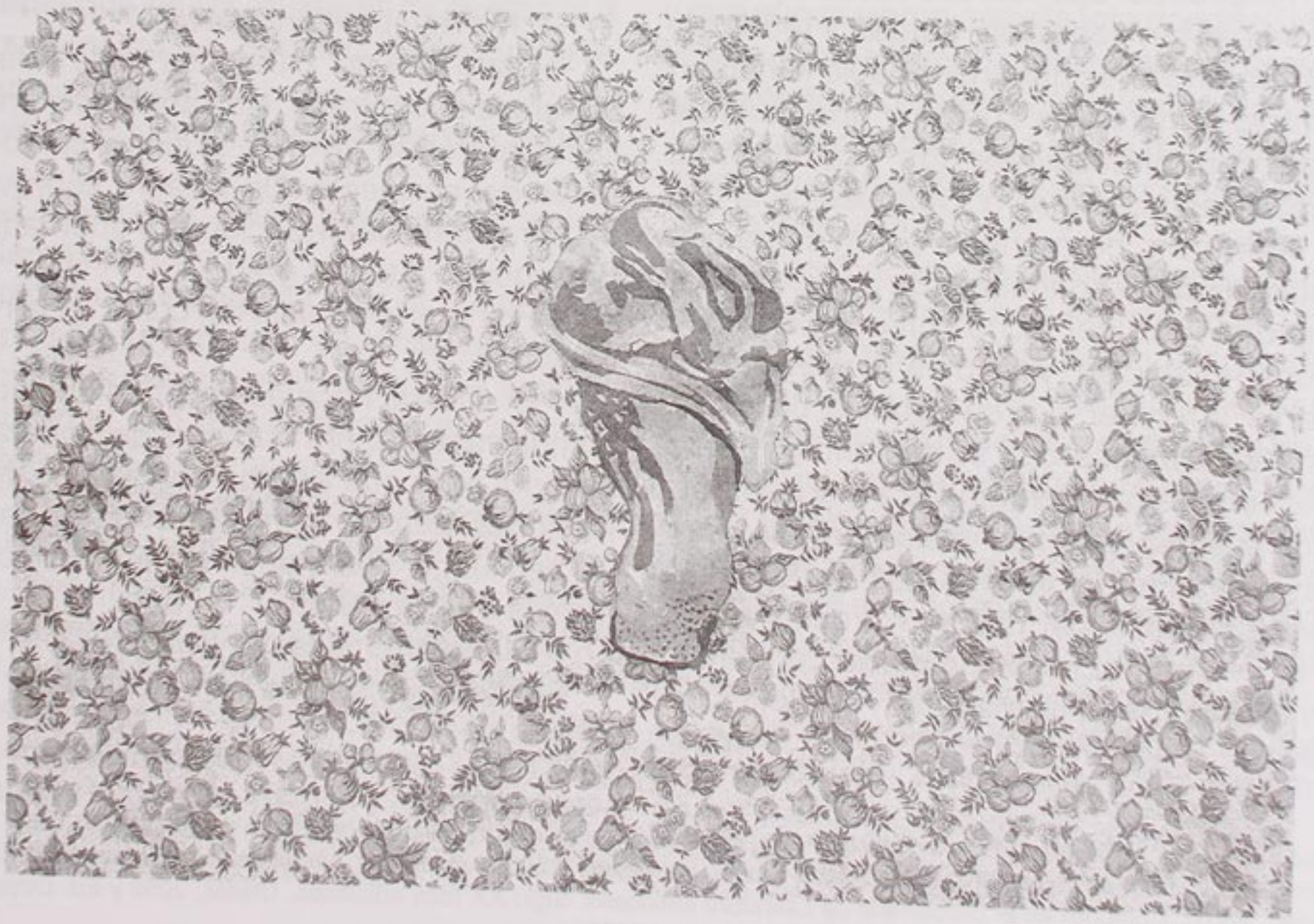
Los médicos caminaron, cada uno en sentido inverso. En la cama, el mutilado, el semihombre con sus cuatro muñones, ahora entendía el porqué de su falta de movilidad, pero nada recordaba. Javier —él sabía, él estaba seguro de que así se llamaba— prefería morir y trató de expresarlo, de gritarlo con todas sus fuerzas: ¡Quiero la eutanasia, una inyección, no soporto más! Nadie comprendía que el disimulo de su sufrimiento era pura apariencia y que en el fondo nada podía hacer con la vida que el azar le había cambiado por la otra, una vida —según recordaba— llena de amistad y trabajo. La última imagen que le vino a la cabeza fue el interior de un automóvil. Uno de sus amigos conducía y el ruido repelente de un artefacto lo hizo emitir un ligero grito. ¿Amistad?, ¿trabajo?, pero: ¿dónde quedó su identificación?, ¿quién tiró su identidad al basurero? Era necesario comunicarse, pero la debilidad se lo impedía. Javier vivía la experiencia de un mundo distanciado, ajeno, impersonal, donde la realidad —antes conocida— se le ha revelado de pronto como extraña y siniestra. Lo único que podía hacer era aguardar.

Esa noche, un viejo de apariencia repugnante, con una cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, una herida grave en la oreja y unos lentes oscuros, se presentó en la oficina del doctor Rodríguez. Vestía bata blanca. El médico pensó que buscaba a Juan.

—¿Es usted el doctor Roberto Rodríguez?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarlo?

El viejo sacó de su bata una pistola con silenciador y le disparó tres balazos en pleno rostro. El médico se impactó contra la pared y cayó de lado, dejando en la pared un camino de sangre. Sin piedad, el homicida se acercó y detonó el arma dos veces más en el corazón, para cerciorarse. Guardó la pistola y se retorció las manos, haciendo crujir las articulaciones. "Muy bien", se dijo. Con cuidado se aproximó al cuerpo. Le quitó el gafete y se lo colocó. Nadie sospechará que es un extraño. Era imprescindible hacerse pa-



sar por el médico que atendía a esa basura humana, a ese canalla. Se percató de que el armario tenía la llave puesta. Lo abrió y se dispuso a arrastrar el cadáver: "habrá que encerrarlo, ya lo descubrirán después". Al terminar, tomó la llave y limpió los rastros de sangre, para luego dirigirse a la habitación del inválido, no sin apropiarse antes de una camilla que encontró en el vestíbulo.

Javier trataba de dormir. Sus oídos captaban el profundo silencio del hospital y su mente se remontaba a lo último que vivió antes de la desgracia. La modorra lo acometía cuando el asesino entró. Lo primero que hizo fue cerrar la puerta y las cortinas. Con una expresión de terror en su único ojo, el inválido trató de balbucear algo, pero el homicida sacó un pañuelo y se lo introdujo en la boca.

—Muy bien, basura, parásito, bueno para nada. Nos vamos. Pero antes te voy a desconectar estos cablecitos. Tampoco vas a necesitar el suero en el cuello. ¡Qué bueno que no te cortaron la cabeza, mierda!

Lo envolvió en una sábana y lo colocó sobre la camilla. Las interrogaciones de médicos y guardias fueron bien libradas.

—El doctor Rodríguez me encargó trasladar urgentemente al paciente.

—Sí, claro. Pase.

—El paciente por fin ha sido identificado. Se encuentra mejor. Es necesario trasladarlo con el doctor Rodríguez.

—¿Por qué le pusieron el pañuelo en la boca?

—Tuvo una ligera hemorragia.

Pronto el criminal y el enfermo se hallaron en la salida, donde no hubo problemas para alejarse. ¿Comprendía el inválido lo que ocurría? El asesino lo lanzó a la parte trasera de su coche y arrancó a toda velocidad, dejando la camilla en el estacionamiento.

—¿A dónde quieres ir, primor? Te voy a llevar a un barranco, jijo de la chingada. Te voy a meter en un basurero hasta que llegue alguien y te recoja para incinerarte con el resto de la mierda.

Llegaron a un terreno baldío, frente al cual el viejo le quitó a su víctima el pañuelo que le había incrustado en la boca, abrió la puerta y encendió un cigarro. Tras unas bocanadas de humo, sacó a Javier del coche. El desgraciado no paraba de balbucear, de emitir sonidos medio animalescos, medio humanos, tratando a la vez de contorsionarse: ya sabía que su verdugo lo introduciría en el basurero que percibía a unos pasos. Así fue.

Desde el fondo del bote de metal oxidado, la víctima escuchó el motor del coche que se alejaba con rapidez. Intentó moverse, pero fue inútil. La anestesia disminuía sus efectos y el dolor lo hacía llorar. Su consuelo era saber que la pesadilla no tardaría en llegar a su fin: pronto se vería cara a cara con la muerte.

Esa noche, una rata brincó al interior del basurero. El individuo sintió cómo el olfato del roedor recorría su cara y su cuerpo; sintió los bigotes erectos y el pelambre hediendo. El animal mordió uno de los muñones superiores. Las profundas marcas que los dientes habían dejado se llenaron de sangre. El hocico se acercó al único ojo con vida. Javier lo cerró con todas sus fuerzas. Media hora después, la rata salió apresurada. El desgraciado sabía que la rabia no lo mataría. El alba llegó con su verdugo.

—Ya estoy aquí, basura. Te traigo de comer para que te hundas en tu propia mierda. ¿Te visitó alguien, pícaro? Mira, traigo un embudo para metértelo por la boca.

El hombre le colocó el embudo y por allí le virtió casi un litro de agua negra. Convulsiones estomacales, náuseas. El organismo no pudo más. Javier vomitó.

—¡Eres un cerdo, no vuelvas a hacer eso! Te voy a dar un poco de carne cruda.

Guardó el embudo y de una bolsa empezó a sacar trozos de carne y a introducirlos por la boca de su víctima.

—Mira: carne de rata. Yo mismo la maté hace unas horas. Era tu compañera. Ya no vas a tener con quién coger, mugroso. ¡Oh,

creo que ya no quieres! Bueno... Me voy. ¡Adiós, mierda!

El sol resplandeció durante la tarde. Ya todo estaba oscuro cuando unos niños fueron a jugar con leños y gasolina al terreno.

—¡Ey, Mario, mira... Dispérsalos por acá! —escuchó Javier.

—Les voy a rociar gasolina, ¿traes fuego?

—Un encendedor. Se lo saqué a mi mamá de su bolsa.

El incendio se propagó con lentitud. A los gritos de "¡corramos!" y "¡vámonos de aquí!", los niños huyeron a toda velocidad. El inválido sintió cómo se calentaba el metal del basurero. Con una angustia creciente aspiró el olor del pasto quemado. No tardaron, sin embargo, en llegar los bomberos, quienes al consumir el siniestro, prolongaron la agonía del enfermo. Al día siguiente, alguien se llevó el bote y —quizá sin percatarse del contenido, o simplemente ignorando, en medio del terror, que se trataba de un hombre— lo vació en un camión de basura para ser reciclada. Con seguridad lo meterían a un horno a miles de grados centígrados y se fusionaría con toda la inmundicia.

El camión tomó una carretera vieja y en una curva peligrosa el individuo cayó junto con varios montones de basura y rodó hasta el borde de un precipicio. Una piedra —su peor enemiga— lo detuvo para que no cayera. El inválido trató de desplazarse con escasos movimientos de cuello y de cabeza. El objetivo: precipitarse a la muerte. No lo logró. Aún seguía vivo.

Bordadura

Joserra Ruisánchez*

a Carina

No, me dice. No vale la pena tratar de ser futbolista.

Y no dice flaco, no dice pequeño, no dice débil. Nuestro auto es verde y pequeño. Vamos con las ventanas abiertas porque no tiene aire acondicionado. Sólo tiene radio. Oímos el radio. Aunque se pierde mucho por el viento tibio. Huele rico, digo. Él no sabe. Es anósmico. Y se casó con mi mamá que es también anósmica. Anósmica se le dice a la gente que no puede oler. Es peor cuando eres muy flaco y tienes una nariz enorme, con pelos.

Mi papá me dijo que voy a tenerla así después. A él le creció como a los doce años. Yo lo sé porque prefiere no engañarme. Y porque prefiere no engañarme me dijo lo del futbol. Que ya me lo había dicho antes. Eso cansa. Supongo que me estoy volviendo viejo, dice, cuando le digo que ya me había dicho algo. Pero también que está viejo, ya me lo había dicho antes. Se nos mueren miles de neuronas todo el tiempo. Miles.

Supongo que se te mueren unas pocas más cuando le pegas a la pelota con la cabeza.

Se dice cabecear, existe el verbo.

Yo cabeceo en la escuela cuando jugamos futbol en los recreos. A lo mejor se me mueren las neuronas, pero igual cabeceo y no soy, ni con mucho, el más malo del salón.

Pero es distinto, dice, una cosa es un jueguito amistoso en medio de las clases y otra cosa los niños de una liga organizada. Mi papá me explica que cuando te haces viejo y te frustras, buscas que tus hijos te venguen. Los adultos somos leones criando leones, dice. Tiene razón. Yo soy un león violinista. Lo aburrido es que tiene razón y siempre tiene razón.

Se ve chistoso con esos lentes oscuros baratos. Los compró en la calle. Mi mamá le dijo que no podía estar seguro que lo protegieran contra los rayos ultravioleta. Pero no le importó. Ese día me cayó bien. Hoy me cae bien. Aunque no tenga idea de cómo jugamos en los recreos, de que si equivocas un pase te matan y de que si mi papá tuviera algún talento para la metáfora me hubiera dicho que lo que se siente en el sexo es como un gol.

Mi maestra de violín sí sabe de metáforas. Me explica cómo estoy tocando así, con sabores, con flores, con animales. Luego te va a aburrir, dice mi papá. Siempre dice que algo me va a aburrir, ahorita no está hablando de Lu sino del futbol. ¿No te preocupa en realidad que ya nunca me aburra y quiera

* José Ramón Ruisánchez (México, D.F., 1971) es autor de *Novelita de amor y poco piano* (Océano, 1996), *Y por qué no tenemos otro perro* (FETA, 1997), *Remedios infalibles contra el hipo* (Joaquín Mortiz, 1998) y *Cómo dejé de ser vegetariana* (Colibrí, 2004).

jugar hasta que tenga veinte años? A lo mejor. Me gusta que me haga caso. Que se calle y piense. Mientras yo huelo las flores. Muchas flores distintas. Como semifusas. Dice Lu que mi problema no es la velocidad. Mi digitación es muy buena. Dice Lu que mi problema es que no puedo imaginarme una semilla desperezándose, así que cuando tengo que atacar lento, llevo el arco como si caminara por una calle empedrada. Ahora en las noches pienso en la semilla y acabo pensando en el futbol.

Tampoco es que sea Paganini. No creo que me admitan en Julliard. Ya lo sé, no me lo tiene que decir mi papá. Leí la biografía de Paganini y a mi edad ya era de los mejores violinistas del mundo. Pero es importante que hagas algo en lo que eres bueno.

¿Y por qué no algo en lo que sea malo?

Para eso no hay que esforzarse, la vida está llena de esas cosas. Mi papá no maneja rápido, mi mamá dijo que porque es responsable, pero creo que es una de esas cosas que no hace bien. No maneja bien. Tampoco se hace bien el nudo de la corbata. No se lo hace mal, pero no le queda como en las tiendas. Con hoyito. Le pedí que me llevara a ver cómo ponían un aparador, pero no se dio cuenta que era para él, para que aprendiera a hacerse bien el nudo de corbata. Estuvo nervioso todo el tiempo. No entiendo por qué.

A lo mejor piensa que quiero ser homosexual. No he decidido. Pero aproveché para decirle lo del futbol.

Funcionó.

O más o menos, porque luego de que le llevé la ficha de inscripción, lo quise llevar a la tienda donde venden los uniformes y al comprarme los tacos me pidió uno de sus tres dolores de cabeza. Creo que es una cosa que inventaron mi mamá y él porque son muy inteligentes. Los papás de mis otros amigos están divorciados. En cambio, mi papá con todo y que es débil y se está quedando pelón desde los veinticinco años, sigue con mi mamá a la que le chiflan los albañiles en la calle.

Los tres tenemos derecho a tener tres dolores de cabeza al mes. Que pueden ser de verdad, como cuando practico una pieza nueva y no me sale. O no. Así si no quiero ir a la escuela pido uno de mis tres dolores de cabeza. Si mi mamá no quiere hacer cena, pide uno de sus dolores de cabeza. Si mi papá no quiere comprarme el uniforme.

Lo bueno es que hoy es 24 y ya se le acabaron los dolores de cabeza. Aunque no creo que lo hubiera pedido. Aunque es anósmico no es ciego y le gusta salir a ver el campo cuando hay flores. Le da alergia, pero no importa. Mi mamá nos hace llevar siempre un paquete de kleenex en el coche. Mi papá le discute porque compra los que huelen a mar. Son más caros.

Una vez le pregunté si éramos ricos y me enseñó las cuentas de banco. Si les da cáncer a él y a mi mamá, igual puedo ir a una universidad buena. Aunque es casi seguro que me den una beca. A mis papás les dieron becas. Se conocieron en una cena de becarios. Yo nací siete años exactos después de esa cena. Con hora y todo. Dice que él lo planeó. Pero aunque me lo diga a mí es un chiste con mi mamá. Que al final fue a la que le hicieron la cesárea. Cuando Lu me dice que voy por una calle empedrada, yo en realidad me imagino la cicatriz de la cesárea de mi mamá. Es muy fea.

También en mi primer recital nos fuimos por este camino. Me gusta que puedas tocar en el bosque. Porque así me ayudaba a recordar lo que me había enseñado Lu. Estaba furiosa cuando me conoció. Me dijo que estaba prohibido que le mencionara el nombre de mi primer maestro. El viejito de la escuela.

¿Tú nunca jugaste, papá?

Me lo trato de imaginar chiquito. He visto sus fotos y más o menos se parece a mí. Más o menos porque mi mamá es más guapa y a veces me dicen que me parezco a ella. Yo la verdad por más que me veo en el espejo, siento que me parezco sólo a mí. Aunque ahorita que lo veo, mi papá tiene las

mismas manos huesudas que yo. Aunque no toca el violín. Sino el piano. Y mal. Se me hace que además de anósmico, también es medio sordo. Apoya demasiado las manos, así que nunca le sale un pianissimo. Me deja que me burle de él. Y entonces vuelve a tocar toda la pieza como loco y hay que llamar al afinador que es muy chistoso y viene con dos setter irlandeses que nunca baña.

No se sabe las posiciones ni tiene equipo favorito. Dice que los deportes te preparan para la guerra y que en la guerra sólo le puedes ir a tu bando. Ya lo dijo en el camino, pero tengo que admitir que lo pensaba desde antes. Una vez cuando nos invitaron a ver la serie mundial a él y a mí. Llegamos con mi mamá y todos los señores divorciados se incomodaron mucho, así que mi mamá tuvo uno de sus dolores de cabeza y nos fuimos en la cuarta entrada. Igual no estaba tan divertido. El beis nunca es tan divertido. Lo bueno es que casi nunca lo jugamos en los recreos. A todo el mundo le gusta más el futbol.

Bueno, ya estamos.

Gracias.

Los campos están todos unos junto a los otros. Huelen a pasto mojado y a sal. Desde aquí, a lo lejos se puede ver el auditorio.

Nueva York/ Washington 2003

Ptosis

Guadalupe Nettel

El trabajo de mi padre, como muchos en esta ciudad, es un empleo parasitario. Fotógrafo de profesión, se habría muerto de hambre —y con él toda la familia— de no haber sido por la propuesta generosa del Dr. Ruellan que, a demás de un salario decente, le otorgó a su impredecible inspiración la posibilidad de concentrarse en una tarea mecánica, sin mayores complicaciones. El Doctor Ruellan es el mejor cirujano de párpados de París, opera en el *Hôpital des 15/20* y su clientela es inagotable. Algunos pacientes prefieren incluso esperar un año para obtener una cita con él en vez de optar por un médico de menor renombre. Antes de intervenir, nuestro benefactor le exige a sus pacientes dos series de fotografías: la primera consiste en cinco tomas cercanas —de ojos cerrados y abiertos— para que quede constancia de su estado antes de la operación. La segunda se lleva a cabo una vez practicada la cirugía, cuando la herida ya ha cicatrizado. Es decir que, por más satisfactorio que les parezca el trabajo, vemos a nuestros clientes sólo dos veces en la vida. Aunque en ocasiones ocurre que el doctor cometa alguna falla —nadie, ni siquiera él es perfecto—: un ojo queda más cerrado que el otro o, por el contrario, demasiado abierto. Entonces la persona se vuelve a presentar para que le tomemos una nueva serie por la cual pagará otros trescientos euros, pues mi padre no tiene la culpa de los errores médicos. A pesar de lo que pueda pensarse, las cirugías de los párpados son muy frecuentes y sus razones innumerables, comenzando por los estragos de la edad, la vanidad de la gente que no soporta las marcas de vejez en el rostro; pero también los accidentes de coche que a menudo desfiguran a los pasajeros, las explosiones, los incendios y otra serie de imprevistos: la piel de un párpado es de una delicadeza insospechada.

En nuestro negocio, cercano a la Place Gambetta, en el XXè arrondissement, mi padre tiene enmarcadas algunas fotografías que tomó durante su juventud: un puente medieval, una gitana tendiendo ropa junto a su remolque o una escultura expuesta en el jardín de Luxemburgo, con la que ganó un premio juvenil en la ciudad de Rennes. Basta verlas para saber que, en una época muy lejana, el viejo tenía talento. Mi padre también conserva en sus paredes obras de factura más reciente: el rostro de un niño muy bello que murió en el quirófano de Ruellan (un problema de anestesia) su cuerpo resplandece en la mesa de operaciones, baña-

* Guadalupe Sánchez Nettel (Ciudad de México 1973). Fue becaria del FONCA en 1994 y en 1999. Es autora de dos libros de cuentos: *Juegos de artificio* (Instituto Mexiquense de Cultura,1993) y *Les jours fossiles* (Éditions de l'Éclose 2002). Desde hace varios años colabora en revistas y suplementos culturales como *Hoja por hoja*, *La Jornada Semanal* y *Lateral*.

do por una luz muy clara, casi celestial que entra de manera oblicua por una de las ventanas.

Comencé a trabajar en el estudio a la edad de quince años, cuando decidí dejar la escuela. Mi padre necesitaba un ayudante y me incorporó a su equipo. Aprendí entonces el oficio de fotógrafo médico especializado en oftalmología. Aunque después, con el paso del tiempo, me fui encargando de las labores de oficina, entre ellas la contabilidad del negocio. Pocas veces he salido a la ciudad o al campo en busca de una escena que inspire a mi veleidoso lente. Cuando paseo, generalmente lo hago sin la cámara, ya sea porque se me olvida o por miedo a perderla. Confieso sin embargo, que a menudo, mientras camino por la calle o los pasillos de algún edificio, siento deseos repentinos de tomar una foto, no de paisajes o puentes como hizo alguna vez mi viejo, sino de párpados insólitos que de cuando en cuando detecto entre la multitud. Esa parte del cuerpo que he visto desde la infancia, y por la que jamás he sentido ni un atisbo de hartazgo, me resulta fascinante. Exhibida y oculta de manera intermitente, obliga a permanecer alerta para descubrir algo que de verdad valga la pena. El fotógrafo debe evitar parpadear al mismo tiempo que el sujeto de estudio y capturar el momento en que el ojo se cierra como una ostra juguetona. He llegado a creer que para eso se necesita una intuición especial, como la de un cazador de insectos, no creo que haya mucha diferencia entre un aleteo y un batir de pestañas.

Me cuento entre el escaso porcentaje de la gente a la que le apasiona su trabajo y, en ese sentido, me considero afortunado. Pero esto no debe causar confusiones: nuestro oficio tiene algunos inconvenientes. Por el estudio pasa toda clase de individuos, la mayoría de las veces en situaciones desesperadas. Los párpados que llegan hasta aquí son casi todos horribles, cuando no causan malestar, dan lástima. No es gratuito que sus dueños prefieran operarse. Al transcurrir los dos meses de convalecencia, cuando los pacientes, ya transformados, regresan por la segunda serie de fotografías, respiramos con alivio. Esa mejoría pocas veces alcanza el cien por ciento pero cambia por completo un rostro, su expresión, su gesto permanente. En apariencia los ojos quedan más equilibrados, sin embargo, cuando uno mira bien —y sobre todo cuando ha visto ya miles de rostros modificados por la misma mano—, descubre algo abominable: de algún modo, todos ellos se parecen. Es como si el Doctor Ruellan imprimiera una marca distintiva en sus

pacientes, un sello tenue, pero inconfundible.

A pesar de los placeres que otorga, esta profesión, como cualquier otra, termina causando indiferencia. Recuerdo haber visto pocos casos verdaderamente memorables en nuestro establecimiento. Cuando esto ocurre, me acerco a mi padre que prepara la película en la trastienda y le pido al oído que me deje disparar el obturador. Él siempre accede, aunque sin entender la razón de mi súbito interés. Uno de esos hallazgos ocurrió hace menos de un año, en el mes de noviembre. Durante el invierno, el estudio, situado en la planta baja de una antigua fábrica, se vuelve insoportablemente húmedo y es preferible salir a la intemperie que permanecer en esa cueva gélida y oscura por las necesidades del oficio. Mi padre no estaba esa tarde y yo, muerto de frío junto a la puerta, me entretenía con las indecisiones de la lluvia mientras maldecía a una cliente que tenía más de un cuarto de hora de retraso. Cuando su silueta apareció por fin detrás de la reja, me sorprendió que fuera tan joven, debía haber cumplido cuando mucho veinte años. Un gorro negro, impermeable, le cubría la cabeza y dejaba resbalar las gotas por su cabello largo. Su párpado izquierdo estaba unos tres milímetros más cerrado que el derecho. Ambos tenían una mirada soñadora, pero el izquierdo mostraba una sensualidad anormal, parecía pesarle. Al mirarla me embargó una sensación curiosa, una suerte de inferioridad placentera que suelo experimentar frente a las mujeres excesivamente bellas.

Con una parsimonia exasperante, como si el retraso la tuviera sin cuidado, se acercó a preguntarme en qué piso se encontraba el fotógrafo. Seguramente me confundió con el conserje.

—Es aquí —le dije. —Está usted frente a la puerta. Abrí el cerrojo y, en un gesto exaltado que ella no pudo adivinar, encendí todos los reflectores, como cuando en un salón de baile hace su aparición un miembro de la realeza. En cuanto estuvo adentro se quitó el sombrero, su pelo negro y largo parecía una extensión de la lluvia. Como todos lo clientes, me explicó que había conseguido una cita con el Doctor Ruellan para que resolviera su problema.

"¿Cuál problema?", estuve a punto de preguntar. "Usted no tiene ninguno". Pero me abstuve. Era tan joven... no quería turbarla y preferí hacer un comentario banal:

—No parece usted de París, ¿de dónde viene?

—De Picardía. —Contestó ella con timidez, evitando el contacto con mi vista, como suelen hacer los pacientes. Sólo que ahora, en vez de agradecerlo, esa actitud esquiva me desesperó. Hubiera dado cualquier cosa por seguir mirando durante la tarde entera ese párpado pesado y al mismo tiempo frágil y habría dado el doble porque esos ojos se fijaran en mí.

—¿Le gusta París? —Pregunté yo, empleando un tono falsamente distraído.

—Sí, pero no podré quedarme mucho tiempo. En realidad he venido únicamente para la operación.

—París le gustará, puede estar segura. Cuando menos lo imagine se vendrá a vivir aquí.

La muchacha sonrió bajando la cabeza.

—No lo creo. Quisiera volver cuanto antes a Pontoise, no me gustaría perder el año por esto.

La idea de que esa mujer viviera en otra ciudad bastó para deprimirme. Empecé a sentirme malhumorado. De manera repentina, quizás un poco brusca, interrumpí la charla para ir a buscar la película.

—Siéntese aquí —la apuré al regresar. Nunca en mi vida profesional había sido tan poco amable. La muchacha ocupó el banquillo y se echó el cabello hacia atrás poniendo sus rostro en evidencia.

—No sé si usted está enterada —le dije simulando compasión —los resultados nunca son perfectos. Su ojo no será jamás igual al otro. ¿Se lo ha explicado el doctor?

Ella asintió en silencio.

—Pero también me dijo que los dos párpados quedarán a la misma altura. Para mí es suficiente.

Me disponía a enseñarle una serie de fotografías de operaciones sin éxito con el fin de desanimarla. Pensé en decirle que, de cualquier manera, quedaría con el sello inconfundible de los pacientes operados por el Doctor Ruellan, esa tribu de mutantes. Sin embargo, no tuve el valor necesario. Sin decir una palabra, coloqué el telón de fondo blanco detrás de su cabeza, apuntando el reflector hacia sus ojos. En lugar de las tres tomas habituales disparé el obturador quince veces y habría seguido así hasta el anochecer si mi padre no hubiera llegado.

Al escuchar el cerrojo de la puerta, apagué los proyectores de luz. La joven se puso de pie y se acercó al mostrador para firmar un cheque donde leí su nombre en letra de colegiala.

—Deséeme suerte —dijo. —Nos veremos dentro de dos meses.

No puedo describir el abatimiento en el que caí esa tarde. Revelé las fotos de inmediato; metí las más convencionales en un sobre con el sello del hospital y conservé la que me pareció mejor lograda en el cajón de mi escritorio: una toma de frente, soñadora y obscena.

Mis esfuerzos por olvidarla resultaron inútiles. Durante tres meses esperé con auténtico terror a que viniera por la segunda serie, de ninguna manera quería estar presente. Cada lunes echaba un vistazo a la agenda de mi padre para saber en qué momento ausentarme. Pero ella nunca vino.

Una tarde, a principios del verano, mientras caminaba por los muelles en busca de algún párpado interesante, volví a verla. El cauce del Sena estaba sereno en esos días; las piedras reflejaban su color verde oscuro y su vaivén oscilante. Ella también iba mirando el río de modo que por poco chocamos de frente. Para mi gran sorpresa, sus ojos seguían siendo los mismos. La saludé cortésmente, haciendo lo imposible por ocultar mi júbilo, pero al cabo de unos minutos no aguanté más:

—¿Cambió de opinión? —Pregunté—, ¿decidió no operarse?

—El Doctor tuvo un impedimento y fue necesario aplazar la fecha hasta el fin del año escolar. Mañana ingreso en el hospital, como no tengo familia en la ciudad permaneceré dos días interna.

—¿Cómo van sus estudios?

—La semana pasada presenté mi examen en la Sorbona. —Respondió sonriendo. —Quisiera mudarme a París.

Parecía contenta. En su mirada advertí esa expresión de esperanza que suelen tener los pacientes en vísperas de cirugía y que otorga a los rostros más deformes un aire de candor.

La invité a tomar un helado en la isla Saint Louis. Una orquesta de jazz tocaba cerca y, aunque desde donde estábamos no era posible ver a los músicos, las notas se oían en el muelle como si emergieran del río. La luz del sol le teñía los párpados de naranja. Caminamos varias horas, a veces en silencio otras hablando de lo que sucedía durante el paseo; de la ciudad o del futuro que le esperaba en ella. De haber llevado la cámara tendría ahora alguna prueba, no sólo la mujer ideal sino también del día más alegre de mi vida.

Al anochecer la acompañé al hotel donde se hospedaba, una pocilga cerca de *Bonne Nouvelle*. Pasamos la noche juntos en una cama decrépita, en peligro constante de irse al suelo. Una vez desnudos, los veinte años de diferencia que había entre nosotros se hicieron más evidentes. Le besé los párpados una y otra vez y, cuando me cansé de hacerlo, le pedí que no cerrara los ojos para seguir disfrutando de esos tres milímetros suplementarios de párpado, esos tres milímetros de voluptuosidad desquiciante. Desde el primer abrazo hasta el momento en que, agotado, apagué la lamparita de noche, sentí la necesidad de convencerla. Entonces, sin nin-

gún tipo de pudor o inhibiciones, le rogué que no se operara, que se quedara conmigo, así, como era en ese momento. Pero ella pensó que se trataba de una cursilería, una de esas mentiras exaltadas que se dicen en circunstancias como esa.

Prácticamente no dormimos esa noche. ¡Si el Doctor Ruellan lo hubiera sabido! Él que siempre exige a sus pacientes el más absoluto reposo en vísperas de una cirugía. Ella llegó al pabellón pre-operatorio con unas ojeras que la hacían verse mayor y también más hermosa.

Le prometí acompañarla hasta el último momento y después, cuando se recuperara de la anestesia, venir a verla de inmediato. Pero no me fue posible: en cuanto la enfermera entró al cuarto para llevársela al quirófano me escapé reptando hasta el elevador.

Salí del hospital hecho añicos, como quien acaba de encarar una derrota. Pensé tanto en ella al día siguiente. La imaginé despertando sola, en ese cuarto hostil con olor a desinfectante. Hubiera deseado poder estar ahí acompañándola y lo habría hecho de no haber habido tanto en juego: mis recuerdos, mis imágenes de esos ojos que, de haber visto después, idénticos a los de todos los pacientes del Dr. Ruellan, habrían desaparecido de mi memoria.

Algunas tardes, sobre todo en los periodos austeros en que la clientela no ofrece ninguna satisfacción, pongo su fotografía sobre mi escritorio y la miro unos minutos. Al hacerlo me invade una suerte de asfixia y un odio infinito hacia nuestro benefactor, como si de alguna forma su escalpelo me hubiera mutilado. No he vuelto a salir con la cámara desde entonces, los muelles del Sena no me prometen ya ningún misterio.

Cartas de familia

Luis Tovar*

I

Papá:

Espero que no te quite mucho tiempo leer esta carta que te mando. Es que tengo algo importante que decirte y por eso no quise esperarme hasta fin de mes para escribir, como siempre.

¿Sabes?, una vez tú me dijiste que lo más bonito era que la gente se pudiera hablar sin prejuicios, sin andar callándose nada. O sea, que fuera posible hablar con cualquier persona como cada quien habla consigo mismo. Acuérdate que me dijiste eso. Yo lo recuerdo a cada rato.

Por eso tenía muchas ganas de ponerme a escribirte, ya que ahorita no puedo ir para allá. Por el momento quiero hacer dos cosas, que son hablarte como tú dices que es mejor hacerlo, y contarte bien bien cómo son las cosas acá.

Siento mucha vergüenza lo que estoy diciéndote. Significa que te he escrito mentiras en todo este tiempo. Ojalá que no me lo tomes a mal. O sea, que puedas seguir leyendo... también sin prejuicios.

Estoy tratando de sentirme mejor. Un poco. Desde el otro día tuve ganas de contarte de qué forma veo las cosas a partir de que llegué acá, pero de decírtelo como si tú no supieras nada o no sé, como si fueras un desconocido para mí.

Yo me puse muy triste esa vez en la terminal, cuando tú y mi mamá me fueron a dejar. Tú sabes lo que me costaba separarme de ustedes. En realidad yo era una niña, por lo menos de mentalidad. No tenía mucha idea de lo que significaba estar sola. Pero tú siempre pensaste que yo era muy madura para mi edad y que ya podía desenvolverme. Te digo esto y tengo la impresión de que ha pasado muchísimo tiempo, y la verdad no ha sido tanto. El caso es que yo así me sentía y créeme que lo digo en serio. Incluso todavía no captaba bien tu idea de mandarme a estudiar fueras. Siempre me has tenido mucha confianza. Como de costumbre, decías todo lo que pensabas. Mi mamá no estuvo así como que muy de acuerdo, pero no te llevó la contra. Es que tú convences a la gente con demasiada facilidad. Uno te oye lo primero que empiezas a decir y no se imagina que va a terminar dándote la razón.

En ese entonces mi mamá no hablaba casi nada, así fuera el asunto menos o el más importante. Cuando tú empezaste a decir que

* Luis Tovar (Ciudad de México, 1967) estudió la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Ha publicado cuentos y ensayos en revistas, entre ellas *Caminos*, *Apertura*, *Viceversa*, *Crasis* y el suplemento cultural *La Jornada Semanal*, del cual es editor. Actualmente escribe crítica cinematográfica tanto para *La Jornada Semanal* como para la revista *Cinemanía*. Es autor de *Amor que crece torcido* (México, UAM-Azcapotzalco, Colección Los libros del Laberinto, 2000). Actualmente es becario del Sistema Nacional de Creadores.

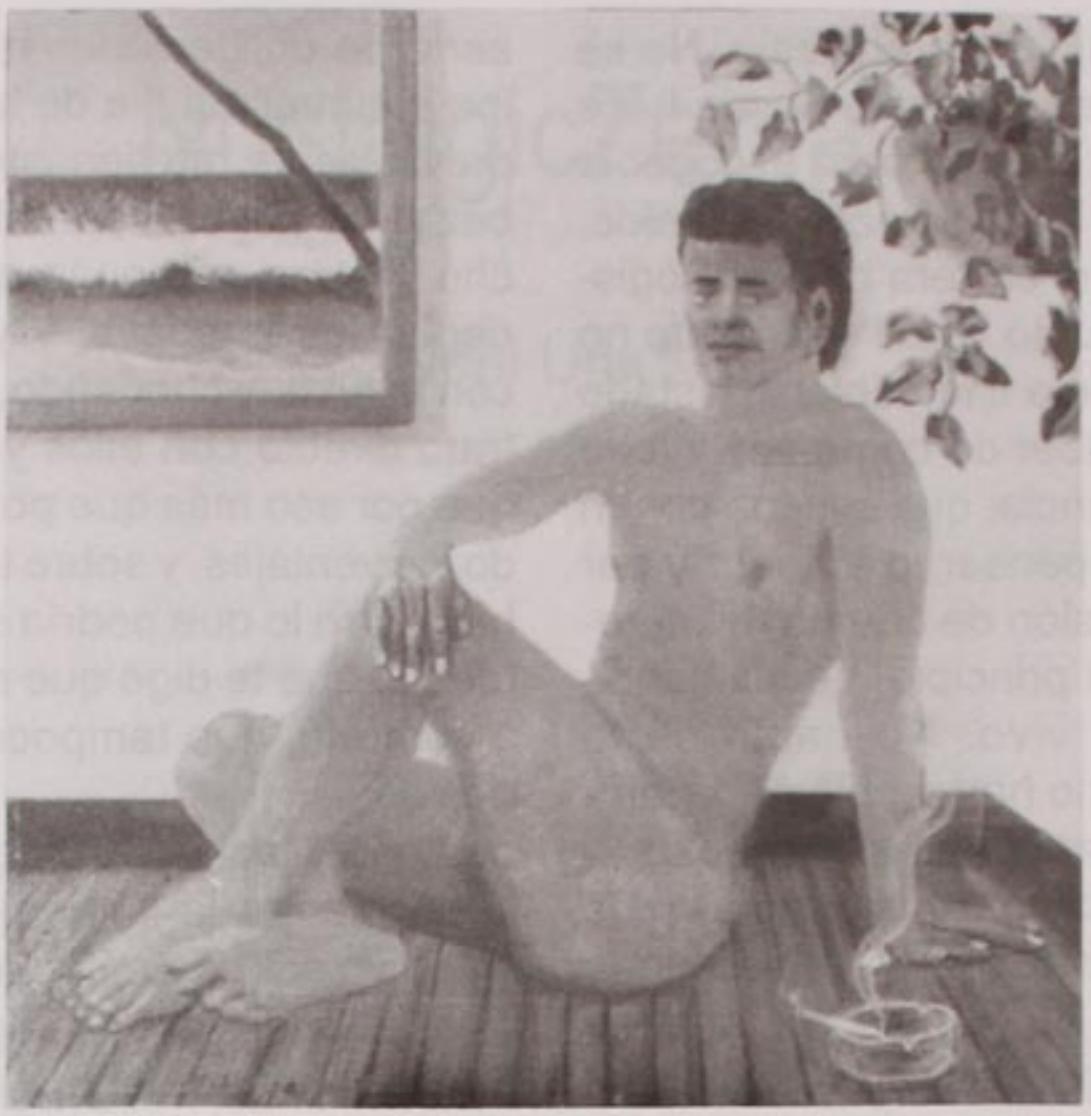
te gustaría que yo estudiara en otro lugar, lo que quisiera pero en otro lado, mi mamá se quedaba más callada que de costumbre. Seguro que tú te diste cuenta. Ningún trabajo te habría costado dirigirte a ella en especial para explicarle el porqué de lo que querías hacer. Pero de todos modos, cuando me lo dijiste a mí era como si se lo dijeras a ella. Aunque me dio la impresión de que no te dabas mucha cuenta de la actitud de mi mamá. Ella se iba a la recámara o se salía de la conversación con cualquier pretexto y tú seguías hablándome. Total que yo creo que jamás en ese entonces se enteró muy bien de tus ideas. Creo eso porque si no fuera así, tú me habrías dicho que platicaste con ella del asunto. No sé si en todo este tiempo se lo habrás explicado a fin de cuentas, o tal vez mejor dicho si ella ha querido entenderlo, porque la verdad a veces ella es un poco cerrada, o sea que si no entiende algo simplemente lo da por hecho o aparenta que le da lo mismo.

Me he puesto a pensar en esto que te digo de mi mamá y no sé, tengo la impresión de que ella y yo en realidad estuviéramos muy lejanas, tú me entiendes. Es como si con ella no hiciera falta lo que te digo antes, de hablarte como a un desconocido. Como para preguntarte quién es mi mamá. Alguien me diría: es una señora que no habla mucho, que acepta casi todo y si no lo acepta la hacen aceptarlo; que sonríe de dos maneras, una contigo y otra conmigo (bueno, eso cuando vivíamos los tres juntos). Y cumple sus obligaciones y parece como si no le importara otra cosa en la vida.

Lo que quiero decir es que mi mamá no es lo que se supone te gustaría a ti que fuera. Sé que no se trata de que tú le indiques lo que tiene que hacer y lo que debe pensar, pero siento que por una parte no le has ayudado como a mí. He sentido algo raro, como si tuviera miedo de estar algún día así. Y me da vergüenza ese miedo. Tú siempre me has dicho que no hay que temerle a nada. Primero por eso. Es que lo que acabo de escribir significa que no quiero ser como mi mamá, que no me gusta cómo es ella, cómo vive y lo que hace. Entonces pienso en lo que tú me has contado de que así como hablas conmigo hablabas con ella cuando eran más jóvenes. ¿Ya no lo necesitan? ¿Es que ya no pueden ser absolutamente sinceros, por lo menos tú? No sé si entonces yo te entendería mal, pero saco como conclusión que ustedes están algo distanciados. Ahora que ha pasado algún tiempo, veo un poquito más fríamente las cosas y tengo la impresión de que mi mamá y tú no se comunican como deberían. No es que los esté juzgando, no lo vayas a tomar así. Sólo digo lo que pienso, y sé que tú me vas a entender mejor de lo que yo misma me entiendo.

Yo quiero mucho a mi mamá, aunque si lo digo así de repente suena como demasiado lógico, como si estuviera de sobra decir eso. Pero tengo la costumbre de preguntarme yo sola por qué pienso o siento esto y lo otro. Lo curioso es que nunca me puedo explicar, en esa forma, por qué siento así con ella. Creo que ha sido tu sombra, o ni siquiera eso porque, al menos, la sombra se mueve con quien la produce, pero mi mamá... Siento horrible decir esto. Casi casi estoy afirmando que ella es un cero a la izquierda, y no debería pensar así, sobre todo si tomo en cuenta lo mucho que le debo (y tú también). Pero entonces dime qué idea me hago de ella si sólo tú eres el que sale a la calle, el que decide todo en la casa, el que habla, el que aconseja, que anda de acá para allá, mientras ella dice sí sí sí a todo, y en una cuestión importante cuando mucho se queda callada o se le pone triste la cara. No quiero sentir lástima, por eso no sé por qué siento tanto que la quiero. Para mí no es solamente porque es mi madre y me ha cuidado y etcétera. Tú mismo me has dicho que eso no es lo más importante. Yo sí creo que a la gente se le puede querer por lo que es y no por lo que haga para beneficio de uno.

Pero entonces es cuando me pongo a pensar si no te quiero a ti nada más por eso.



Es difícil, papá. Me cuesta trabajo distinguir entre lo que serás tú en relación contigo mismo y lo que has hecho por mí desde que nací. Ese cristal se pone en medio. Yo te admiro por tu forma de ser de decirlo todo, te respeto tu manera de pensar, y me gustan muchas cosas de las que haces. No puedo decir todo lo que haces, pero no creas que te estoy acusando. No es que yo diga que estás mal, pero pienso en mi mamá y ya no estoy tan segura.

Tal vez te he idealizado. Un amigo que tengo, Ignacio, creo que ya te lo había mencionado, dice que todos podemos ser necesarios, pero que nadie somos imprescindibles. A lo mejor al idealizarte yo estaba dando por hecho, inconscientemente, que tú eras indispensable para mí. Pero si me pongo a verlo con cuidado, creo que Nacho tiene razón. Por favor no vayas a pensar que de alguna manera te estoy cambiando por este chico. No sé cómo explicarte, pero de un tiempo para acá, con todo lo que me he venido dando cuenta, no te creo muchas cosas. Discúlpame, pero eso siento. Tienes que entender que trato de ser consecuente con lo que tú me has enseñado pero como te digo, ya no es igual, como cuando tú y mi mamá me fueron a dejar al camión. Yo entonces era una niñita, y te creía a ciegas. Aveces he tenido la impresión de que tú eres todo lo contrario a

Ayer tuve que resolver algunos asuntos y por eso dejé pendiente la carta. La releí y veo que todavía me faltan cosas por decirte. Imagínate el trabajo que me costó escribir todo lo anterior, después de que en cada carta he aparentado lo contrario, como si todo me gustara y todo fuera perfecto. Ahorita ya no sé con qué palabras te podría explicar cómo vivo en realidad. En parte siento algo de tristeza que no te hayas dado un poco de tiempo para venir a verme. Mi mamá me ha escrito que estás muy ocupado. Y según tú, allá todo sigue más o menos como cuando yo me vine a estudiar. Es lo mismo que has dicho en las pocas veces que yo he vuelto allá de vacaciones.

En esas visitas la verdad no hemos tenido tiempo suficiente para hablar como es necesario, y más que nada tampoco tuve valor para sincerarme. No es lo que quizá estés pensando al leer. Sigo estudiando, la misma carrera y todo, pero por ejemplo, no es cierto que voy muy bien. Falto bastante y a veces tengo que imponerme como una obligación estudiar. Tú sabes que no me

cuesta mucho trabajo el aprendizaje. No se trata de eso. Es que siento que desde hace mucho no he tenido libertad para escoger lo que haga, si es que alguna vez la he tenido. Estoy aquí por ti, y mi carrera no la escogiste, pero yo me pregunto hasta qué punto no es únicamente la que a ti te hubiera gustado estudiar. Quieres saber de cómo voy y todo eso con tanta insistencia, que sucede por un lado que me haces pensar lo anterior y por otro, me da la impresión de que no te interesas mucho, como al principio, de las condiciones en las que vivo. No hablo de lo económico. En eso no hay problema, y también tengo que contarte algo al respecto.

Quisiera no escribir más, dejar todo como está en este momento. Tengo miedo de lo que puedas pensar de mí. De por sí debe decepcionarte que no sea yo la estudiante modelo que pensabas, o piensas que soy. Ya no es posible cumplir lo que me hiciste prometer de que haría mi vida sola mientras estudiara. La verdad es que Ignacio no es un amigo nada más. Hace rato escribí que en parte me daba tristeza que no vinieras a verme. Lo que pasa es que de repente me daban ganas de que te dieras cuenta por ti mismo de todo, pero casi de inmediato prefería seguir contándote las cosas como tú esperabas que fueran.

Tú sabes que no todo era posible que sucediera de acuerdo con tus planes. Estoy segura de que lo imaginaste, por más confianza que me tuvieras. De alguna manera yo tenía que ir cambiando. No se trataba de que, por decirlo así, yo me propusiera llevarte la contra, pero ni tú ni yo podíamos jurar cómo iba a ser el futuro. Tengo ganas de decir que te odio por eso, por ponerme delante una serie de obligaciones que te imaginaste yo iba a cumplir al pie de la letra gracias a que previamente me llenaste de tus ideas la cabeza. Yo las creí o las hice mías. Pero Nacho y otras personas que he conocido me decían otras cosas, y yo siempre saliendo con lo tuyo, y chocando, hasta que debido al trato directo con ellos y no contigo (yo creo que por eso más que por otra cosa), fui viendo las ventajas, y sobre todo la diferencia que hay entre lo que podría ser, como mi mamá, todo lo que te digo que no quiero ser nunca; o como tú, que tampoco quiero ser ya; y lo que soy.

Ahora Nacho me pregunta qué soy yo. No lo sé. Tengo la impresión absoluta de que antes yo era una mezcla de ti, de mi mamá y la casa y el viaje, o algo así. Ahora sería Nacho y lo que hemos pasado juntos o con otras personas que ya te contaré. Pero más que nada es horrible saber que no puedo hablar con nadie como si hablara conmigo misma, porque me la he pasado siendo los demás, apenas dándome cuenta de nada.

Ya no puedo seguir escribiendo. A veces a Nacho le gustaría que ustedes ya no supieran de mí, y las últimas cartas las he escrito casi a escondidas, para evitarme discusiones inútiles. Pero tú haz lo que creas conveniente. A pesar de todo, sigo necesitando de ti, pero también de lo que tengo ahora. Si respondes por carta o si vienes, entonces sí me daré el valor suficiente para contarte de la cosa más importante de la que te hablo al principio de la carta, porque ahorita ya no puedo debido a varias razones. Te manda un beso y

te quiere,
tu hija.

NostalgicZebra1

Noel Unk*

En eso se sentó un pibe que tenía pinta de ser copado: remera Puma, zapatillas Camper (¡cómo me gustan!, aunque Tomás dice que parecen de payaso), jeans desgastados y uno de esos cigarrillos sin filtro, Alitas, que fumaba el fotógrafo en mi primer laburo en México y que me gustaron tanto. "¿Cómo te llamás?", le pregunté, el pibe se me quedó viendo como si estuviera oyendo bramidos o maullidos ininteligibles. "Hi, my name is Donnie, but you can call me NostalgicZebra", respondió con un acento de lo más británico, como el del maestro privado de inglés, Mr. Greene, que contrató mamá cuando mi hermana reprobaba esa asignatura en el colegio. Tomás se rió y mascullando le preguntó "what kind of fucked-up name is that man?" Como casi siempre que Tomás intentaba herir a alguien, nadie se rió con él. "My name is Lucía Fabbri, and he is Tomás Schmocker, my boyfriend", le dije besándolo en la mejilla. NostalgicZebra miró a Tomás con unos ojos tristísimos, como quien ve a un animal atropellado en la autopista o a un cartonero escombrando en la madrugada el basurero de una casa rica.

Era un Buda afligido, un Cristo recién cometida la traición.

"Para hacer corta una larga historia", comenzó NostalgicZebra en inglés, "ese nombre me lo pusieron unos alemanes en el Love Parade de Berlín hace como cuatro años. Había tomado muchos éxtasis, había cogido en demasía, los cojones me dolían, estaban secos como pasas, me había pintado la cara con un patrón de cebra fluorescente. Los cinco amigos con los que había viajado desde Manchester se fueron perdiendo a lo largo del desfile. La verdad no creo que ninguno me estuviera buscando: debían de estar repartidos por telos de mala muerte, en bares sin nombre, tirados en espaldas y callejones oscuros. En unas dos semanas nos encontraríamos en el mismo pub de siempre y contaríamos nuestras desventuras berlinesas; como cada año. Me pregunté si alguno de ellos se sentía tan solo como yo, tan cerca de la muerte. Estaba completamente drogado en un parque, recargado bajo un árbol, llorando sin control. Mis piernas enredadas como un pretzel. Creo que no las sentía, creo que las tenía dormidas pero dejó de impor-

* Noel Unk (Ciudad de México, 1978) es el pseudónimo de César Albarrán. Narrador, investigador en el área de comunicaciones y fotógrafo Obtuvo la licenciatura en Ciencias de la Comunicación y estudió cine en la New York Film Academy. Es coautor del libro de investigación académica *Reality Shows: un instante de fama* (donde firma como César Albarrán Torres). Su primer libro de cuentos, *Siete cuentos del fin del mundo*, está por publicarse. Ha colaborado con las revistas *Finisterre*, *Asimov* y *Cine Premiere*. Actualmente se encuentra escribiendo su primera novela, *La sangre brama*. Pertenece a la "Generación Atari", compuesta por jóvenes narradores y narradoras mexicanos.

tarme, ¡que se gangrenen, mejor así! No podía abrir los ojos de lo hinchados que los tenía, en un punto soñé con arrancármelos, esas rocas calientes. Tenía el torso desnudo y me faltaba un zapato (quizás por eso había empezado a llorar, el zapato era de un par de zapatillas adidas que utilizaba cuando niño y que encontré en un armario de la casa y después vi que costaban como 150 euros). No había nadie que me consolara, mis lágrimas caían a chorros sobre mi piel, endureciendo mis pezones, incendiando las llagas que en algún momento me había hecho tratando de trepar un árbol (creo que me ilusioné con la idea de construir una casita de madera en las ramas de un pino y quedarme a vivir ahí por siempre, más cerca de la luna). En ese momento hubiese preferido que viniera la policía y me interrogaran por horas y me sirvieran café y curaran mis heridas. Había otros locos en el parque, pero estaban bailando, haciendo el amor, cazando ardillas, comiendo kebabs, devorándose a besos. Creo que una muchacha se acercó a darme una fresa cubierta con chocolate y la mandé al diablo. Podía oler las salchichas que unos punks alemanes estaban cocinando tras de la muralla de árboles. Y seguí berreando por un largo rato, haciendo eco a los alaridos de ese manicomio. Por entre las ramas podía ver al ángel dorado, ese de la película de Wim Wenders, y eso me consoló. Pensé en lo hermoso que sería poder volar desde aquí hasta allá y bailar con ese arcángel como en un video musical, tocar sus alas mientras mis pies se mueven al ritmo de una de esas canciones alemanas viejas que son tan melancólicas. All that German sadness! Y me imaginé ahí tan cerca del cielo prendido de la cintura del ángel, besando ese cuello dorado, y me supe ahí bajo el árbol tirado como un vagabundo con el cuerpo roto. Y mis lágrimas fueron lluvia sobre el césped de esa ciudad tan gris y tan acabada. ¿Alguien ha estado en Berlín? Después de cincuenta años de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial todavía se ven las grúas de construcción por todas partes. Esas también las veía desde mi árbol: ¡esos son los demonios de Berlín, las grúas de construcción, por eso el ángel está ahí, para pelear contra ellos! Yo creo que estuve ahí muchas horas, porque me oriné encima varias veces. Eso era lo más bajo que había caído. Si no salgo de este hoyo, pensé, me voy a podrir soñando con el ángel. Y en eso se acercan unos alemanes borrachos de unos cuarenta años con botellas de Pilsner y me empiezan a hablar en alemán. No entendía un carajo, palabras por aquí y por allá, pero nada en concreto. Eran cinco: dos altos y flacos y dos bajos, casi enanos, y gordos. Nein, nein, les decía, y ellos se reían sin parar. Se sentaron junto a mí, me dieron un poco de su cerveza y un pedazo de pan de centeno. Después se quedaron callados y uno, el más canoso, prendió un cigarrillo.

Yo creo que les transferí mi tristeza de alguna manera, la absorbieron toda y se pusieron a platicar en una voz muy baja. Después comenzaron a hablar conmigo en un inglés pésimo. Me dijeron que eran hombres de negocios, que venían de Leipzig. ¡La ciudad de Bach, deberías de escuchar el órgano de Thomaskirche!, alardeó uno de ellos al tiempo que limpiaba mis lágrimas con la manga de su camisa (la tela olía a viejo, a cigarro, a orines de gato). Después me hablaron sobre el Este y el Oeste, de cómo a los del Oeste solamente les interesaba el dinero, que eran poco menos que yanquis, que ellos vivían mejor bajo el comunismo, sin tanto desempleo. Después anduvimos callados por un buen rato. "Eres la nostalgia hecha persona", dijo uno de los duendes regordetes cuando pasamos frente al infame Checkpoint Charlie, al que los dos alemanes altos gritaban obscenidades (creo que uno incluso escupió en el piso). "No, es la nostalgia hecha cebra", añadió el otro señalando él la pintura sobre mi rostro.

Rieron. Y me empezaron a llamar NostalgicZebra. Uno de los altos me dio parte de su ropa y me fueron a comprar unos zapa-

tos. Me resultaba difícil creer que mi vida pudiera cambiar tan rápido, que un momento estaba tirado, encerrado en mi propio infierno, internado en un manicomio repleto de caníbales, y que después estuviera con esos cinco señores que bien podrían ser mis padres.

Fuimos a un biergarten y pidieron piernas de cerdo, cebollas, salchichas. Y yo les narré mi vida con una honestidad inaudita. Nunca antes me había abierto de manera tal con extraños. Les dije que era dealer de sustancias bastante pesadas, que hace unos meses había convencido a mi novia de abortar, que me gustaba Pink Floyd (y se pusieron a cantar algo que según ellos era *Comfortably Numb*), que detestaba el fútbol pero que igual iba a hacer destrozos a los estadios. Me sentí aliviado, como los católicos devotos después de una confesión. Nos quedamos hasta tarde, el cenicero estaba atiborrado de colillas, nosotros llenos de cerveza y carne y la palabra "amistad". Caminé con ellos rumbo a su hotel, cerca de la Postdamer Platz. De pronto me sentí parte importante de la historia, de la big picture, ¡si Churchill y Hitler hubieran entendido que todo era tan fácil!

Ahí estábamos: un junky inglés y cinco alemanes cuidándolo como si fuera su propio hijo. Y yo me sentía como se han de sentir las familias de los comerciales de cereal, todos felices caminando por la vida con la seguridad de tener un hogar. Caminamos mucho, me dolían los pies. Quería dormir (en algún punto de la caminata me ofrecieron pasar la noche en su hotel y yo lo acepte sin dudarlo, sin dejo de desconfianza). Llegamos al hotel. Tenían mucho más dinero del que aparentaban (¡y habían tenido el descaro de alabar al comunismo!). Rentaban una suite enorme. "Sírvete y come lo que quieras", me dijo uno señalando el minibar. Pero me recosté en el sillón y me dormí profundamente. Soñé en el ángel, en mis cinco padres, en el aborto, en mis propios padres y la decisión que tomaron de no abortar porque no tenían dinero y mi madre era una quinceañera cuando me concibieron, soñé que yo era mi hijo, que era a mí al que sacaban del cuerpo de su madre con pinzas e instrumentos filosos".

En ese momento NostalgicZebra se sirvió un tequila y se lo tomó de un trago. Camilo lo escuchaba atento, Tomás platicaba con una mina, yo me sentía cada vez más atraída por la serenidad de ese inglés enigmático (hacer el amor con él ha de ser como estar dentro de una barca en un mar tranquilo, pensé).

"Ese era el infierno", continuó, "Ahora que les había contado mi vida a esos desconocidos se había abierto algo dentro de mí, una puerta que dejaba salir toda la podredumbre, todas las culpas que me ahogaban. Me despertaron los gritos. Los alemanes corrían de un lado a otro y gritaban, se movían en cámara rápida, hablaban por teléfono, se tropezaban, entraban y salían del baño. Estaban pálidos, era como si desde el momento en que me había quedado dormido hasta ahora hubieran envejecido veinte o treinta años. Me paré sorprendentemente calmado. Busqué una pastilla de éxtasis en la bolsa de mi pantalón y me la tragué con saliva. Era como si una fuerza que viniera de dentro de mí me poseyera, como si esa agua sucia que supuraba mi alma se hubiera convertido en un ímpetu que me fuera una marioneta. No sé si por el efecto de la pastilla, caliente, hirviendo. Abrí la puerta del baño: uno de mis padres teutones, el que me había prestado su ropa, estaba tirado en el piso de la regadera, desnudo, sangrante. Les pregunté a los demás qué había pasado, pero me acerqué al herido: tenía la cabeza abierta, los brazos cortados (la puerta de la ducha estaba rota ¿a quién se le ocurre poner una puerta de vidrio en una ducha?), no podía abrir los ojos (de ahí también le salía sangre, debió de habérsele enterrado un vidrio). Me arrodillé junto a él. Su cuerpo frío, mi cuerpo ardiendo. Me quedé solo con él, los demás ya habían visto demasiado y no querían presenciar la muerte de su amigo. Abrió el ojo izquierdo y tomó mi mano. Lo apreté con fuerza. Yo

veía a través de un velo, a través de alucinaciones, a través de los ojos de mi hijo muerto antes de nacer, a través del ángel que custodia a Berlín, a través de los árboles, a través de la música de todos los locos de todos los parques del mundo. Mi padre abrió el ojo derecho. Era un ojo sano, blanco. Sentía que la cabeza me iba a explotar, por mi brazo corría un relámpago o un líquido muy caliente. Mi padre se incorporó de pronto y soltó un grito fortísimo, como el de un recién nacido cuando hace lo imposible por mantener a flote la todavía endeble vitalidad de sus órganos. Llegaron todos los demás, alarmados, pensaban que el grito había salido de mi garganta, que su amigo estaba muerto. Pero al entrar al baño lo vieron parado, sin sangre, y los cuatro se abalanzaron hacía él y lo abrazaron, se olvidaron de la formalidad germana y lo besaron en la frente. Y yo estaba tirado junto al bidé, cansadísimo, llorando, de regreso al pie del árbol. Me retiré discretamente y sin despedirme (no sin antes vaciar el minibar en la hielera: para subsistir iba a necesitar los cacahuates, las barras de chocolate, las botellitas de güisqui y ron). Para entonces ya habían recostado al Lázaro en la cama y le daban agua y telefoneaban a su esposa para decirle que todo estaba bien de nuevo (supongo que eso era, porque escuché las palabras frau y liebe). Le había regresado la vida a mi padre alemán, pero algo me había abandonado para siempre. Vagué por las calles de Berlín por el resto de la noche. Había ángeles por todas partes: en la catedral, en los grafittis, en los cuadros del hotel, ¡hasta en el barrio turco! Cuando pasé por el terreno en el que se construirá el memorial a las víctimas del Holocausto quise que el pavimento absorbiera mi cuerpo, que se aliviara al menos un poco de esa niebla oxidada, de esos lamentos que rebotaban en los edificios como una bala perdida e iban a dar directo a mi sien. Al día siguiente tomé un tren en la Banhof y regresé a Manchester. No recuerdo casi nada del viaje, aún si crucé media Europa. Para mí todos hablaban el mismo idioma, de sus lenguas salía el

mismo lamento. Con la ayuda del ritmo de las vías me la pasé tocando música en mi cabeza, sacando de mi memoria todos los discos que había escuchado. Después los mezclaba unos con otros, los acordes de The Cure adornados con el temple andrógino de Bowie, la voz de Boy George metida en los laberintos rítmicos de la música clásica que a veces escucho en la radio. Y todas las canciones terminaban igual: con un grito pidiendo ayuda, con violentos reclamos de aquellos cuyas vidas había desgarrado. En el baño de una estación me puse a llorar. Pero mis lágrimas ya no eran un caudal transparente, yo las sentía espesas y rojas como las gotas de sangre de un Jesús coronado con espinas e insultos. De regreso en el tren observé mi reflejo en la ventana y pensé en mi nuevo nombre: en verdad soy una cebra, pensé, iré por la vida siendo negro y pretendiendo ser blanco; o viceversa. Y siempre tendría tatuada la palabra Nostalgia en la frente, jamás, así curara a todos los enfermos del mundo, me sentiría feliz"

Para entonces yo lloraba con NostalgicZebra, quería abrazarlo, mimarlo, dejar que me curara a mí también (mi alma estaba igual de rajada que el cuerpo del alemán, ¿po rqué no aliviarme a mí también?).

"Desde entonces ya no puedo actuar solamente pensando en mí. Le quité la vida a mi hijo, pero se la regresé a ese alemán que me quiso sin pedir nada a cambio. Y desde entonces viajo por el mundo intentando comprender qué es lo que me pasó esa noche, no quiero pensar que solamente se trató de un efecto alucinógeno y que lo imaginé todo. Al principio no le contaba mi historia a nadie, todos me creían demente. Pero ya dejó de importarme.

Creo que puedo curar con las manos, pero no sé cómo controlarlo. Me ha pasado dos o tres veces más. Una vez resucité a un gatito recién nacido. Aquí en México he ido a comer peyote, en Ecuador estuve cinco días en un ritual, ¿y ven estas cosas que parecen dulces?, son hierbas hindúes que te controlan la energía. Creo que tengo algo dentro de mí, pero soy un pantano y es difícil encontrarlo. En fin, por eso me dicen NostalgicZebra, los nombres te escogen, son duendes que van corriendo o volando o nadando por ahí y de pronto se agarran de tu pantorrilla y no te dejan ir a ninguna otra parte".

Nuevos títulos quebequenses en español

Laura López Morales

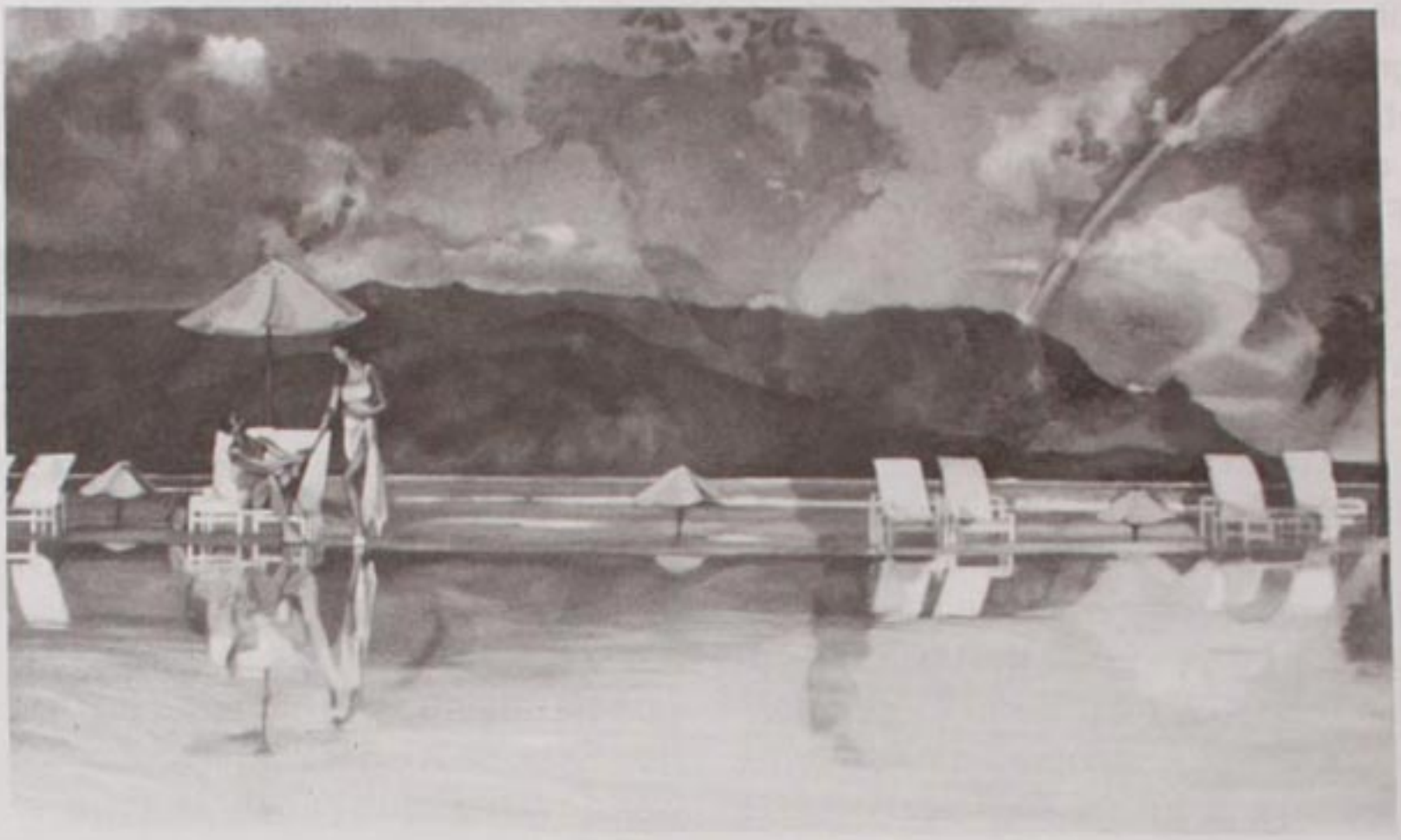
En la edición del 2003 de la FIL de Guadalajara, los invitados de honor fueron los "latinos del norte" que viven en la provincia de Québec. Durante más de una semana tuvimos la oportunidad de ver desfilar a cerca de un centenar de ellos, entre escritores, intelectuales, académicos y editores, que se presentaron no sólo en diferentes foros de la propia Feria sino en espacios universitarios extramuros. Mas el placer no se limitó a la posibilidad de verlos de carne y hueso sino que el privilegio de entrar en contacto con ellos dejó una huella más duradera en el público mexicano gracias al vasto abanico de títulos exhibidos y vendidos en sus bien surtidos "stands". Ahora bien, aunque la mayoría de ellos estaban en la versión original en francés, el lector hispanohablante no se quedó con las ganas de leer en su propia lengua algunas de las obras presentadas en las mesas redondas ofrecidas dentro del programa de la Feria.

Dado pues que se trata de títulos que están al alcance del público nacional, mencionaremos al menos aquellos que, de manera muy especial, la UNAM, Siglo XXI Editores y el FCE prepararon para su difusión con motivo de la FIL.

Bajo el sello de Siglo XXI apareció un volumen de *Cuentos* de Jacques Ferron, en una excelente traducción de Omar Alvarez Salas. Por ser Ferron uno de los escritores más emblemáticos de la cultura quebequense de los años sesenta a ochenta, y a la vez uno de los más difíciles de traducir, resulta tanto más apreciable el trabajo de Alvarez Salas ya que supo captar en toda su textura la riqueza lingüística y el espíritu vernáculo del universo pintado por este autor cuyo estilo incisivo se despliega a fondo en un género de gran tradición en la literatura quebequense.

También la Dirección de Literatura de la UNAM compartió el interés por difundir la obra de Ferron y el N° 119 de su colección de *Material de Lectura* estuvo dedicado a dicho autor. Este cuadernillo ofrece, además de una introducción biográfica y una selección bibliográfica, la traducción de relatos breves y fragmentos de algunos textos representativos de este médico que, además del bisturí, recurrió a la pluma para penetrar en el alma de su pueblo.

Dentro de la misma serie de *Material de Lectura*, el N°118 estuvo dedicado a otra escritora insoslayable en la historia de las letras quebequenses. Aunque nacida en Manitoba, provincia del oeste canadiense, Gabrielle Roy fue hija de los pioneros quebequenses que fueron a colonizar esas regiones cuando se introdujo el ferrocarril a fines del siglo XIX. Los textos de Roy, forjados por un temperamento lírico y humanista, están impregnados tanto de la convicción y



el orgullo de su raigambre francófona, como de la nostalgia de las vastas extensiones de su provincia natal. Con el mismo formato de esta colección de materiales universitarios, el volumen incluye una nota biográfica, una selección bibliográfica y fragmentos traducidos de algunas obras de la autora. Ambos cuadernillos van firmados por Laura López Morales.

La UNAM publicó tres títulos más para este banquete de literatura quebequense que fue la FIL del año pasado. Al hablar de Ferron dijimos que el cuento es un género de gran tradición entre los quebequenses. Ya en 1993, la Dirección de Literatura abría brecha en este terreno con la publicación de *Autores contemporáneos de Québec, Breve antología* en la que Louis Jolicoeur recopila una decena de cuentos escritos entre la producción más reciente de la provincia. Agotada esa edición, el volumen fue enriquecido con otros títulos, y reimpreso para su difusión dentro de la FIL. El abanico de textos seleccionados por Jolicoeur dan testimonio de la riqueza temática y estilística que caracteriza a la actual literatura de Quebec. La traducción de este material estuvo a cargo de Marina Fe y Laura López Morales.

Un género en el que también destacan las plumas quebequenses es el de la poesía como atestiguan: *Noches sin Ángel* poemario de Gérald Godin y *Latitudes, 9 poetas de Québec*, publicados también por la UNAM. En el primer caso, la cuarta de forros nos describe bien cómo Godin "nos devela una entrañable visión de su mundo interior en el que la nostalgia y el sombrío desengaño dejan traslucir una gran ternura, un humor mordaz y un desgarrador amor por la vida". La traducción de estos textos llenos de lucidez fue realizada por Adrien Pellaumail.

En cuanto al volumen, que reúne a nueve poetas cuyo auge corresponde al parteaguas registrado en los inicios de la segunda mitad del siglo XX es, en palabras de Pierre Nepveu, quien firma el prefacio, una generación que compartió la necesidad de "una reflexión común sobre la situación de la poesía y su función social". Estos poetas entre los que destacan Jacques Brault, Hélène Dorion, Louise Dupré y Paul Bélanger, por sólo citar a algunos, pretendían "no sólo crear una poe-

sía quebequense moderna y promover una red de difusión y un público lector, sino también asumir una responsabilidad de la palabra poética". Ya fogueadas en el acervo literario quebequense, Mónica Mansour y Marina Fe firman las excelentes traducciones de esta antología poética.

El FCE no se quedó atrás en la publicación de varios títulos quebequenses traducidos al español. En la serie "Panorama de las letras canadienses", el tomo I *¿Dónde es aquí?* (2002), coordinado por Claudia Lucotti, reunió veinticinco cuentos del Canadá anglófono. Dentro de la misma serie, Gilles Pellerin fue el antologador y prologuista del volumen dedicado a la producción francófona: *¿Un continente a la deriva? Antología de narradores de Québec* que, a través de sus diecisiete textos, nos ofrece un espléndido panorama de la producción cuentística del Québec actual. El prólogo y la variedad de relatos recopilados por Pellerin permiten asomarse a la diversidad estilística y temática de un paisaje literario lleno de hallazgos y propuestas. La lectura de este volumen abre una ventana que invita a toda clase de descubrimientos sobre una sociedad pujante y en evolución permanente.

Ampliando el espectro genérico de obras traducidas al español, igualmente bajo el sello del FCE, en la colección "Tierra Firme", se publicó *El hilo de la memoria, Antología de ensayo de Quebec*, cuya selección y prólogo estuvieron a cargo de Jean-Francois Chassay y la traducción de Glenn Gallardo. En este caso, Chassay se propone abrir un vasto y variado abanico de reflexiones sobre los temas más recurrentes y acuciantes de la sociedad quebequense de nuestros días. Los textos seleccionados destacan por su lucidez y talento. Los asuntos que abordan van desde la identidad cultural hasta la condición de la mujer, pasando por las preocupaciones cotidianas, el medio ambiente, la problemática inherente a la inserción de los migrantes y tantos más involucrados en los desafíos de la realidad en la que está inmersa la sociedad quebequense actual.

Acaso convendría antes de adentrarse en la lectura de la antología de Chassay, asomarse al sucinto pero esencial panorama histórico escrito por Jean Hamelin y Jean Provencher. *Breve historia de Quebec* nos ofrece en poco más de ciento cincuenta páginas (formato de bolsillo) un recorrido por los hitos más importantes del pasado de esta provincia desde la fundación de la Nueva Francia hasta finales del siglo XX. Hamelin y Provencher, historiadores de gran prestigio, logran condensar con acierto los elementos clave de la trayectoria histórica de un pueblo que ha luchado por construir su propio destino. Este pequeño volumen constituye una herramienta indispensable para el acercamiento y comprensión del Quebec contemporáneo.

Sin perder de vista el lugar que la provincia ocupa en su entorno inmediato, otros ensayistas —historiadores y antropólogos— se han preocupado por el estudio del espacio americano en su totalidad continental. En primer término, Louise Côté, Louis Tardivel y Denis Vaugeois reúnen en *La generosidad del indígena* un amplio repertorio de términos que remiten a los ricos y variados "dones de las Américas al mundo". Esta especie de diccionario recopila una serie de palabras, cuya etimología es atribuible a alguna de las lenguas amerindias, y que representan igual número de maravillosos descubrimientos acerca de animales, plantas, utensilios, objetos cotidianos emblemáticos de nuestra diversidad, pero de los que ignorábamos su verdadero origen. Las entradas van en ocasiones acompañadas por una ilustración del vocablo en cuestión.

Para terminar, firmado por Gérard Bouchard, *Génesis de las naciones y de las culturas del Nuevo Mundo* nos ofrece una lectura comparativa del surgimiento y evolución histórica de las diversas culturas fundadoras asentadas en el continente americano. Las interrogantes que subyacen en la re-

flexión de Bouchard son aplicables a todos los pueblos y culturas de este lado del Atlántico ya que conducen a la comprensión de los procesos de transformación de estas sociedades, desde su creación hasta las formas que han asumido en la actualidad y, sobre todo, destacando la manera como las representaciones propias y ajenas juegan en el imaginario colectivo. Mario Zamudio firma la traducción de este inteligente, agudo y original ensayo de historia comparada.

Como puede verse, los títulos que acabamos de mencionar ofrecen un buen muestrario para iniciarse en el acercamiento a un pueblo cuyas letras y demás manifestaciones culturales constituyen un rico testimonio de su dinamismo.

Las ilustraciones de este número son de

Arturo Rodríguez Döring

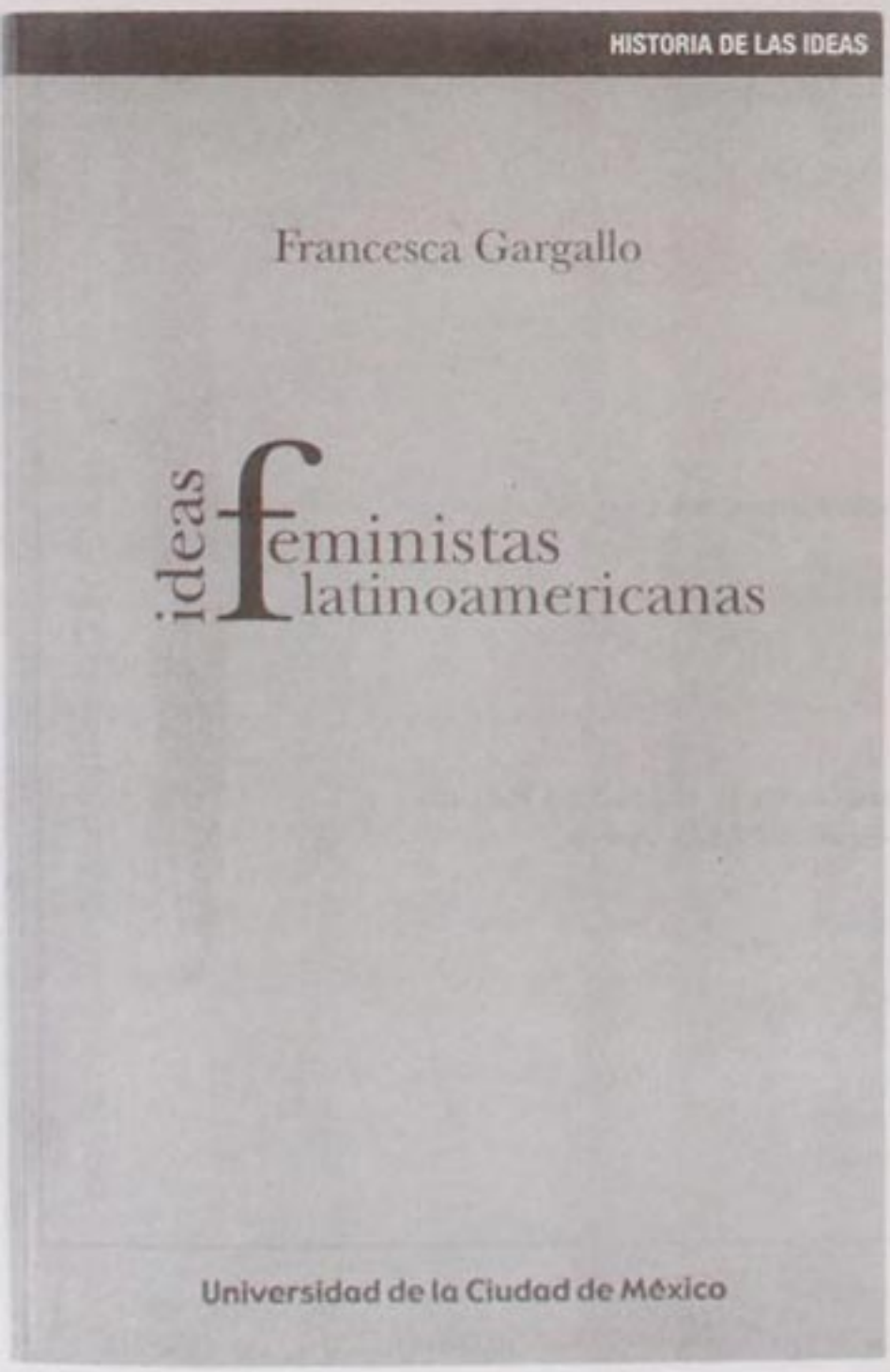
Nació en la Ciudad de México en 1965. Desde 1985 ha participado en más de 70 exposiciones colectivas, tanto en México como en el extranjero, y en 14 individuales, destacando "Del Limbo al INBA", Galería José María Velasco en 1989, "XXX Aniversario. 15 de agosto de 1995" en la Ex-Academia de San Carlos, "Recent Works" en la Red Mill Gallery del Vermont Studio Center en 1996, "Made in Japan" en la Promo-Arte Latin American Art Gallery de Tokio, Japón y el Museo Universitario de las Culturas en Kyoto, en 2002 y "Estampas japonesas. Made in Japan 2" en la Galería Marie-Louise Ferrari de Xalapa, Veracruz, 2004. Ha publicado numerosos textos de historia y crítica de arte en periódicos y revistas nacionales como ***Unomásuno***, ***La Jornada***, ***La Jornada Semanal***, ***Tierra Adentro*** y ***Casa del tiempo***, además de diversas presentaciones para catálogos y exposiciones. De 1998 a agosto de 2004 fue director de la Escuela Nacional de Pintura y Grabado "La Esmeralda", donde ha sido docente desde 1991 a la fecha, impartiendo clases de pintura, dibujo e historia del arte, entre otras. Actualmente, es director del museo de nuevos medios Laboratorio Arte Alameda, dependiente del Instituto Nacional de Bellas Artes.

el
parnaso
de coyoacan

libros discos arte café

El Libro que Busca
lo Tenemos o
se lo Conseguimos

Carrillo Puerto #2
en el Zócalo de Coyoacán,
en la Ciudad de México
Tel. 5658 3195, Fax 5659 5696
parnaso@mail.internet.com.mx



BLANCO MÓVIL
Director: Eduardo Mosches

CONSEJO EDITORIAL

Gerardo Amancio
Oscar de la Borbolla
Juan Carlos Colombo
Christopher Dominguez
Beatriz Escalante
José María Espinasa
Francesca Gargallo
Ángeles Godinez
Samuel Gordon
Aralia López
Gabriel Macotela
Eduardo Milán
Cynthia Pech
Una Pérez Ruiz
Raúl Renán
Bernardo Ruiz
Mayra Inzunza
Guillermo Samperio
Esther Seligson
Daniel Sada
Juan José Reyes
Juan Antonio Rosado
Felipe Vázquez

CORRESPONSALES

Arturo Carrera (Argentina)
Floriano Martins (Brasil)
Carles Duarte (Cataluña)
Jesús Cobo (España)
José Kozer (Estados Unidos)
Enrique Noriega (Guatemala)
Rafael Rivera (Honduras)
Marcela London (Israel)
Edwin Silva (Nicaragua)
Eduardo Chirinos (Perú)
Eduardo Espina (Uruguay)

Relaciones Públicas: Patricia Jacobs
Impresión: Impakra (56-70-39-40), México, D.F.
Ilustración: Arturo Rodríguez Döring
Diseño de la portada: Pablo Rulfo
Diseño de interiores: Marco A. Salazar

BLANCO MÓVIL

Momoluco No. 64, Santo Domingo,
Delegación Coyoacán, México, D.F.
Teléfono y fax: (55) 56-10-92-99
e-mail: eduardomosches@yahoo.com
www.blancomovil.com

Índice

Los primeros pasos
Eduardo Mosches

Narradores emergentes de la ciudad de México

Blanco sobre blanco
Mayra Inzunza

Narradores jóvenes de la ciudad de México

Hoy llegarás a tiempo
Vivian Abenshushan
La mano
Héctor J. Ayala
La sangre devota
Edgardo Bermejo
Los gringos también lloran
Alejandra Bernal
Las moradas
Nicolás Cabral
El trazo
Carmen Galán Benítez
Nuevo Francisco
Julieta García
Desaparecidos en el aire
Rogelio Garza
El pecado te alcanzará
Miriam Mabel Martínez
Cloro
Claudia Muzzi
El habla perdida
Carlos Oliva Mendoza
Ecce homo
Juan Antonio Rosado
Bordadura
Joserra Ruisánchez
Ptosis
Guadalupe Nettel
Cartas de familia
Luis Tovar
Nostalgiczebra1
Noel Unk

Ventanas liteerarias del Canadá

Nuevos títulos quebequenses en español
Laura López Morales

Dossier:

Jóvenes poetas de la ciudad de México
Selección: Hernán Bravo Varela

Mónica Nepote
Luigi Amara
María Rivera
Rocío Cerón
Daniel Téllez
Pedro Guzmán
Luis Felipe Fabre

"Esta revista se realiza gracias al apoyo otorgado por la Convocatoria "Edmundo Valadés" de Apoyo a la Edición de Revistas Independientes 2002 del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes".

UCM

Universidad de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL
México, la Ciudad de la Esperanza

Publicaciones UCM 2021

LIBRERÍAS EDUCAL

LIBROS y ARTE

CONACULTA

Revista **Tierra Adentro**
de venta en:

La red de Librerías y Tiendas de Museo con mayor presencia a Nivel Nacional

Libros del CONACULTA y de las principales Editoriales

Libros de Academia y Cultura de los Estados

Libros Infantiles y Juveniles

Preparatoria Abierta

Revistas

Videos

Discos Compactos

Carteles

Artesanías

Juguetes Didácticos

Reproducciones Arqueológicas

y más...

Visítanos en:

www.librosyarte.com.mx

OFICINAS CENTRALES
Av. Ceylán 450, Col. Euzkadi
C.P. 02660, México, D.F.

Tel. 53 54 40 00